

¡DESCUBRE EL SECRETO PARA UNA VIDA PLENA Y REALIZADA!

En un mundo dominado por el egoísmo y la búsqueda de aprobación en las redes sociales, la pregunta sobre qué da sentido a la vida se vuelve aún más relevante. Es hora de encontrar un nuevo camino. Prepárate para experimentar una transformación profunda, descubriendo el verdadero sentido de la vida y la felicidad genuina.

En este libro, te sumergirás en el exuberante amor de Dios y encontrarás la respuesta a aquello que realmente importa. A través de ese amor divino, serás capaz de romper las ataduras del egocentrismo y la vanidad, abriendo espacio para la generosidad y el altruismo en tu vida. Descubre la verdadera felicidad que te aguarda y embárcate en esta increíble aventura al lado del Señor.



Josué de Castro dedicó 38 años de su vida al ministerio pastoral y de la alabanza. Es Magíster en Teología por el Seminario Adventista Latinoamericano de Teología y Licenciado en Periodismo por el Centro Universitario Hélio Alonso, Río de Janeiro. En

los últimos 15 años de su ministerio, se concentró en el área de mayordomía cristiana, que marcó su vida. Casado con Noely, es padre de Josué y Jônatas, y abuelo de Clara, hija de Jônatas y Marina.



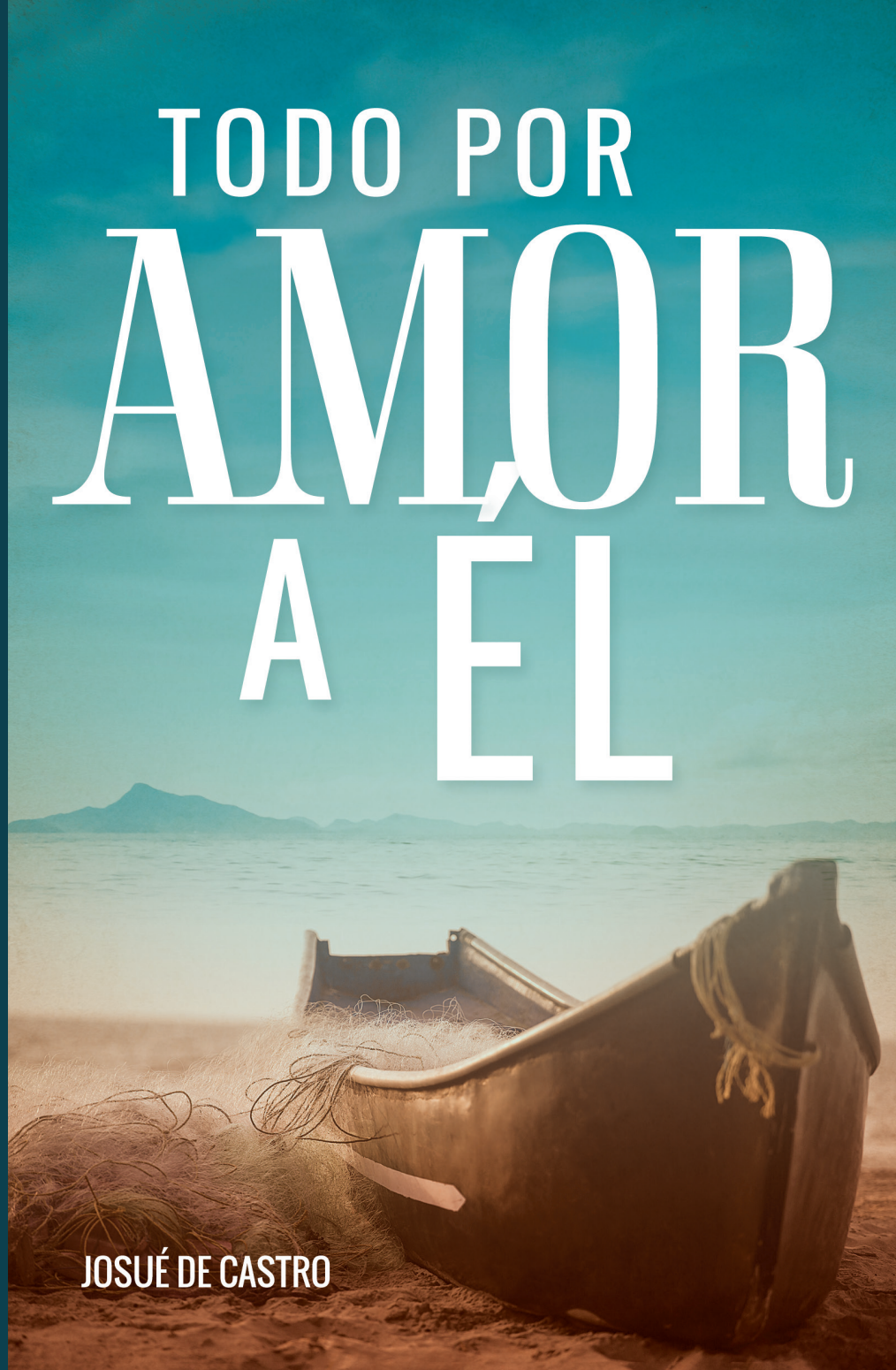
editorialaces.com



JOSUÉ DE CASTRO

TODOS POR AMOR A ÉL

TODOS POR AMOR A ÉL



JOSUÉ DE CASTRO

TODO POR AMOR A EL

JOSUÉ DE CASTRO



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Todo por amor a él

Josué de Castro

Título del original: *Tudo por amor a Ele*

Dirección: Pablo M. Claverie

Traducción: Germán Correa

Diseño: Karina Varela

Primera edición

© División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, 2025.

© Asociación Casa Editora Sudamericana, 2025.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Todos los derechos reservados.

Todas las citas bíblicas cuya referencia no tenga aclaración han sido extraídas de la versión **Nueva Reina-Valera 2000 Actualizada (NRV-2000)**. © Sociedad Bíblica Emanuel, 2020. biblia.editorialaces.com. Además, en esta obra se citan las siguientes versiones de la Biblia: **Dios habla hoy® (DHH)**, 3ª ed. © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. — **La Biblia de las Américas® (LBLA®)**. © The Lockman Foundation, 1986, 1995, 1997. Usada con permiso. www.lbla.com — **Nueva Biblia de las Américas (NBLA)**. © The Lockman Foundation, 2005. Usada con permiso. www.nuevabiblia.com — **Nueva Biblia viva (NBV)**. © Biblica, Inc.®, 2006, 2008. Usada con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo. — **Nueva traducción viviente (NTV)**. © Tyndale House Foundation, 2010. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. — **Nueva versión internacional (NVI)**. © Biblica, Inc.®, 1999, 2015, 2022. — **La Palabra de Dios para todos (PDT)**. © Centro Mundial de Traducción de la Biblia / Bible League International, 2005, 2008, 2012, 2015. — **Reina-Valera 1960® (RVR 1960)**. © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados, 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. — **Reina-Valera contemporánea (RVC)**. © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. — público. — **Traducción en lenguaje actual™ (TLA)**. © Sociedades Bíblicas Unidas, 2002, 2004.

de Castro, Josué

Todo por amor a él / Josué de Castro ; Director Pablo M. Claverie. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2025.

176 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Germán Correa.

ISBN 978-631-305-290-5

I. Vida cristiana. I. Claverie, Pablo M., dir. II. Correa, Germán, trad. III. Título.

CDD 248.4

Editado e impreso por la Asociación Casa Editora Sudamericana en su sede de Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Argentina. Se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 2025. Tirada: 138.500.

Libro de edición argentina

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

editorialaces.com

—116155—

Tabla de contenido

Prefacio	4
Introducción	6
1. Apasionados por amor a él	10
2. Libres por amor a él	25
3. Socios por amor a él	40
4. Generosos por amor a él	63
5. Ofrendantes por amor a él	74
6. Fieles por amor a él	87
7. Obedientes por amor a él	103
8. Dependientes por amor a él	118
9. Sumisos por amor a él	133
10. Todo por amor a él	147
Conclusión	163

Prefacio

Después de la Guerra Civil estadounidense, un hombre decidió viajar al sur. En ese momento, gran parte de ese territorio apenas comenzaba a recuperarse de esta guerra, el conflicto con más muertes en la historia de los Estados Unidos. El hombre era bastante rico, pero solo llevaba consigo un bolso con ropa y un poco de comida, ya que hacía la mayor parte del viaje a pie.

Al entrar en una de las ciudades de esa región, fue recibido por varios niños, hijos de esclavos, que acababan de recibir la noticia del fin de la esclavitud. El hombre comenzó a conversar con un niño pequeño y, durante la conversación, casi sin pensarlo, metió la mano en su bolso y sacó una naranja.

Los ojos del niño comenzaron a brillar. Nunca había visto una naranja. Hasta ese momento, prácticamente solo conocía las inmensas plantaciones de algodón. El hombre le ofreció la naranja al niño, que la agarró con fuerza, casi sin poder creerlo. A continuación, el viajero se giró para descansar un poco. Poco después, oyó al niño masticar y decir:

—¡Esto está buenísimo, nunca había comido nada así en mi vida!

El hombre se dio cuenta de que estaba comiéndose la cáscara de la fruta, y le dijo:

—¿Te ha gustado? ¡Espera a probar lo que hay dentro!

El niño pensaba que la cáscara de la naranja era lo mejor que había comido en su vida, a pesar de su sabor fuerte y cítrico. Imagínate lo que sentiría al experimentar el dulce sabor de la naranja.

Muchos de nosotros, al igual que ese niño, nos conformamos con la apariencia de la religión, donde la vida se reduce a obedecer, hacer o no hacer cosas. Pensamos: “Esto es mucho mejor que mi vida anterior. Nunca había experimentado nada parecido”. Pero, cuando experimentamos el amor de Dios, expresado en la cruz del Calvario a través del sacrificio de Cristo y evidenciado en la acción del Espíritu Santo que nos dice que somos hijos amados de Dios, comenzamos a experimentar el interior de la vida religiosa.

Esta historia ilustra bien el contenido de este libro. En él, conocerás el amor de Dios como la fuente, el poder y la motivación para toda buena obra y comunión.

Cuando el pastor Josué de Castro me dijo que estaba transformando sus sermones en texto y compartiendo historias personales sobre cómo Dios había guiado su vida y su ministerio, sentí el deseo de leer el material inmediatamente. Tuve el placer de escuchar algunos sermones del pastor Josué, y me impactó la manera profunda y, al mismo tiempo, práctica en que presenta los principios bíblicos de la fidelidad.

Leer este libro que tienes en tus manos es como escuchar un buen sermón con historias emocionantes. Además, al final de cada capítulo, te encontrarás con el desafío de tomar decisiones que te acercarán más a Cristo y a su voluntad. También conocerás o recordarás los principios más importantes de la fidelidad cristiana y te darás cuenta de que todos deben vivirse por amor a él.

Josanan Alves

Director de Mayordomía Cristiana
División Sudamericana de la IASD

Introducción

En diciembre de 2019, compramos un departamento con la intención de reformarlo y venderlo posteriormente. Decidimos comprometernos con Dios y entregarle la mitad de las ganancias, mientras que la otra mitad sería para nosotros. Nuestro propósito, entre otras cosas, era contribuir con ofrendas más significativas para el avance del evangelio y la ayuda humanitaria. Por lo tanto, comenzamos a trabajar en la reforma.

Después de unos meses, nuestro hijo menor, Jônatas, nos preguntó por cuánto tiempo pensábamos anunciar la venta del departamento. Le respondimos que, aproximadamente, un mes. Él sacudió la cabeza y argumentó que no era fácil vender inmuebles en ese momento. Dijo que hacía casi un año que su departamento estaba anunciado en varias inmobiliarias y aún no se había vendido. Entonces, sugirió que pensáramos en un plazo más largo para la venta. Ante esta situación, afirmamos que, a pesar de las dificultades, Dios era nuestro socio y todo podía ser diferente. Mi esposa, Noely, añadió que el departamento se vendería incluso antes de estar terminado. Confieso que me sorprendió esa demostración de fe. Aunque la pandemia de COVID-19 afectó a la obra, seguimos decididos en nuestro propósito.

Alrededor del mes de mayo, nuestro hijo nos contactó para informarnos que alguien estaba interesado en comprar su departamento en el mismo edificio en el que estábamos renovando el nuestro y nos preguntó si, en caso de que se concretara la compra, su inquilino podría alquilar nuestro departamento. Le dijimos que no habría ningún problema. Después de mostrar

su departamento, nuestro hijo mencionó que había otro departamento en reforma en el mismo edificio, que era un poco más grande, y les preguntó si les gustaría echarle un vistazo. Entonces, los llevó a ver nuestro departamento, que aún estaba por terminar. Después de evaluarlo y preguntar si tendría el mismo acabado que el otro que habían visto, acordaron comprarlo. Aproximadamente una semana después, el comprador realizó el pago de la reserva y vendimos el departamento unos dos meses antes de la fecha prevista, en agosto de 2020.

Dios tiene poder para hacer todo lo que quiera, en el momento que él disponga. En Lucas se refuerza esta verdad al afirmarse que “nada es imposible para Dios” (Luc. 1:37). Jeremías también destaca el poder de Dios diciendo: “¡Señor Dios! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti” (Jer. 32:17).

Aquel que creó todo el Universo con su palabra, incluyendo el planeta Tierra, sus mares, bosques, campos, jardines, animales, aves e incluso la humanidad, sin duda puede vender un departamento en el momento que desee, ¿no crees? Y puede hacer mucho más, pues nada está fuera del alcance de Dios. Este es nuestro Dios todopoderoso, que actúa de manera soberana para cumplir sus propósitos y honrar la fe de aquellos que confían en él.

La intención de este libro es hablar de este Dios que es infinitamente grande y, al mismo tiempo, cercano y profundamente amoroso. Reflexionaremos sobre la voluntad y la acción de Dios, así como sobre nuestra respuesta a sus propuestas y mandamientos. El amor es la esencia de Dios y debe ser la base de nuestras acciones.

Todo lo que hacemos como cristianos debe ser por amor a él. Nuestro amor es una respuesta al amor de Dios. “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Ofrecemos nuestra vida a Dios como expresión de nuestra gratitud y devoción. Nuestra fidelidad, nuestras ofrendas, nuestro

cuidado por los demás, nuestra obediencia, nuestra dependencia, nuestra sumisión, nuestra entrega y las demás actitudes: todo debe estar motivado por el amor a Dios y por el deseo de agradarle. Si no actuamos por amor, nuestras acciones serán vacías y sin valor. El apóstol Pablo afirmó que, si no tenemos amor, seremos como un metal que resuena o un platillo ruidoso; que, si no tenemos amor, no seremos nada; que, si no tenemos amor, darlo todo a los pobres o sacrificar el cuerpo no serviría de nada (ver 1 Cor. 13:1-3).

En el año 2006, fui designado para trabajar en el Ministerio de Mayordomía Cristiana. En ese momento, no tenía idea de que esta área transformaría mi perspectiva sobre el tema de la fidelidad y tendría un impacto tan significativo en mi vida personal. Aprendí que la mayordomía cristiana es un estilo de vida que implica una actitud de sumisión y fidelidad a Dios, además de un compromiso de usar todo lo que tenemos y somos para su servicio y para el bien del prójimo. Es una cuestión del corazón, que se manifiesta en nuestras acciones y elecciones diarias.

Oro para que no solo yo, sino también los pastores, los líderes de Mayordomía Cristiana, los tesoreros y todos los miembros de nuestra amada iglesia puedan crecer en la comprensión de este tema tan importante y recibir el poder del Señor para vivir una hermosa experiencia al ser sus mayordomos y agentes en este mundo.

Imagino que muchos lectores se identificarán con las experiencias que comparto, ya sea en relación con sus propias vivencias, con la elección de una profesión o de un cónyuge, o con la forma en que Dios guio determinadas situaciones y mostró su voluntad a lo largo de su viaje en la vida con él. ¡Así es! Dios tiene una manera personalizada de cuidar de cada uno de nosotros, para que “Dios sea el todo en todos” (1 Cor. 15:28).

Hay una verdad maravillosa que me gustaría destacar: podemos confiar plenamente en Dios y en su manera de dirigir nuestra vida. Él siempre actúa en nuestro beneficio a través de

sus maravillosas providencias. De hecho, la providencia de Dios es un misterio para nosotros, pero podemos confiar en ella con seguridad. Él sabe lo que es mejor para nosotros y obra todo para nuestro bien. Nuestra parte es simplemente confiar en él y serle obedientes. Aquellos que confían en Dios y descansan en su providencia experimentan una paz profunda y duradera. Saben que, independientemente de las circunstancias, Dios está trabajando en su favor y que todas las cosas cooperan para su bien.

Mi deseo es que amemos a Dios tanto como él nos ama a cada uno de nosotros; que Jesús nos libere de la codicia material y de la sutil esclavitud de la dependencia de los bienes materiales para ser felices; que seamos capaces de cumplir nuestro papel como socios de Dios y encontremos la mayor alegría en cuidar de las personas y salvarlas; que cada día nos parezcamos más a Dios e imitemos su gran corazón generoso; que nuestras ofrendas sean un regalo de amor para Dios, que reflejen nuestra profunda gratitud por su amor y fidelidad hacia nosotros; que nuestro diezmo nos recuerde quién es Dios, que le pertenecemos y que él es nuestro primer afecto; que nuestra obediencia esté motivada por el amor a él y por la confianza en su poderosa Palabra; que la dependencia de Dios sea nuestra seguridad, y sus provisiones sean nuestra certeza de vida; que nuestra reverencia y nuestro respeto por lo sagrado sean tan fuertes como nuestro alejamiento de lo que Dios desaprueba; que todo sea entregado a él en respuesta a todo lo que él ya hizo, hace y aún hará por nosotros.

Que el Señor derrame bendiciones sin medida sobre todos los aspectos de tu vida, incluyendo tu familia, tu trabajo, tu fe y tus relaciones. Que, al leer este libro, tus pensamientos y tu corazón se acerquen más a Dios, y que en su presencia descubras que él es maravilloso.

Que todo lo que hagamos sea por amor a él.

*Con cariño,
Josué de Castro*

1

Apasionados Por amor a ÉL

En 1982, cuando comencé el cuarto año de la facultad de Teología, fui a la oficina del director del seminario, el pastor Joel Sarli, para informarle que, al terminar el curso, planeaba ir a los Estados Unidos. Le expliqué que no necesitaba preocuparse por un “llamado” (un trabajo al finalizar la carrera), ya que mi intención era estudiar y perfeccionar mi inglés, además de vivir una experiencia en el extranjero. El pastor pareció sorprendido por mi decisión, pues un estudiante de último año de Teología normalmente busca la seguridad de un empleo al graduarse. Me preguntó si estaba seguro de lo que quería, y le respondí que sí, porque ya tenía amigos que vivían allí y me brindarían su apoyo.

Ir a “América” era un sueño que había estado acariciando durante algún tiempo.

Había hablado con el director alrededor del mes de marzo. Los días fueron pasando y, cuando llegó agosto de ese año, empecé a dudar de mi decisión. El año anterior, en septiembre, había comenzado a salir con mi novia, y con cada día que pasaba me gustaba más. Comencé a reflexionar sobre mi noviazgo y sobre la decisión de ir a los Estados Unidos después de graduarme. Pensaba que, si mantenía mi plan de irme, probablemente perdería a esa persona tan querida. Sin embargo, la idea de vivir una experiencia en la “tierra de los sueños” seguía siendo muy fuerte. Me sentía dividido: ¿irme o quedarme? A finales de octubre,

finalmente tomé mi decisión: me quedaría para casarme con Noely. No podía perder la oportunidad de tener a alguien tan especial como ella a mi lado.

Llegó nuestra graduación, nos comprometimos, recibí un llamado para trabajar como capellán en la Escuela Adventista de Jardim Utinga, en Santo André (Brasil), y el 28 de junio de 1983 nos casamos. Han pasado ya 40 años, y todavía seguimos casados.

¿Me arrepentí de esa elección? ¡No! Si pudiera volver el tiempo atrás, tomaría la misma decisión. ¿Y tú? ¿Alguna vez has tenido que renunciar a un sueño para alcanzar algo más importante? Puede ser un desafío arriesgado, pero necesitamos evaluar con cuidado lo que realmente tiene valor. Eso fue lo que hice al decidir casarme en lugar de ir a los Estados Unidos. Esa decisión tuvo un impacto significativo en mi historia.

Quiero invitarte a reflexionar sobre dos parábolas de Jesús.

“El reino de los cielos es semejante al *tesoro escondido* en un campo, que un hombre encuentra y lo vuelve a esconder. Y lleno de gozo vende todo lo que tiene y compra ese campo. También el reino de los cielos es semejante al mercader que busca *buenas perlas*. Y al encontrar una perla de gran valor, vende todo lo que tiene y la compra” (Mat. 13:44-46, énfasis añadido).

En el pasado, muchas personas optaban por esconder sus riquezas enterrándolas en la tierra, para evitar que fueran robadas por ladrones o saqueadas por pueblos invasores. En algunos casos, cuando los propietarios fallecían, el secreto del lugar donde estaban escondidas se perdía y la riqueza quedaba olvidada. Ocasionalmente, otros propietarios o arrendatarios de las tierras, al trabajar la tierra, terminaban encontrando una fortuna escondida. La parábola contada por Jesús parece seguir un argumento similar.

Sin embargo, ¿cómo podemos entender o aplicar estas parábolas? Pueden aplicarse perfectamente a Jesús. Imagina conmigo: Jesús encuentra un tesoro perdido, una perla de gran valor, y

entonces se pregunta: “¿Cómo puedo adquirir esta riqueza para mí?” La respuesta es: “Tendrás que pagar un precio altísimo”. “Pero ¿cuál es?”, pregunta él. “Tendrás que renunciar a tu gloria, a tu majestad, al mando de los ángeles, a la convivencia santa, a la pureza del Cielo, al amor pleno y a la comunión eterna con el Padre. Tendrás que renunciar a tu divinidad”.

La Biblia describe que Jesús, “aunque era Dios, no consideró que el ser igual a Dios fuera algo a lo cual aferrarse. En cambio, renunció a sus privilegios divinos; adoptó la humilde posición de un esclavo y nació como un ser humano. Cuando apareció en forma de hombre, se humilló a sí mismo en obediencia a Dios y murió en una cruz” (Fil. 2:6-8, NTV).

Jesús reflexionó por un momento y respondió: “Pagaré el precio. Porque este tesoro vale la pena”. ¡Imagina una decisión así: renunciar al Cielo por un tesoro perdido!

Entonces, ¿qué o quién representa ese tesoro, esa perla tan valiosa, por la que vale la pena que Jesús renuncie a su divinidad? El profeta Malaquías nos ayuda a descubrir quién es ese tesoro: “Serán para mí especial tesoro, dice Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe. Los perdonaré como un hombre perdona al hijo que lo sirve” (Mal. 3:17, RVR 1960).

El profeta está hablando de ti y de mí. Me alegra decir que tú eres el tesoro de Jesús. Eres la perla de gran precio. Para Jesús no hay nada más valioso en este mundo que tú. Como dijo el pastor Amin Rodor, si se pusiera sobre ti una etiqueta con un precio, el número sería tan grande que sería imposible leerlo.

Quita el aliento pensar en el hecho de que somos valorados de manera infinita y amados de un modo tan incomprensible, sorprendente y extraordinario. Sin embargo, las Escrituras presentan esta maravillosa verdad de forma clara e inequívoca: “Con amor eterno te he amado, por eso te atraje con bondad” (Jer. 31:3).

“Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni

lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que se halla en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom. 8:38, 39).

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Dios mostró su amor hacia nosotros al enviar a su Hijo único al mundo para que tengamos vida por él. El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo, para que, ofreciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados” (1 Juan 4:9, 10, DHH).

“¡Miren qué gran amor nos ha prodigado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios! ¡Y en realidad, somos hijos de Dios!” (1 Juan 3:1).

“En mis ojos eres de gran estima, eres honorable, y yo te amo. Daré, pues, hombres por ti y naciones por tu vida” (Isa. 43:4).

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno dé su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

“Ustedes, como hijos amados de Dios, procuren imitarlo. Traten a todos con amor, de la misma manera que Cristo nos amó y se entregó por nosotros, como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios” (Efe. 5:1, 2, DHH).

“Dios, ¡cuán precioso es tu invariable amor! Por eso los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas” (Sal. 36:7).

Alabado sea Dios por su amor extraordinario, único y maravilloso, que nos hace tan preciosos a sus ojos. Somos verdaderamente el tesoro de la vida de Dios. Somos el amor de su vida.

En sus parábolas, Jesús es el comerciante que “vende todo” para comprar la perla, el tesoro. Entonces, “lleno de gozo vende todo lo que tiene y compra ese campo” (Mat. 13:44). Quiero destacar que la decisión de Jesús fue tomada con plena alegría.

Sus ojos brillaron de gozo, porque tendría la posibilidad de recuperarnos a ti y a mí, su gran tesoro.

El apóstol Pablo describe esta decisión de Jesús: “Dios los compró [a ustedes] a un alto precio. Por lo tanto, honren a Dios con su cuerpo” (1 Cor. 6:20, NTV). “Ustedes conocen la gracia generosa de nuestro Señor Jesucristo. Aunque era rico, por amor a ustedes se hizo pobre para que mediante su pobreza pudiera hacerlos ricos” (2 Cor. 8:9).

Pedro presenta este mismo propósito de Jesús con estas palabras:

“Pues Dios los ha rescatado a ustedes de la vida sin sentido que heredaron de sus antepasados; y ustedes saben muy bien que el costo de este rescate no se pagó con cosas corruptibles, como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, que fue ofrecido en sacrificio como un cordero sin defecto ni mancha. Cristo había sido destinado para esto desde antes que el mundo fuera creado, pero en estos tiempos últimos ha aparecido para bien de ustedes” (1 Ped. 1:18-20).

¡Tú vales la vida de Jesús! ¡Qué precio imposible de medir pagó por ti y por mí! *No puedo comprender* la razón de tanto amor. Elena de White comenta:

“Nunca podrá comprenderse el costo de nuestra redención hasta que los redimidos estén con el Redentor delante del trono de Dios. Entonces, al percibir de repente nuestros sentidos arrobados las glorias de la patria eterna, recordaremos que Jesús dejó todo eso por nosotros, que no solo se exilió de las cortes celestiales, sino que *por nosotros corrió el riesgo de fracasar y perderse eternamente*. Entonces arrojaremos nuestras coronas a sus pies y elevaremos este canto: ‘¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!’ ” (Apoc. 5:12).¹

¹ Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2008), p. 105.

De hecho, somos incapaces de imaginar de qué tuvo que privarse Cristo para venir a comprarnos y rescatarnos. El misterio de ese amor será el tema de nuestro estudio por toda la eternidad. ¡Todo esto es muy intrigante, incomprensible! No podemos medir con nuestra regla humana el infinito amor de Jesús, que entregó todo, incluso a sí mismo. Cuando nos miramos a nosotros mismos, no logramos entender cómo o por qué tú y yo somos tan altamente valorados, al punto de que el Cielo haya sido vaciado por nuestra causa.

Cuando mis hijos eran pequeños, recuerdo haber visto con ellos la serie *El Chavo del 8*, y nos reíamos juntos de las torpezas y las historias divertidas de los personajes. Uno de ellos, en particular, llamaba mi atención: Quico. Yo lo veía como el más torpe de todos, siempre simple e ingenuo, metiéndose en líos. Después de que las cosas le salían mal, iba a llorar frente a su casa, y su madre, doña Florinda, con sus rulos y su delantal, salía a consolarlo llamándolo “mi tesoro”. Yo bromeaba con esa idea, preguntándome cómo alguien podía considerar a un niño así un “tesoro”.

Algo parecido me sucede: al mirarme a mí mismo, con todas mis imperfecciones, tonterías, ingenuidades, deformidades, defectos y pecados, no puedo entender cómo Dios puede amarme de esa manera y considerarme un tesoro. Pero la Biblia nos dice que eso es el amor puro: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en pecados nos dio vida junto con Cristo. Por gracia ustedes han sido salvados” (Efe. 2:4, 5).

¡Gloria a Dios por considerarnos su tesoro y sus perlas preciosas! ¡Alabado sea el nombre de Cristo, que pagó el precio infinito para tenernos! Repite, estés donde estés: ¡Yo soy el tesoro de Jesús! ¡Yo soy el tesoro de Jesús! ¡Yo soy el tesoro de Jesús!

¿CÓMO SE CUIDA UN TESORO?

Seguramente has leído o escuchado muchas historias de expediciones en las que se buscan tesoros escondidos. Después de encontrarlos, las personas luchan con todas sus fuerzas para conservar sus riquezas. Así también es Dios contigo. Si tú eres su tesoro y él pagó un precio infinito por ti, sin duda cuidará muy bien de ti. Mira lo que la Biblia nos dice sobre esto:

“Si Dios no se guardó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también todo lo demás?” (Rom. 8:32, NTV).

“Pongan todas sus preocupaciones y ansiedades en las manos de Dios, porque él cuida de ustedes” (1 Ped. 5:7, NTV).

“Consideren cómo crecen los lirios. No labran ni hilan. Y les digo que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Si Dios viste así a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, ¿cuánto más a ustedes, hombres de poca fe? No se aflijan por qué comer o qué beber. No se inquieten por eso. Porque la gente del mundo busca con afán estas cosas, que su Padre sabe que necesitan” (Luc. 12:27-30).

“Así dice Dios, el Señor: ‘Yo mismo buscaré a mis ovejas y las cuidaré. Como el pastor busca a su rebaño el día que las ve esparcidas, así buscaré a mis ovejas’ ” (Eze. 34:11, 12).

Dios promete cuidar de ti y de mí, porque somos su posesión preciosa. Confía en él, espera en él y descansa en él.

¿QUIÉN O QUÉ ES TU TESORO?

Sería oportuno, a la luz de todo lo que hemos visto hasta aquí, reflexionar sobre la aplicación de la parábola y preguntarnos: ¿Quién o qué es mi tesoro? Podemos identificarlo al observar dónde concentramos nuestra atención y preocupaciones, cómo usamos nuestro tiempo y dinero, y en qué invertimos nuestras mejores energías.

Cuando se les pregunta qué o quién es lo máspreciado que tienen, muchos responden automáticamente que Dios y

la familia son su mayor tesoro. ¿Será realmente así? ¿No será solo un cliché? Nos gustaría que lo fuera, pero en verdad no lo es. Para muchas personas, si no para la mayoría, Dios no es lo principal ni lo más importante. La carrera profesional, el trabajo, el juego, el ocio, el placer, la casa, el coche y el poder ocupan sus primeras y principales atenciones. Nos engañamos con discursos vacíos y alejados de la realidad.

Jesús afirmó: “Porque donde esté el tesoro de ustedes, allí estará también su corazón” (Mat. 6:21). Por lo tanto, necesitamos preguntarnos dónde está nuestro corazón y si estamos valorando lo que realmente importa, pues Dios debe ser nuestro mayor tesoro y el centro de nuestra vida.

¿Dónde está *realmente* tu corazón?

¿CÓMO PODRÍAMOS RESPONDER AL AMOR SIN IGUAL DE JESÚS?

Dios espera que nuestro amor por él sea supremo, intenso, profundo y sin competencia. Él desea ser el primero en nuestros afectos y elecciones.

“Jesús respondió: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente’ ” (Mat. 22:37).

“El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. El que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí la hallará” (Mat. 10:37-39).

“Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mat. 6:33).

Parece un amor celoso, egoísta, ¿verdad? Solo una mirada más profunda, unida a un discernimiento espiritual, nos permitirá comprender que únicamente el amor supremo a Dios es lo que nos capacita y nos prepara para disfrutar de todas las demás cosas en plenitud. El amor a Dios nos prepara para amar más profundamente a nuestra familia, amigos y demás personas.

Necesitamos recordar que, en la lógica de Dios, es necesario perder para ganar. Es preciso renunciar a algo valioso para recibir un tesoro aún mayor. “El que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí la hallará” (Mat. 16:25). Jesús nos enseña a negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz cada día para seguirlo. Él “decía a todos: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame’ ” (Luc. 9:23). Pedro quería saber cuál sería la ganancia de tanta entrega:

“Entonces Pedro preguntó: ‘Nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué, pues, tendremos?’ Jesús les dijo: ‘Les aseguro que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, ustedes, que me han seguido, también se sentarán sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que deja casas, hermanos o hermanas, padre o madre, esposa o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna’ ” (Mat. 19:27-29).

Por último, Jesús nos recuerda que no debemos acumular tesoros en la Tierra, sino en el Cielo:

“ ‘No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corroen, y los ladrones socavan y roban. Sino acumulen tesoros en el Cielo, donde ni polilla ni óxido corroen, ni ladrones destruyen ni roban. Porque donde esté el tesoro de ustedes, allí estará también su corazón’ ” (Mat. 6:19-21).

Detrás de la acumulación de riquezas, además de varias posibilidades como alimentar el ego, la codicia y la ambición, se encuentra la ilusión de confianza y seguridad que aquellas pueden brindar. Las personas creen que los bienes garantizarán el futuro, la protección, la salud, la comodidad y la paz. Sin embargo, estas garantías son como una sombra que desaparece cuando el sol deja de brillar. La única seguridad verdadera que tenemos en el presente o en el futuro está en Jesucristo, el Señor del tiempo, de las circunstancias y de la paz. Por eso, debemos

hacer de Jesús nuestro tesoro en el Cielo y en la Tierra. Entonces, nuestro corazón irá donde esté nuestro tesoro.

Algunos personajes bíblicos nos ayudan a decidir dónde enfocar nuestra vida:

Considera algunas decisiones:

Abram – “El Señor le dijo a Abram: ‘Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te voy a mostrar’. [...] Abram salió de Harán tal como el Señor se lo había ordenado” (Gén. 12:1, 4, DHH).

Moisés – “Fue por la fe que Moisés, cuando ya fue adulto, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de los placeres momentáneos del pecado. Consideró que era mejor sufrir por causa de Cristo que poseer los tesoros de Egipto, pues tenía la mirada puesta en la gran recompensa que recibiría” (Heb. 11:24-26, NTV).

David – “Un solo día en tu templo es mejor que mil en cualquier otro sitio” (Sal. 84:10, NBV). Es mejor un día en la casa y en la presencia de Dios que tres años en el mejor resort, spa o cualquier otro lugar del mundo.

Pablo – Antes creía que esas cosas eran valiosas, pero ahora considero que no tienen ningún valor debido a lo que Cristo ha hecho. Así es, todo lo demás no vale nada cuando se le compara con el infinito valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él, he desechado todo lo demás y lo considero basura a fin de ganar a Cristo y llegar a ser uno con él. [...] Quiero conocer a Cristo y experimentar el gran poder que lo levantó de los muertos” (Fil 3:7-10).

¿Qué tienen en común estos hombres? El deseo de andar con Dios y de cumplir su voluntad soberana; su confianza inquebrantable en un Dios que no se equivoca y que ama como nadie, y el deseo de ser íntimos de Dios y ser guiados por él. Su mayor interés era tener a Dios y vivir en su presencia. Dejaron un testimonio profundamente fuerte de decisiones muy radicales, pero acertadas y con resultados muy fructíferos.

¿Cuál sería, entonces, nuestra mejor decisión, dado que tenemos tantos buenos ejemplos sobre dónde colocar nuestro corazón?

Piensa por un momento en las siguientes preguntas: ¿Cuál es tu mayor fuente de alegría? ¿Qué es lo que te da más placer en la vida? Las respuestas a esas preguntas pueden ayudarnos a identificar dónde estamos concentrando nuestras atenciones.

Si le preguntáramos a Jesús, ¿cuál sería su respuesta?

Hay una cita reveladora al respecto: “Sus horas *más felices* eran las que, terminado el trabajo, podía pasar en el campo, meditando en tranquilos valles y en comunión con Dios, ya sea en la falda del monte o entre los árboles del bosque”.² Me imagino a Jesús yendo a dormir y pensando: “Ojalá pase rápido la noche para poder encontrarme con el Padre”. A veces, ni siquiera podía dormir; tal era su interés por comunicarse con su Dios. Pasaba noches enteras conversando con él.

Estar en comunión con el Padre, en intimidad con Dios, era la mayor fuente de alegría para Jesús. Para muchos de nosotros, la mayor fuente de alegría puede ser jugar, viajar, estar con amigos, ir de compras, ver una película, salir con alguien, comer y muchas otras cosas. Sin embargo, hablar con Jesús, pensar en él, escucharlo, caminar con él y compartir la vida con él debería ser nuestra mayor fuente de alegría y nuestro objetivo supremo en la vida.

LA ADORACIÓN A UN DIOS MENOR

En 2015, nos mudamos de la ciudad de São Paulo a Campinas y nos fuimos a vivir cerca del estadio Moisés Lucarelli, del club de fútbol Ponte Preta. Como nuestro departamento estaba en el piso 13, podíamos ver la mitad del campo desde arriba.

² Elena de White, *El ministerio de curación* (Florida, Bs. As.: ACES, 2008), p. 34.

Había partidos dos veces por semana y era habitual ver a los aficionados llegar una hora antes del partido. Muchos grupos venían cantando, con banderas y tambores, y cada partido era una fiesta. Luego, una vez dentro del estadio, se abrazaban para cantar y bailar. Cuando el Ponte Preta marcaba un gol, se podían oír los gritos de alegría desde lejos. Era fácil saber si el Ponte había ganado, porque al final del partido la gente salía tocando las bocinas de los coches, lo que duraba al menos unos veinte minutos. Durante la semana, estos aficionados comentaban el partido, intentaban convencer a otras personas para que se pasaran a su equipo y ahorrraban dinero para ir a los próximos partidos. ¡Era una verdadera pasión!

Al observar ese espectáculo, pensé que esa devoción equivalía a la adoración de un dios, el dios “fútbol”. Confieso que sentí envidia de la alegría, el entusiasmo, el fervor, la fidelidad y la pasión con que esas personas adoraban a ese dios. El ardor con el que cantaban, las declaraciones de amor al equipo, los sacrificios para asistir a los “cultos” llamaban la atención. La regularidad, la puntualidad y la fidelidad eran los tres pilares que definían la devoción de estos adoradores. Cada vez que iban al templo (el estadio), los devotos llevaban sus diezmos y ofrendas, representados por las entradas para los partidos. También hacían evangelismo, tratando de convertir a más personas a su religión (es decir, a ser aficionados de su equipo) y comentaban el sermón durante la semana al discutir los detalles del partido. Muchos defendían a su dios con fervor, llegando incluso a morir por su veneración.

Es lamentable ver a personas idolatrar a un dios que no hace nada por ellas: no las ayuda, no las ama, no las protege y no les ofrece esperanza para el futuro. Y es triste darse cuenta de que nosotros, que afirmamos amar y adorar a Dios, a menudo tenemos tan poco fervor, tan poca pasión, tan poca implicación y tan poca emoción en relación con él y su causa. ¿Acaso nuestro amor está siendo sofocado por otras cosas?

El pastor Tércio Sarli, en el capítulo “El gran negocio de la vida”, del libro *A Hora Tranquila*, dijo: “La búsqueda del reino de Dios debe ser el gran negocio de la vida; todo lo demás debe estar subordinado a ella”.

George Müller (1805-1898), nacido en Alemania, fue evangelista y misionero en Inglaterra. Se hizo famoso por su fe en la providencia de Dios y por su trabajo con niños desamparados. Administraba un orfanato a través de la oración. Nunca pidió recursos a nadie, excepto a Dios, en oración. Nunca faltó lo necesario para los más de diez mil niños que pasaron por allí. Se dice que Müller tenía un registro de sus miles de oraciones contestadas.

Una vez, con motivo de su 90° cumpleaños, George Müller habló de sí mismo con ministros y obreros de la siguiente manera:

“Recuerdo mi entrega absoluta al Señor. Me convertí en noviembre de 1825, pero solo cuatro años más tarde, en julio de 1829, entregué mi corazón al Señor de manera absoluta. Solo entonces abandoné el amor al dinero, a la paz, a la posición, a los placeres y a los compromisos mundanos. Dios, solo Dios, se convirtió en mi porción. Encontré en él mi todo. No deseaba nada más y, por la gracia de Dios, así sigo hasta hoy. Eso me hizo un hombre feliz, un hombre profundamente feliz, y me llevó a ocuparme solo de las cosas de Dios. [...] Antes leía un poco las Escrituras, pero prefería otros libros; sin embargo, desde el día en que me entregué totalmente al Señor, la revelación que él hizo de sí mismo se convirtió en una bendición incomparablemente más preciosa para mí. Puedo afirmar de corazón que Dios es un ser infinitamente amoroso. Oh, no nos demos por satisfechos hasta que, desde lo más profundo de nuestra alma, podamos decir: Dios es un Ser infinitamente amoroso”.

No podemos conformarnos con nada menos que amar y conocer a Dios profundamente, de manera significativa y con todo nuestro corazón.

¿CUÁLES SON NUESTROS TESOROS?

Un niño pequeño le preguntó a su mamá si sabía dónde estaba el *napa*. “Pero ¿qué es el *napa*?”, preguntó su mamá. Y él respondió: “Es ese papel que muestra dónde guardamos el tesoro”. Tenía la mano llena de tapas de botellas de plástico y quería saber dónde estaba el mapa para guardar el tesoro que tenía en las manos.

A veces somos como ese niño. Nuestros tesoros no son más que tapas de botella frente al verdadero tesoro que Dios tiene para ofrecernos: él mismo. En Jesús hay riquezas infinitas. El apóstol Pablo destaca: “Aunque soy menos que el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles la insondable riqueza de Cristo” (Efe. 3:8).

“¡Qué profundas son las riquezas de Dios, y su sabiduría y entendimiento! Nadie puede explicar sus decisiones, ni llegar a comprender sus caminos.” (Rom. 11:33, DHH).

NUESTRO DESAFÍO

El precio que tenemos que pagar para adquirir esta perla, llamada Jesús, es entregarnos a nosotros mismos sin reservas. Estamos llamados a poner todos los demás amores en un segundo plano, para dar lugar al amor supremo. Estamos llamados a poner a Dios en primer lugar, a hacer de él el principal amor de nuestra vida. Esto ajustará todas las demás pasiones y alejará nuestra afinidad con lo que es fútil e inútil. Dios nos invita a renunciar a las pasiones nocivas que nos alejan de él. El apóstol Pablo aclara que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y malos deseos” (Gál. 5:24).

Somos de Cristo y él es nuestro. Nuestros afectos mayores, mejores y más profundos deberían ser para él.

Alguien dijo: “Dar el primer lugar al reino de Dios es cambiar la vida hacia el lado de la alegría genuina, hacia el campo de la esperanza, hacia el lado brillante de la vida; es optar por el gobierno de Dios, es disfrutar libremente de todo lo que Dios nos ha dado para nuestra felicidad”.

Seguir a Jesús requiere audacia, valentía y decisión. Amar es más que un sentimiento, es una decisión de querer amar y seguir amando. Si no amamos a Cristo, ¿a quién amaremos? “¿Y qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma? ¿Hay algo que valga más que tu alma?” (Mat. 16:26, NTV).

¿Quién tiene nuestro amor? “El Cielo necesita creyentes que estén tan constreñidos por el amor de Cristo, redimidos por su gracia, comprometidos con sus propósitos, empoderados por su Espíritu, y que sean tan obedientes a sus mandamientos, que estén dispuestos a enfrentar la muerte misma por su causa”.³

¿Ya encontraste, personalmente, tu tesoro? ¿Ya compraste el campo? ¿Ya hallaste tu perla de gran precio? ¿Ya la obtuviste?

Recuerda: Eres el tesoro de Dios. ¡Deja que él te alcance!

³ “Los tres mensajes cósmicos”, *Guía de estudio de la Biblia*, abril-junio de 2023, p. 10.

2

Libres Por amor a ÉL

En su último discurso, Martin Luther King Jr. dijo lo siguiente:

“Bueno, no sé lo que ocurrirá ahora. Nos esperan días difíciles. Pero eso, en realidad, no me importa ahora, porque he estado en la cima de la montaña. Y no me preocupa. Como cualquier persona, me gustaría vivir una vida larga; la longevidad tiene su lugar. Pero ahora no estoy preocupado por eso. Solo quiero hacer la voluntad de Dios. Y él me ha permitido subir a la montaña. Y he mirado. Y he visto la Tierra Prometida. Puede que yo no llegue allí con ustedes, pero quiero que esta noche sepan que, como pueblo, llegaremos a la Tierra Prometida”.¹

Admiramos la lucha del pastor Luther King por la libertad y coincidimos con su mensaje. Nuestra vida no puede transcurrir sin propósito ni significado. Debemos encontrar un objetivo que le dé sentido a nuestra existencia y que nos libere de las cadenas de la inutilidad y de la trivialidad que limitan nuestra vida.

¹ Martin Luther King Jr., “*Eu estive no topo da montanha*”, disponible en <https://en.wikipedia.org/wiki/1%27ve_Been_to_the_Mountaintop#External_links>, consultado el 2 de junio de 2025.

Para comprender mejor esta idea, veamos la historia del pueblo de Israel. Dios le reveló a Abram que sus descendientes serían esclavos durante un tiempo: “Entonces Dios le dijo: ‘Ten por cierto que tus descendientes serán peregrinos en tierra ajena, y serán esclavos y oprimidos durante cuatrocientos años’ ” (Gén. 15:13). El relato bíblico muestra que esta profecía se cumplió cuando los israelitas fueron esclavizados en Egipto.

El *Diccionario de la lengua de la Real Academia Española* define “esclavo” como: “Dicho de una persona: Que carece de libertad por estar bajo el dominio de otra”.

En Egipto, después de José, el pueblo de Israel fue sometido a la esclavitud. Eso significaba que estaban privados de muchas cosas: de su libertad, de su capacidad de decidir y de controlar su propia vida. Además, eran forzados a trabajar duramente, muchas veces en condiciones extremadamente difíciles, sin recibir un pago justo ni un trato digno. También se les prohibía practicar su religión, vivir sus tradiciones y conservar su identidad cultural.

Estaban bajo el dominio de un señor implacable, sin respeto ni consideración por la dignidad humana. Su principal preocupación era sobrevivir. Realizaban un esfuerzo de resistencia para seguir teniendo el pan de cada día. Vivían en la incertidumbre, sin ninguna perspectiva de futuro. Su destino estaba marcado: trabajar, sufrir y morir. ¿Qué sentido podía tener la vida para ellos?

Precisamente en esa situación deplorable, Dios se manifestó. Él le dijo a Moisés: “He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, he oído el clamor que les arrancan sus opresores, pues conozco sus angustias. Y he descendido a librarlos de mano de los egipcios, y a sacarlos de este país para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, que mana leche y miel” (Éxo. 3:7, 8).

Al destacar la reacción de Dios frente a la esclavitud de su pueblo, podemos notar que él está cercano y se interesa profundamente por ellos. Dios vio la aflicción de su pueblo, escuchó su

clamor y conoció su sufrimiento. Descendió para liberarlo del poder de Egipto y llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel.

Nada de lo que estaba ocurriendo escapaba a los ojos ni al corazón de Dios. Se conmovió con profunda compasión ante la situación de sufrimiento de su pueblo. Tenía algo mejor para ellos, y no quería que su vida se consumiera en la esclavitud. Dios siempre ha deseado el bienestar de su pueblo: “Yo sé los planes que tengo para ustedes –dice el Señor–, planes de paz y no de mal, para darles un futuro y una esperanza” (Jer. 29:11).

Podemos incluso imaginar la voz de inconformidad de Dios frente a esa situación: “No fue para esto que llamé a mi pueblo; no era este mi sueño para ellos. Tengo algo mejor para mis hijos. Voy a traerles liberación. Los llevaré a una tierra de prosperidad y abundancia, donde podrán disfrutar de sus frutos y de sus flores, ‘una tierra buena y espaciosa, que mana leche y miel’. Serán libres para vivir en familia y adorar al Dios todopoderoso”.

Dios llamó a Moisés, y con mano fuerte y poderosa liberó a su pueblo de la mano del faraón (Éxo. 3–13). Los guió hacia la Tierra Prometida y les devolvió lo que habían perdido en la esclavitud.

ISRAEL, LIBERADO CON UN PROPÓSITO

Ahora ellos eran libres. Dios podía cumplir los sueños que tenía para la nación elegida. Todo lo que habían perdido como esclavos debía recuperarse, y el Señor se encargó de ello. Dios les daría descanso, pan y un futuro.

DESCANSO

Obviamente, el descanso llegó cuando cesó el trabajo esclavo en Egipto. Pero había otro descanso al que Dios quería llevarlos. Era el descanso de la gracia, el reposo del sábado. Era descansar en las obras que Dios había hecho, a semejanza de la Creación (Gén. 2:1-3). La restauración del día de adoración y descanso tenía una importancia fundamental en este nuevo momento de

su historia. La libertad despejó el camino para la adoración. Dios restableció la observancia del sábado, que, para muchos, por no decir para la mayoría, se había perdido. Es claro que había un remanente fiel, pero la tierra de la esclavitud se había llevado casi todo el patrimonio espiritual del pueblo. El mandamiento del sábado era un símbolo del descanso físico y espiritual que el Señor quería concederles.

PAN

La lucha por la supervivencia dio paso a una vida basada en la dependencia de la provisión diaria de Dios. El Señor les envió el pan del Cielo, el maná. El milagro de Dios se repetiría cada día durante los cuarenta años que pasarían en el desierto. Dios enviaba el pan y ellos comían. Era pan que venía del Cielo, servido por Dios cada mañana.

Esto debía ser una lección permanente de dependencia de Dios. Solo comerían si Dios les enviaba el pan. Dios era su Proveedor y, como siempre, fue fiel en enviar sistemáticamente provisiones a su pueblo. Dios le preparó una mesa, incluso en el desierto.

FUTURO

El futuro ya no era sufrir y morir. Su mañana se había rediseñado. Había una nueva perspectiva de futuro: las delicias de la Tierra Prometida, “una tierra buena y espaciosa, que mana leche y miel”.

Con estas garantías de descanso, pan y futuro, Dios tenía algunos propósitos en mente: “Así dice el Señor, Dios de Israel: ‘Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto’ ” (Éxo. 5:1).

El pueblo fue liberado para adorar al Señor. Tenían la mente y el cuerpo libres de las preocupaciones de la supervivencia y la tiranía de la opresión. El llamado era para celebrar la presencia y las provisiones de Dios en sus vidas.

Cinco veces más Dios declaró lo que tenía en mente para su pueblo: “‘Deja ir a mi pueblo, para que me adore en el desierto’” (Éxo. 7:16, DHH; 8:1; 9:1; 9:13; 10:3). Servir a Dios representa la libertad de elegir lo mejor. Significa participar en un plan de vida más amplio. Servir a Dios es tener un extremo del infinito en las manos y seguir ese hilo hacia la eternidad.

El enfoque de la vida pasó a ser otro. Del trabajo esclavo, la opresión y el abuso a la libertad de celebrar, adorar y servir a Dios. Los israelitas debían concentrarse en cosas superiores, que les dieran mayor rendimiento, más realización y sentido a la existencia.

DIOS QUERÍA TENERLOS CERCA

“‘Ustedes han visto lo que he hecho a los egipcios, y cómo los he tomado sobre alas de águilas y *los he traído a mí*’” (Éxo. 19:4, NBLA, énfasis añadido). Dios los quería aún más cerca: “‘Ahora pues, si en verdad escuchan mi voz y guardan mi pacto, serán *mi especial tesoro* entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa’” (Éxo. 19:5, 6, NBLA, énfasis añadido).

Es como si Dios extendiera sus brazos y dijera: “Ven aquí, al calor de mi abrazo, a la seguridad de mi regazo. ¡Tú eres mío!” Y así, cerca de Dios, reflejarían su carácter bondadoso y amoroso para atraer a otras naciones a conocerlo. Serían el pueblo de Dios. El Señor los convertiría en una nación de sacerdotes, que intercedería por las naciones. Enseñarían el camino que lleva a Dios.

A cambio, Dios los bendeciría, los protegería y los convertiría en un anuncio vivo de sus propósitos. “‘Al Señor tu Dios servirás, y él bendecirá tu pan y tus aguas, y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti’” (Éxo. 23:25).

Moisés le explicó al pueblo: “‘Nuestro Dios me ha ordenado enseñarles todos sus mandamientos, para que ustedes los obedezcan en el territorio que van a ocupar. Así, cuando los demás

pueblos oigan hablar de ellos, dirán que ustedes son un gran pueblo, sabio y entendido, pues tienen buenas enseñanzas y saben obedecerlas. No hay ningún otro pueblo que tenga tan cerca a su Dios, como lo tenemos nosotros cuando le pedimos ayuda' ” (Deut. 4:5-8, TLA).

La existencia del pueblo de Israel debía reorientarse por la presencia de Dios. Tendrían que aprender un nuevo estilo de vida. Una nueva forma de vivir debía incorporarse a la vida cotidiana de cada uno de los miembros del pueblo, basada en la dependencia, el servicio y la adoración a Dios. Fueron liberados para disfrutar de la presencia de Dios y ocuparse de sus asuntos. Eso es lo que alegra la vida de los ángeles en el Cielo. Eso era lo que Dios quería traer a sus criaturas humanas. ¡Qué hermoso y bendito designio de Dios para su pueblo!

¿TENEMOS HOY ALGÚN TIPO DE ESCLAVITUD?

En nuestra época, lamentablemente, todavía existen muchas formas de esclavitud que someten a las personas. El trabajo forzoso es la forma más común de esclavitud moderna, ya que más de 27 millones de personas en todo el mundo son explotadas.² El trabajo infantil es otra forma de esclavitud moderna, ya que alrededor de 160 millones de niños en todo el mundo trabajan en condiciones peligrosas y son víctimas de explotación.³

Pero ¿qué decir de las adicciones, que esclavizan a millones de personas? Según un estudio publicado en el *Journal of Sex Research*, entre el 3 % y el 6 % de la población de Estados Unidos puede considerarse adicta al sexo.⁴ Recientemente, el Trastorno de Conducta Sexual Compulsiva (TCSC) se ha incluido

² Disponible en <<https://www.ilo.org/topics/forced-labour-modern-slavery-and-trafficking-persons/data-and-research-forced-labour>>, consultado el 8 de julio de 2025.

³ Disponible en <<https://livredetrabalhoinfantil.org.br/trabalho-infantil/estatisticas/>>, consultado el 8 de julio de 2025.

⁴ J.M. Kuzma, D.W. Black, “Epidemiology, prevalence, and natural history of compulsive sexual behavior”, *Psychiatric Clinics of North America*, 2008; 31, pp. 603-611.

en la CIE (Clasificación Internacional de Enfermedades). Un estudio de 2025, realizado por la Universidad de Chicago, señala una prevalencia de más del 10 % de este trastorno entre hombres y mujeres.⁵

Según un estudio realizado en 2017 por uno de los sitios web de pornografía más populares, este recibió 28.500 millones de visitas ese año, lo que equivale a 81 millones de visitas al día.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), alrededor de 35 millones de personas en todo el mundo padecen trastornos relacionados con el consumo de drogas, y más de 3 millones mueren cada año como consecuencia del consumo nocivo de alcohol.⁶ Y la lista de adicciones esclavizantes continúa, con los juegos de azar, las redes sociales, los *smartphones*, los adictos al trabajo, entre otros.

Sin embargo, me gustaría llamar tu atención sobre una esclavitud que nos afecta a casi todos. Nos hemos convertido en esclavos del materialismo y el consumismo. Desde pequeños, se nos enseña a prepararnos para trabajar y adquirir cosas que nos aporten comodidad, seguridad, facilidades, belleza y oportunidades de felicidad. Entonces nos ponemos a trabajar, trabajar y trabajar para mantener nuestro nivel económico y social, pagar las cuentas antiguas y hacer nuevas cuentas. Nos convertimos en esclavos de lo que tenemos. Nuestros cajones, armarios y guardarropas están repletos porque nuestra compulsión nunca se sacia. Lo peor de todo esto es que, en esta vorágine, no nos damos cuenta de que las “cosas” nunca podrán satisfacer los anhelos más profundos de nuestra existencia.

⁵ Disponible en <<https://www.frontiersin.org/journals/psychiatry/articles/10.3389/fpsy.2025.1561885/full>>, consultado el 8 de julio de 2025.

⁶ Disponible en <<https://www.who.int/news/item/21-09-2018-harmful-use-of-alcohol-kills-more-than-3-million-people-each-year--most-of-them-men>>, consultado el 8 de julio de 2025.

Alguien dijo que vivimos para los muebles, los inmuebles y los automóviles.⁷ Es el imperio del “tener”. Ahora podemos ver el auge del “aparecer y mostrarse”. Las redes sociales, los *likes* (los me gusta) están acaparando el interés de la gente hoy en día. Vivir solo para tener y aparecer es una forma de esclavitud.

Todo el tiempo somos seducidos por anuncios y productos que llenan nuestros ojos, invaden nuestro olfato, estimulan nuestro tacto y tocan nuestra imaginación. Estamos influenciados todo el tiempo. Por ejemplo: ¿Hay algún perfume más agradable, para los hombres, que el olor de un auto nuevo? ¡Nos encanta! ¿Y los aparatos electrónicos? ¿Qué decir de las casas y los departamentos, de las tiendas de muebles que no dejan de lanzar nuevos modelos y diseños que nos hacen replantearnos lo que tenemos en casa? ¿Y la ropa y los zapatos que tanto les gustan a las mujeres? La lista de cosas que han despertado nuestro interés, producido deseos y alterado nuestra mente es extensa.

NO TENEMOS DESCANSO

Vivimos en un constante ciclo de insatisfacción, siempre queriendo más y más. No tenemos descanso ni paz por causa de las deudas, que están siempre atormentándonos. ¿Sabías que las deudas son uno de los principales motivos de infidelidad en los diezmos y en las ofrendas? Muchas personas prefieren deberle a Dios antes que tener su nombre registrado en la lista de deudores del sistema de crédito.

Es como si estuviéramos atrapados en una rueda giratoria, en un círculo vicioso que no nos permite descansar. Como bien dijo Will Rogers: “Muchos gastan el dinero que aún no han ganado, comprando cosas que no necesitan, para impresionar a personas que no les agradan”.

⁷ N. del T.: Para estas tres palabras, en portugués se usa un solo sufijo, en lugar de dos, como en español. De este modo, en el original hay un juego de palabras sonoro. En portugués dice que vivimos para los “móveis, imóveis e automóveis”.

NO TENEMOS FUTURO

Alguien dijo: “Nunca he visto que un camión de mudanzas acompañe al difunto al cementerio”. A la tumba no nos llevamos nada. Como dijo Job: “ ‘Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo me iré’ ” (Job 1:21). Ante esta realidad, ¿por qué nos desgastamos tanto en la búsqueda de lo material?

A menudo, al igual que el pueblo de Israel en Egipto, sufrimos esta esclavitud y la aceptamos como algo normal en nuestra vida. Creemos que solo hay una forma de vivir y nos acostumbramos a esta realidad, aunque no nos esclavice. Sin embargo, es importante recordar que, aunque sea común, este tipo de vida no es ideal. Dios no nos creó para esto. Él tiene sueños más grandes para nosotros.

NECESITAMOS LIBERACIÓN

¡Buenas noticias! “ ‘Si el Hijo los liberta, ustedes serán realmente libres’ ” (Juan 8:36). Así como Dios levantó a Moisés para liberar al pueblo de la esclavitud en Egipto, el Señor también envió a Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, el Poderoso de Israel, para liberarnos de esa esclavitud que tanto nos ata.

Si no es por la poderosa mano de Jesús sobre nosotros, el “faraón” no nos dejará salir. Somos incapaces de liberarnos a nosotros mismos. El egoísmo que habita en nosotros, el entorno en el que vivimos, las enseñanzas y los ejemplos que recibimos, la presión social que sufrimos y nuestra falta de amor a Dios y al prójimo nos convierten en rehenes de nosotros mismos, del pecado, del mal y del Diablo. Necesitamos poder, ¡y el único que tiene ese poder es Dios!

Él quiere liberarnos para que pensemos en cosas superiores. La revelación nos dice: “Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2); “ ‘Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia’ ” (Juan 10:10). Dios desea que nos involucremos en cosas que tengan resultados eternos.

Aunque el pueblo sufría en Egipto, se acostumbró a la esclavitud. Ser esclavo se convirtió en algo común, pero no era normal. Dios nos creó para ser libres. Aunque estemos acostumbrados a la “esclavitud” moderna, esto está lejos de ser normal. Dios tiene algo mejor para nosotros.

JESÚS GARANTIZA SU PAN

Jesús dijo: “No se preocupen por su vida, qué han de comer o beber [...]. Así, no se preocupen diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos?” (Mat. 6:25, 31). El apóstol Pablo afirma: “Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad de ustedes, conforme a su gloriosa riqueza en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

En el desierto, el pan era provisto de manera sobrenatural: caía del cielo. El pueblo no hacía nada para obtener ese pan. Dios lo daba. Hoy, Jesús promete que no nos faltará el pan si confiamos y dependemos de él. Hablando del justo, Isaías escribió que “se le dará su pan, y su agua será segura” (Isa. 33:16). Jesús será nuestro Proveedor.

Esto no significa que no debemos trabajar para ganarnos el pan y vivir solo de la oración, sin hacer nuestra parte. No es eso. Tenemos que trabajar, sí, con responsabilidad y dedicación, pero no debemos convertirlo en lo más importante. El centro de nuestra vida y nuestras principales energías no pueden estar en ganar dinero, sino en estar cerca de Jesús.

El Salvador dijo: “No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corroen, y los ladrones socavan y roban. Sino acumulen tesoros en el cielo, donde ni polilla ni óxido corroen, ni ladrones destruyen ni roban” (Mat. 6:19, 20). El Señor Jesús nos advierte sobre el pecado de vivir en función de los bienes materiales, pero parece que no nos tomamos muy en serio lo que dijo en este pasaje. Creemos que acumular recursos financieros nos dará seguridad en el presente o en el futuro. Sin embargo, esta es una sensación falsa y peligrosa, porque la única y verdadera seguridad proviene de Dios, el Señor de la

Tierra y del Cielo. Por otro lado, acumular tesoros en el Cielo significa invertir en cosas que tienen valor eterno, cosas que no se deterioran con el tiempo, como el amor, la generosidad, la bondad, el servicio a los demás y la fe.

Sería bueno que aprendiéramos a vivir de tal manera, dependiendo tanto de Dios, que nuestras ofrendas y donaciones nos colocaran en esa posición de dependencia, basándonos en la certeza de la promesa: “Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad de ustedes, conforme a su gloriosa riqueza en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

JESÚS GARANTIZA EL DESCANSO

“ ‘Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso. Lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma’ ” (Mat. 11:28, 29).

Este pasaje es una invitación que Jesús hace a todas las personas que se sienten cansadas, sobrecargadas y oprimidas por la vida. Y ¿quién no se siente así? Él es quien puede liberarnos del peso de nuestras preocupaciones, ansiedades e incertidumbres. Jesús no quiere que llevemos nuestras cargas solos, sino que nos ofrece ayuda y alivio para nuestra alma. Nos llama a dejar que él lleve nuestras cargas. El salmista declara: “¡Bendito sea el Señor, nuestro Dios y Salvador, que día tras día lleva nuestras cargas!” (Sal 68:19, DHH).

JESÚS GARANTIZA TU FUTURO

“ ‘No dejen que el corazón se les llene de angustia; confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy’ ” (Juan 14:1-3, NTV).

No te preocupes por tu futuro; Jesús está preparando un lugar para ti en la casa del Padre. Tu herencia está reservada. Tu vida futura está garantizada por la fiel promesa de Jesús. Espera, mediante la fe en Jesús, que tomarás posesión de la recompensa.

UNA VIDA DEDICADA A DIOS

William Carey, conocido como el padre de las misiones modernas, nació en 1761 en Inglaterra y creció en una familia pobre. A pesar de sus circunstancias económicas, era un ávido estudiante, y aprendió a leer y escribir por su cuenta. Con el tiempo, se convirtió en zapatero y comenzó a predicar en las iglesias locales como laico.

En 1785, Carey participó en una reunión que lo inspiró a convertirse en misionero. Tenía ante sí un mapa del mundo que él mismo había dibujado, soñando con la misión. Entonces, se unió a un grupo de bautistas que estaban planeando una misión en la India y comenzó a estudiar el idioma y la cultura del país. En 1793, Carey y su familia partieron hacia la India como misioneros.

La llegada de Carey a la India no fue fácil: enfrentó muchas dificultades, incluyendo la muerte de su hijo menor y la falta de recursos financieros. Sin embargo, continuó predicando y enseñando el evangelio. Trabajó en la India durante 41 años en condiciones extremadamente difíciles y de oposición. Junto con otros dos misioneros, fundaron 26 iglesias y 126 escuelas, tradujeron las Escrituras a docenas de lenguas y dialectos y organizaron la primera misión médica en la India. Cuando murió, el Gobierno ordenó izar las banderas a media asta en honor a un héroe que había hecho más por la India que todos los generales británicos.

Una vez le preguntaron a Carey: “¿Cuál es tu profesión?” Él respondió: “Soy misionero, pero hago zapatos para mantener a mi familia y financiar la misión”.

Si alguien te preguntara: “¿A qué te dedicas?”, ¿qué responderías? “Soy constructor; ingeniero; profesor; funcionario público; autónomo; abogado; médico; mecánico; vendedor; dentista; enfermero; gestor...”. ¿Qué responderías? Quizá tu respuesta podría ser similar a la de William Carey: “Soy misionero, pero para mantener a mi familia y financiar la misión hago esto y aquello”.

Se trata de un cambio de mentalidad sobre el propósito de nuestra vida.

Elena de White comenta: “Si cada uno de vosotros fuera un misionero vivo, el mensaje para este tiempo sería rápidamente proclamado en todos los países, a toda nación, tribu y lengua. [...] El salvar personas debe ser la obra de la vida de todos los que profesan a Cristo. Somos deudores al mundo de la gracia que Dios nos concedió, de la luz que ha brillado sobre nosotros, y de la hermosura y el poder que hemos descubierto en la verdad”.⁸

¿Cuál es la visión de Dios para nuestra vida? Debemos pedirle que abra nuestros ojos y nos aplique el colirio divino para que podamos ver lo que los demás no ven, ser quienes los demás no son y hacer lo que los demás no hacen.

Cuando alguien se convierte en seguidor de Jesús y experimenta la liberación que él ofrece, esa persona se siente inspirada a vivir de manera que refleje esa liberación y bendiga a los demás. En lugar de vivir solamente para sobrevivir y acumular bienes materiales, busca utilizar sus recursos y habilidades para ayudar a los demás y marcar la diferencia en la vida de las personas.

Esta idea se expresa de varias maneras en la Biblia. Efesios 2:10, por ejemplo, dice: “Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios de antemano preparó para que anduviésemos en ellas”. Fuimos creados para hacer buenas obras y ser una bendición para los demás,

⁸ Elena de White, *Servicio cristiano* (Florida, Bs. As.: ACES, 2025), p. 14.

siguiendo el ejemplo de Jesús, que vino a servir, y no a ser servido (ver Mar. 10:45).

¿CUÁL ES TU PASIÓN, TU CAUSA? ¿POR QUÉ LUCHAS?

Billy Graham compartió una carta que un joven estudiante universitario estadounidense le escribió a su prometida. Se había convertido al comunismo en México y le explicó a su prometida por qué tenía que romper el compromiso: “Nosotros, los comunistas, tenemos un alto grado de desgracias. Vivimos prácticamente en la pobreza. Entregamos al partido cada centavo que ganamos, además de lo que nos es extremadamente indispensable para mantenernos con vida. Los comunistas no tenemos tiempo ni dinero para ir mucho al cine o a conciertos, para comer filete miñón o tener casas decentes y coches nuevos. Nos describen como fanáticos. ¡Somos fanáticos! Hay una cosa a la que me he dedicado por completo: la causa comunista. Es mi vida, mi profesión, mi religión, mi pasatiempo favorito, mi amada, mi esposa y amante, mi pan y mi carne. Para ella trabajo durante el día y con ella sueño por la noche. Su apego a mí no disminuye, sino que crece con el paso del tiempo. Por lo tanto, no puedo hacer amigos, salir con alguien ni conversar sin referirme a esa fuerza que impulsa y guía mi vida. Ya he estado en la cárcel por mis ideas y, si es necesario, estoy dispuesto a enfrentarme a un pelotón de fusilamiento”.

Es posible no estar de acuerdo con la causa que defendía este joven, pero no es posible dejar de admirar su devoción y entrega. Este mensaje nos lleva a reflexionar sobre lo que nos motiva. ¿Será que en nuestra vida ocurre esta fascinación por Dios y su causa?

El misionero Pablo escribió: “De muy buena gana gastaré lo mío y me gastaré yo mismo por ustedes” (2 Cor. 12:15). Él había experimentado el poder liberador de Jesús. Cristo y su evangelio eran la razón de su existencia. Él agrega: “En cuanto a mí, que nunca me jacte de otra cosa que no sea la cruz de

nuestro Señor Jesucristo. Debido a esa cruz, mi interés por este mundo fue crucificado y el interés del mundo por mí también ha muerto” (Gál. 6:14, NTV).

Jesús quiere liberarnos para que vivamos por algo más grande y que nos dé una recompensa eterna. Él nos garantiza el pan, el descanso y el futuro. Podemos confiar en la propuesta de vida que él nos ofrece o seguir el camino de los deseos de la naturaleza humana. La elección está ante nosotros: libertad o esclavitud.

“Al cielo y a la tierra llamo por testigos hoy contra ustedes, de que les he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida, para que vivas tú y tus descendientes” (Deut. 30:19).

3

Socios Por amor a ÉL

En 1966, nuestra familia se mudó a Marília, en el Estado de São Paulo, y allí nos quedamos hasta 1974. Una de las cosas positivas de esa ciudad del interior era la libertad de jugar con los amigos en la calle sin preocupaciones. Elevábamos cometas (barriletes), jugábamos al fútbol, nadábamos en los arroyos, jugábamos a las escondidas, hacíamos girar trompos, jugábamos con petecas (un tipo de volante con plumas que se golpea con la mano, parecido al bádminton) y disputábamos partidas de bolitas, también conocidas como canicas, pichas, metras, bolinchas y muchos otros nombres a lo largo de Latinoamérica.

Parece que esos juegos venían por temporadas, y no sé bien cómo empezaban ni cómo terminaban. Fue durante la temporada de las bolitas que mi mamá me vio con un montón de ellas y me llamó para aconsejarme que no jugara “a ganar”, es decir, apostando. Yo acepté su consejo, pero no tardé mucho en desobedecerlo. Parafraseando lo que decía mi profesor de Lengua, Pedro Apolinário: “La desobediencia es atrevida, ¿no?”

Un día me encontré con Carlinhos, un amigo más chico y joven que yo, y lo invité a jugar a las bolitas. Le aclaré que sería “a ganar”, aprovechándome de que yo era mayor que él. Mi intención era quedarme con sus bolitas, y él aceptó enseña.

Apenas empezamos a jugar, me di cuenta de que su puntería para acertar las bolitas era muy buena y que casi nunca fallaba. Yo comencé a perder, y cada una de mis bolitas fue pasando a sus manos. Pero, como todo jugador, pensé que la suerte cambiaría y que iba a dar vuelta el juego. Seguí fallando hasta perder todas mis bolitas.

Entonces se me ocurrió una idea que, confieso, no fue honesta ni justa. Le propuse hacer una sociedad, con la intención de que juntos ganáramos muchas bolitas jugando contra los demás chicos y luego dividiéramos todo. Como yo había perdido todas las mías, al volvernos socios tendría la mitad de todas las que él tenía.

Increíblemente, aceptó mi propuesta y nos hicimos socios. El resultado fue que nos volvimos más amigos, más cercanos y pasamos más tiempo juntos, uniendo nuestros intereses. Aunque nuestra amistad mejoró gracias a esa sociedad, sé que lo que hice no estuvo bien. Fui oportunista y egoísta, usando motivos equivocados para esa alianza. Ya le pedí perdón a Dios, y ahora necesito encontrarme con Carlinhos y disculparme con él también.

¿Cuál es tu opinión sobre las sociedades? ¿Son algo bueno o malo? Mi papá solía decir que “los calcetines solo sirven para los pies, y además se rompen”, queriendo dar a entender que ser socio no es una buena idea. A pesar de las dificultades que pueda tener una sociedad, todavía puede ser buena, dependiendo de la persona con quien uno se asocia, del propósito, de las reglas y de los acuerdos.

CREADOS COMO SOCIOS

¿Sabías que, al planificar la creación del hombre, Dios estableció que uno de los propósitos de la existencia del ser humano sería convertirse en su socio?

En Génesis 1:26, Dios dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre

los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra' ” (LBLA).

Te invito a prestar atención a la palabra dominio en este texto. En el original hebreo es *radah*, que significa “gobernar, administrar, gestionar”. Entonces, cuando Dios crea al hombre, él hace del ser humano su socio, gerente, administrador y mayordomo.

El ser humano debía tener una función aquí en el planeta Tierra: cuidar de todas las cosas del mundo y gestionarlas. Debía ocuparse de todos los animales, ya sean del mar, de la tierra o del aire, cuidar de todo y de todos como un agente de Dios en la Tierra.

El dominio que el ser humano ejercería, la mayordomía que desempeñaría, también debía ser similar al dominio y gobierno de Dios: basado en el amor, la misericordia y la justicia. Al gobernar el mundo, el hombre y la mujer tenían que seguir las reglas de Dios y rendir cuentas de su gestión al Señor. No podían hacer lo que les pareciera bien, sino que debían actuar de acuerdo con las orientaciones del dueño, el Creador del mundo.

Mira lo que la Biblia dice al respecto:

“Le diste dominio sobre la obra de tus manos; todo lo pusiste bajo sus pies” (Sal. 8:6, NVI).

“Los altos cielos son del Señor, pero dio la tierra a los hombres” (Sal. 115:16).

“Entonces lo llamó y le dijo: ‘¿Qué es eso que me dicen de ti? Prepárame un informe de tu administración, porque ya no puedes seguir siendo mi administrador’ ” (Luc. 16:2, NBV).

“Nada creado está oculto de la vista de Dios; todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb. 4:13).

“Ellos darán cuenta al que ha de juzgar a vivos y muertos” (1 Ped. 4:5).

Es claro que se trata de una sociedad entre partes desiguales: Dios es el Señor, y el ser humano es su administrador “sobre toda la tierra”.

EL CONTRATO

El contrato de una sociedad es responsable de regular las obligaciones y los derechos de sus miembros. En el caso de la relación entre Dios y sus seguidores, existe un compromiso mutuo que implica varias promesas.

Dios, que es el Propietario y Socio Mayoritario, se compromete a hacer las siguientes cosas:

Nunca nos deja solos. “Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20, NBLA).

Nos concede al Espíritu Santo, que es Dios, igual a él, para ser nuestro Consolador diario. “Entonces Yo rogaré al Padre, y Él les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre” (Juan 14:16, NBLA).

Provee a todas nuestras necesidades a través de Jesús. “Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad de ustedes, conforme a su gloriosa riqueza en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

Dispone seguridad las 24 horas, que nos guarda y protege. “El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Sal. 34:7).

Cuida de nosotros. “Echen toda su ansiedad sobre él, porque él cuida de ustedes” (1 Ped. 5:7).

Obra en todas las cosas, incluso las que son adversas, para que se transformen en bendición. “Sabemos que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios, los que han sido llamados según su propósito” (Rom. 8:28).

Nos sustenta con su poderosa mano cuando estamos en dificultades, problemas, luchas y aflicciones. “Porque yo, el Señor, soy tu Dios, que te sostiene de tu mano derecha y te dice: ‘No temas. Yo te ayudo’ ” (Isa. 41:13).

Nos guía y nos enseña: “Así dice el Señor tu Redentor, el Santo de Israel: ‘Yo, el Señor tu Dios, que te enseña para tu bien, que te encamina por la senda que debes seguir’ ” (Isa. 48:17).

Nos fortalece y nos ayuda. “No temas, que yo estoy contigo. No desmayes, que yo soy tu Dios que te fortalezco. Siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isa. 41:10)

Sana al alma afligida. “Sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas” (Sal. 147:3).

Levanta a los vacilantes. “El Señor sostiene a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos” (Sal. 145:14).

Nos da sabiduría. “Si alguno necesita sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos generosamente y sin reprochar; y le será dada” (Sant. 1:5).

Nos levanta. “El Señor abre los ojos de los ciegos, levanta al caído, ama a los justos” (Sal. 146:8).

Pelea nuestras batallas. “El Señor les dice así: ‘No teman ni se amedrenten ante esta gran multitud; porque la guerra no es de ustedes sino de Dios’ ” (2 Crón. 20:15).

Nos asiste en la enfermedad. “El Señor lo sustentará en el lecho del dolor, lo sostendrá en su enfermedad” (Sal. 41:3).

Nos resucitará después de la muerte. “Porque esta es la voluntad de mi Padre: Que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo lo resucite en el último día” (Juan 6:40).

Dios confirma este compromiso con la sangre de su propio Hijo: “Y les dijo: ‘Esto es mi sangre del nuevo pacto, que es derramada en favor de muchos’ ” (Mar. 14:24). ¿No es maravilloso lo que Dios nos promete en este contrato de sociedad con él?

Entonces, viene una pregunta: Dios ¿cumple lo que prometió? Quizá Josué, sucesor de Moisés, nos ayude con la respuesta cuando dice: “No faltó ninguna palabra de las buenas que el Señor había hablado a la casa de Israel. Todo se cumplió” (Jos. 21:45). Dios es completamente fiel y cumple cada una de sus promesas.

La próxima pregunta es si Dios es capaz de cumplir todo lo que prometió. Job, el héroe de los sufrientes, confirma: “Yo sé que tú lo puedes todo y que no hay nada que no puedas realizar” (Job 42:2, DHH). Sí, Dios es poderoso y competente para cumplir todo lo que prometió.

CAPITAL DIVINO

Ya que estamos hablando de la sociedad de Dios con el ser humano, sería importante definir algunas cosas. Primera cuestión: ¿Con qué capital y recursos Dios entra en esta sociedad? El Salmo 24:1 responde: “Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que habitan en él”. El Salmo 50:10 y 11 agrega: “Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todos los animales del campo son míos”. En Hageo, afirma: “Mía es la plata, mío es el oro –dice el Señor Todopoderoso” (Hag. 2:8). El profeta Isaías amplía la idea: “¿Quién ha medido el océano con la palma de la mano, o calculado con los dedos la extensión del cielo? ¿Quién ha puesto en una medida todo el polvo de la tierra, o ha pesado en balanza las colinas y montañas?” (Isa. 40:12, DHH).

Segunda cuestión: ¿Cuál es el negocio de Dios en esta sociedad?

Después de la entrada del pecado y del descarrío del ser humano, Jesús anuncia: “ ‘Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido’ ” (Luc. 19:10). Esa es la actividad en la que Dios se ocupa, en la que él tiene el supremo interés: salvar al perdido. Me gustaría agregar a ese propósito divino de salvar una idea presentada en Génesis: cuidar la Tierra, de las personas, de los animales y del medio ambiente (ver Gén. 1:28). Podríamos resumir, entonces, que el negocio de Dios es cuidar y salvar. Cuidar del planeta con todo lo que contiene y, principalmente, salvar a las personas.

Si somos socios de Dios, el “negocio” de nuestra vida debería ser el mismo que el de Dios: cuidar y salvar. Sin embargo, quieren hacernos creer que el objetivo de nuestra vida es tener, poseer: tener dinero, casas, autos, poder, viajes, confort, lujo; de esta manera, el objetivo de cuidar y salvar desaparece de nuestros propósitos.

No oímos a los padres decir a sus hijos: “Queridos, ustedes deben estudiar, sacar buenas notas, obtener conocimiento, para ir a una buena universidad y calificarse así para cuidar y salvar”. Lo que comúnmente oímos es que ellos deben hacer todo eso para tener una buena casa, un buen auto, un buen plan de salud, poder viajar y comer bien, tener una vida confortable, una buena reserva para las emergencias y un buen plan de jubilación”.

No es extraño, entonces, que la misión de cuidar y salvar desaparezca de nuestras prioridades, de nuestro radar de propósitos y de nuestra noción de felicidad.

CAPITAL HUMANO

Como socio de Dios, ¿cuál es la contribución del ser humano? ¿Cuáles son los medios y los recursos que el hombre puede ofrecer para ese negocio de cuidar y salvar?

En verdad, todo lo que tenemos viene del Señor. “ ‘¡Todo lo que tenemos ha venido de ti, y te damos solo lo que tú primero nos diste!’ ” (1 Crón. 29:14, NTV). Debemos a Dios nuestra existencia, nuestra vida. “ ‘El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas; ni es honrado por manos de hombres, como si necesitara de algo, pues él da a todos vida, aliento y todas las cosas. [...] Porque en él vivimos, y nos movemos, y existimos’ ” (Hech. 17:24, 25, 28). Nuestro capital es provisto por nuestro Socio mayoritario. Él provee todos los recursos para usarnos en esa sociedad. “Sepan que él, el Señor, es Dios; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo

suyo somos y ovejas de su prado” (Sal. 100:3, NBLA). Es una sociedad entre desiguales.

A continuación, vamos a analizar algunos de esos recursos con los que Dios nos equipa.

EL CUERPO Y LA ENERGÍA

El cuerpo humano es una de las cosas más maravillosas y complejas de la Creación de Dios. Veamos algunos datos solo para tener una leve noción de lo que es nuestro cuerpo y su composición:

- Cerca de 30 billones de células.
- Cerca de 96 mil kilómetros de vasos sanguíneos.
- Más de 650 músculos esqueléticos.
- Tres mil millones de fibras nerviosas.
- 30 billones de glóbulos rojos.
- 100 mil millones de neuronas. Esos miles de millones de neuronas envían y reciben más señales que todos los celulares del mundo.
- Un millón a 1,2 millones de fibras nerviosas en casa nervio óptico.
- Seis a siete millones de neuronas olfativas.
- 30 mil fibras nerviosas que forman el nervio auditivo.
- 400 a 700 millones de alvéolos pulmonares.
- 20 mil millones de células productoras de leche en cada mama.¹

Toda esta obra maestra, que es nuestro cuerpo, tiene una finalidad mayor, según el apóstol Pablo: “Porque han sido comprados por precio; por tanto, glorifiquen a Dios en su cuerpo y en su espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:20). Glorificamos a Dios cuando usamos nuestro cuerpo y nuestra energía para cuidar y salvar.

¹ Jorge Pamplona, *Corpo Saudável — Guia Prático Para o Bem-Estar Integral* (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2014).

Por eso, “debiera preservarse la salud tan sagradamente como el carácter”.² Nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo de Dios. “¿No saben que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, será destruido por el Señor; porque ese templo es santo. Y ese templo son ustedes” (1 Cor. 3:16, 17). “¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes, que tienen de Dios, y que no son sus propios dueños?” (1 Cor. 6:19). De esta manera, el Espíritu Santo une los propósitos divinos con nuestra intención de usar el cuerpo para cuidar y salvar.

TIEMPO

Dios nos da 24 horas, 1.440 minutos, 86.400 segundos por día. ¿Para qué?

Vamos a reflexionar sobre cómo gastamos el tiempo, considerando una expectativa de vida promedio de 75 años:

- Cerca de 2 años de vida lavando ropa.³
- Ciento catorce días riendo. En promedio, pasamos 6 minutos de cada uno de nuestros días riendo. La generación de los años '50 era más alegre: se reían, en promedio, 18 minutos por día, apuntó una investigación de Ocean Village.⁴
- Cinco meses reclamando. Según una investigación conducida por Hilary Blinds, las personas se quejan por un mal servicio 8 minutos al día, en promedio.⁵

² Elena de White, *Mente, carácter y personalidad* (Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana [ACES], 2013), t. 1, p. 119.

³ “How Much Time Do We Spend Doing Laundry?”, Red Hanger Cleaners (blog), disponible en <redhanger.com/how-much-time-do-we-spend-doing-laundry>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

⁴ “The Time of Our Lives: What We Spend Our Days Doing Today”, *Independent*, disponible en <independent.co.uk/news/uk/this-britain/the-time-of-our-lives-what-we-spend-our-days-doing-today-5345543.html>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

⁵ Disponible en <https://www.independent.co.uk/news/uk/this-britain/the-time-of-our-lives-what-we-spend-our-days-doing-today-5345543.html>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

- Veinticinco años durmiendo.⁶
- Teniendo en cuenta al público brasileño como muestra, ver televisión generalmente ocupa casi la mitad de su tiempo libre. Calculando 5 horas de televisión al día, el resultado es alrededor de 16 años frente a una pantalla.⁷
- Considerando el promedio nacional de 39 horas de trabajo semanales, un brasileño dedicará 10,9 años de la vida al trabajo.⁸
- Según una investigación de la revista *Reader's Digest*, los hombres pasan 3.000 horas, o 4 meses de su vida, afeitándose.⁹
- En promedio, una persona pasa 1.643 días, o cerca de 4 años, comiendo.¹⁰
- Una mujer pasa 14.000 horas, o 1,6 años, a lo largo de toda su vida, cepillando, peinando, lavando, secando, alisando, cortando y arreglando su cabello.¹¹
- La empresa de investigación de marketing OnePoll.com analizó los hábitos de compra de unas 2 mil mujeres y estimó que el tiempo que pasan haciendo “terapia de compras” es de 8,5 años.¹²

⁶ Considerando la expectativa de vida de 75 años. Ver Andreia Torres, “Gastamos 24 Anos de Nossas Vidas Dormindo!”, Andreia Torres, PhD (blog), disponible en <andreiaortorres.com/blog/2018/2/22/durma-bem>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

⁷ Jeff Benício, “Quanto Tempo o Brasileiro Passa Diante da TV e o que Assiste”, Entretê (blog), disponible en <terra.com.br/diversao/tv/quanto-tempo-o-brasileiro-passa-diante-da-tv-e-o-que-assiste,204c44a73d4951f440a1368dae8d79f67v3gnanp.html>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

⁸ Amauri Segalla, “Afinal, o Brasileiro Trabalha Muito ou Pouco?”, Estado de Minas, disponible en <em.com.br/columnistas/amauri-segalla/2024/11/6993184-afinal-o-brasileiro-trabalha-muito-ou-pouco.html>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

⁹ John Naish, “How Much Time Do You Spend on Different Activities Across an Entire Lifetime”, *Daily Mail*, disponible en <dailymail.co.uk/news/article-4186598/How-time-spend-activities-lifetime.html>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

¹⁰ Gemma Curtis, “Your Life in Numbers”, Dreams, disponible en <dreams.co.uk/sleep-matters-club/your-life-in-numbers-infographic>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

¹¹ Alan Reed, “How Much Time do Women Spend on Their Hair?”, *Quick Country* 96.5, disponible en <quickcountry.com/how-much-time-do-women-spend-on-their-hair/>, consultado el 24 de septiembre 2025.

¹² Naish, disponible en “How Much Time Do You Spend on Different Activities Across an

- ¿Y el tiempo que se pasa en las redes sociales? Según la investigación “Digital 2024”, realizada por la empresa We Are Social en asociación con la plataforma Meltwater en enero de 2024, los brasileños pasan un promedio de 3 horas y 37 minutos al día en las redes sociales. Es importante recordar que este promedio puede variar según la edad, la región y otros factores demográficos.¹³

Si calculamos un tiempo mínimo de atención a la esposa o al esposo de 15 minutos por día, durante 50 años de casados, sumaría un total de 273.750 minutos, lo que equivale a, aproximadamente, 190 días, o 6,3 meses, equivalente a 1,05 % de tiempo juntos. Y ¿sabes cuál es la tragedia de los matrimonios? Que la mayoría de ellos no pasa ni siquiera 15 minutos por día dedicando su atención a su cónyuge.

Si separamos 15 minutos de lectura diaria de la Biblia, comenzando a los 10 años y continuando hasta los 75, sumaría un total de 355.875 minutos, lo que equivale a aproximadamente 247 días u 8,2 meses, lo que sería un 1,04 % del tiempo en esos 65 años.

¿No es increíble que gastemos tanto tiempo en tantas otras cosas y reservemos tan poco para lo que es esencial? ¿Cómo estás usando tu tiempo?

Elena de White advierte: “Nuestro tiempo pertenece a Dios. Cada momento es suyo, y nos hallamos bajo la más solemne obligación de aprovecharlo para su gloria. De ningún otro talento que él nos haya dado requerirá más estricta cuenta que de nuestro tiempo. El valor del tiempo sobrepuja todo cómputo. Cristo consideraba precioso todo momento, y así debemos considerarlo nosotros. La vida es demasiado corta para desperdiciarla. No

Entire Lifetime”, <<https://www.dailymail.co.uk/news/article-4186598/How-time-spend-activities-lifetime.html>>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

¹³ Gabriela Andrade, “Brasil é o 2º País em que Usuários Passam Mais Tempo On-line”, *Metrópoles*, disponible en <metropoles.com/colunas/m-buzz/brasil-e-o-2-pais-em-que-usuarios-passam-mais-tempo-on-line>, consultado el 24 de septiembre de 2025.

tenemos sino unos pocos días de gracia en los cuales prepararnos para la Eternidad”.¹⁴

La Biblia nos dice que hay tiempo para todas las cosas: “En esta vida todo tiene su momento; hay un tiempo para todo” (Ecl. 3:1, TLA); por lo tanto, debemos usar el tiempo sabiamente: “Enséñanos a contar nuestros días de modo que nuestro corazón adquiera sabiduría” (Sal. 90:12); y debemos aprovechar el tiempo: “Miren con cuidado cómo andan, no como necios, sino como sabios. Aprovechen bien el tiempo, porque los días son malos” (Efe. 5:15, 16).

Nuestro tiempo debería ser usado, prioritariamente, para cuidar y salvar.

TALENTOS Y HABILIDADES

Las Escrituras señalan que Dios dota a los seres humanos con dones y habilidades (ver 1 Cor. 12:4-11). Pablo presenta estas capacidades y habilidades puestas a disposición de Dios para ser utilizadas según la voluntad del Espíritu Santo. La iglesia se describe como una comunidad de personas talentosas al servicio del mundo.

Dios espera que estas habilidades se empleen al servicio de nuestros semejantes (ver Éxo. 31:2-6).

Nuestra responsabilidad en la sociedad con Dios implica un ministerio y una misión que ayuden a satisfacer las necesidades humanas en nombre de Cristo, mediante el ejercicio de los dones (1 Ped. 4:10, 11; Rom. 12:6-8).

Podemos clasificar los talentos en tres categorías:

1. *Talentos naturales*: habilidades con las que nacemos, como la inteligencia, la creatividad y la capacidad de comunicación.
2. *Talentos sobrenaturales, o dones*: habilidades espirituales otorgadas por el Espíritu Santo, como el don de la sabiduría, la enseñanza, la sanación y el don de lenguas.

¹⁴ Elena de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Florida, Bs. As.: ACES, 2011), p. 277.

3. *Talentos adquiridos*: habilidades que aprendemos a lo largo de la vida mediante el ejercicio y la práctica, como habilidades técnicas, sociales y emocionales.

Algunas de las habilidades que podemos enumerar incluyen:

- *Habilidades artísticas*: tocar un instrumento musical, cantar, pintar, diseñar, esculpir, etc.
- *Habilidades manuales*: coser, tejer, hacer ganchillo (*crochet*), manualidades en general, trabajar con carpintería, cerámica, reparar cosas, etc.
- *Habilidades mecánicas*: saber cómo funcionan las máquinas y los aparatos, y saber manejarlos.
- *Habilidades intelectuales*: estudiar, leer, escribir, enseñar, comunicarse de manera eficaz, etc.
- *Habilidades interpersonales*: desarrollar vínculos saludables, actuar con empatía, escuchar activamente, trabajar de manera colaborativa, etc.
- *Habilidades inventivas*: crear cosas nuevas, tener ideas creativas e innovadoras.
- *Habilidades administrativas*: gestionar personas, proyectos, empresas y organizaciones.
- *Habilidades físicas*: ser fuerte, tener resistencia, flexibilidad, velocidad, equilibrio, coordinación motora, agilidad, etc.

El objetivo principal de nuestros dones y talentos es glorificar a Dios, satisfacer las necesidades de la familia y servir al prójimo. Desafortunadamente, muchas personas utilizan sus dones de manera equivocada, con el único objetivo de obtener fama, enriquecerse y alimentar su ego, olvidando que recibieron esos dones para donarlos y bendecir la vida de otras personas. Nuestros dones y talentos deben utilizarse, ante todo, para cuidar y salvar.

DINERO O RECURSOS FINANCIEROS

Según el Departamento de Prensa de la Universidad Federal de Campina Grande, Brasil, la distribución de los ingresos personales es tan desigual en el mundo que el 2 % más rico de la población adulta posee más del 50 % de los activos mundiales, mientras que el 50 % más pobre solo posee el 1 % de la riqueza del planeta. Mahatma Gandhi afirmó que “hay suficiente en el mundo para todas las necesidades humanas, pero no hay suficiente para la codicia humana”.

Ciertamente, Dios dotó a nuestro planeta de muchas riquezas para satisfacer las necesidades de todos sus hijos. Sin embargo, la codicia, la avaricia y el egoísmo han alejado al hombre de los propósitos de Dios, que son cuidar al prójimo y salvarlo. El ser humano se concentra en cuidar solo de sí mismo, sin tener en cuenta que Dios nos concede recursos en exceso para compartir con los demás las bendiciones que recibimos.

Los recursos financieros desempeñan un papel importante al ayudarnos a darnos cuenta de cuánto estamos involucrados en la misión de cuidar y salvar, o no.

Podemos incluir en estas consideraciones el diezmo, que corresponde a la décima parte de nuestros ingresos, establecido por Dios como una forma de reconocimiento de su Creación y mantenimiento, así como para financiar la propagación del evangelio (ver Lev. 27:30-32; Núm. 18:21; 1 Cor. 9:13, 14). Este mandamiento fue obedecido por Abraham y Jacob (ver Gén. 14:20; 28:20-22), confirmado por Jesús (ver Mat. 23:23; Luc. 11:42) y por Pablo (ver 1 Cor. 9:13, 14).

Además, Dios instituyó las ofrendas como una forma de cuidar y salvar a las personas. Las ofrendas son diferentes del diezmo en su uso y simbolismo, ya que mientras el diezmo nos recuerda a Dios como Creador, la ofrenda nos remite a Jesús como Redentor. Cada vez que ofrecemos una ofrenda, estamos imitando a Dios, que nos dio a Jesús como regalo a nosotros, los pecadores (ver Efe. 5:1, 2).

De esta manera, Dios utiliza nuestros recursos financieros para salvar a las personas a través de la iglesia y para cuidar de los pobres y necesitados.

¿CUIDAR DE QUIÉN Y SALVAR A QUIÉN?

Como socios de Dios, él espera –y es nuestra responsabilidad– que cuidemos de nosotros mismos y de nuestra familia, y que nos salvemos a nosotros mismos en primer lugar. Tu familia y tú están en la parte superior de la lista de personas a quienes Dios desea cuidar y salvar. ¿No es maravilloso?

MI FAMILIA Y YO

Por lo tanto, debemos utilizar nuestros recursos físicos y nuestra energía para satisfacer las necesidades de nuestra familia, aprovechando el tiempo para disfrutar de momentos juntos, compartiendo alegría, comunión y crecimiento mutuo.

Además, nuestros dones y talentos deben utilizarse para promover nuestro propio desarrollo y bienestar, así como el de nuestra familia.

Nuestros recursos financieros deben satisfacer nuestras necesidades y las de nuestros seres queridos. No hay nada de malo en tener comodidades y vivir bien, ya que Dios nos da la capacidad de generar riqueza para satisfacer nuestras necesidades y las de nuestra familia.

Sin embargo, hay otros dos grupos de personas a los que Dios también desea cuidar y salvar.

LOS POBRES Y LOS NECESITADOS

Los recursos de tiempo, energía, fuerza, habilidades y dinero también tienen el propósito de atender a los desfavorecidos de este mundo, que viven al margen de la dignidad humana y necesitan ayuda para comer, vestirse, estudiar y satisfacer otras necesidades básicas.

Recuerdo un momento en el que trabajaba en la Asociación Paulista Central, en Campinas, São Paulo, en el que se desafió a todos los empleados de la oficina a utilizar sus talentos para marcar la diferencia en la vida de alguien.

El equipo de ingeniería encontró una casa prácticamente en ruinas en un barrio cercano a la Asociación. Buscaron al dueño de la casa, el señor Aurelino, que vivía con cuatro nietos, para presentarle un plan de reforma de la vivienda. Su respuesta inmediata fue que no tenía dinero para ninguna reforma. El equipo le explicó que se trataba de un proyecto personal suyo y de la iglesia, y que él no tendría que gastar nada en la reforma. Sorprendido, aceptó y comenzaron el trabajo.

Es interesante que los vecinos, al ver ese gesto tan hermoso del equipo, también se dispusieron a ayudar en la reforma.

Tuvieron que derribar paredes, restaurar puertas y ventanas, comprar un fregadero nuevo para la cocina... En fin, tras unos tres meses de trabajo, entregaron la casa bonita, pintada y arreglada al señor Aurelino.

Quedó tan impresionado por lo que sucedió en su casita que quiso saber más sobre ese Dios que motivaba a las personas a usar sus habilidades, su tiempo y sus propios recursos para ayudar a los pobres. Como resultado, algún tiempo después, Aurelino fue bautizado y pasó a formar parte de aquellos que viven para cuidar y salvar.

LOS PERDIDOS

Perdido es aquel que va hacia la muerte pensando que camina hacia la vida. La mayoría de ellos ni siquiera sabe que sin Jesús no hay vida verdadera. Cristo dijo: “ ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’ ” (Juan 14:6). Nuestra misión es anunciar a Jesús. Estamos llamados a continuar el ministerio de Jesús, que buscaba a los perdidos. Nuestra misión es presentar a Jesús, que es luz, pan y dirección.

Recibimos recursos para ser utilizados en favor de los perdidos. Cuando entregamos fielmente nuestros diezmos y ofrendas, estos recursos bendecidos se aplican en proyectos de evangelización, en la compra de materiales y para impulsar la predicación a través de los medios digitales. También se utilizan para atender las necesidades de los campos misioneros fuera de nuestras fronteras nacionales.

Los dones y los talentos otorgados por el Espíritu deben utilizarse para atraer a los perdidos. Los coros, grupos musicales, cuartetos, tríos, dúos y solistas no solo deben actuar en los cultos de adoración dentro de la iglesia, sino también en hospitales, plazas públicas, orfanatos, asilos y hogares, para llevar, además del mensaje de salvación, simpatía, ayuda y amor. Las serenatas deberían estar despertando el corazón de muchos en las madrugadas sin Dios.

¿Cuánto de nuestro tiempo y nuestra energía hemos utilizado para buscar a los perdidos? ¿Está en nuestra agenda trabajar al menos un día en favor de las personas sin Dios, sin esperanza y sin salvación?

¿Cuántas noches de sueño hemos perdido preocupándonos por los caídos y alejados de Dios? ¿Hemos llorado por ellos? A veces escucho comentarios como: “Sería bueno que Dios enviara un fuego del cielo para exterminar a esa gente del carnaval, de los desfiles gay, de los bares, de los burdeles”. Pero, si Dios no se complace en la muerte de los impíos, sino que desea que todos se arrepientan (ver Eze. 18:32), ¿qué decir de nosotros, que somos sus socios? La preocupación de Dios debería ser la nuestra.

Cada vez que alguien se pierde, nuestro “negocio” sufre pérdidas. Ante el carnaval, el desfile gay, los bares, nuestra reacción no debería ser de crítica, sino de un corazón angustiado y llanto por aquellos que van por el camino de la perdición.

Cada persona que es bautizada representa una “ganancia en el negocio de Dios”, que es cuidar y salvar. Esto debería

llenarnos de alegría. Es como si fuera nuestro gol. Así como hay emoción entre los aficionados cuando se marca un gol, también debería ser nuestra alegría por alguien que acepta el amor de Jesús y es bautizado. ¡Cuidar y salvar debería ser nuestra prioridad y nuestra máxima alegría!

Sin embargo, lo que hemos visto es una concentración de todos los recursos que el Señor nos concede en nosotros mismos y en nuestra familia. Son nuestra ropa, nuestras vacaciones, nuestro automóvil, nuestra casa, nuestra educación, nuestros cursos, y así seguimos centrando nuestra vida en nosotros mismos, olvidando que tenemos que salvar y cuidar a más personas que Dios pone en nuestro camino.

Es impresionante cómo, en esta época de consumismo desenfrenado, seguimos comprando, gastando y acumulando, sin darnos cuenta de que el excedente que Dios nos concede no es solo para nuestro propio beneficio y el de nuestra familia, sino también para salvar y cuidar a los demás.

Con todo lo que tenemos, seguimos sin ser tan felices como imaginábamos. ¿A qué se debe esto? Tener cosas nunca satisfará el anhelo más profundo del alma. Fuimos creados para algo más grande que simplemente poseer bienes. Nuestro ADN fue programado para encontrar placer en servir al prójimo con amor.

No te dejes engañar por esas promesas vacías de felicidad basadas en el materialismo, que prometen mucho, pero que no cumplen lo que anuncian. La verdadera felicidad solo se alcanza cuando cumplimos el propósito para el que fuimos creados: cuidar y salvar.

ROBANDO AL SOCIO

Cuando maltratamos a alguien, ya sea nuestra esposa, esposo, hijo, padre, vecino, compañero de trabajo, mascota o cualquier otra persona, estamos haciendo lo contrario de lo que nos propuso Dios, que es cuidar y preservar a los demás.

Un día, íbamos en automóvil desde Vila Matilde hasta el centro de São Paulo, por la avenida Radial Leste, donde los carriles son muy estrechos, y alguien casi chocó con nuestro auto. Mi reacción inmediata fue enfadarme. Con las ventanillas cerradas, dije, sin que la persona me oyera: “¡Pero, qué tonto...!” Pasados unos segundos, mi esposa me miró con calma y me dijo: “Creo que Dios, que es el Padre de esa persona, no se alegró de que la llamaras tonto”. Entendí la lección. Cada persona forma parte de nuestra misión de cuidar y salvar. No puedo tirar piedras contra mi propio patrimonio. Todo hijo de Dios debe ser tratado con respeto y amor, independientemente de sus acciones.

Cuando dejo de cuidar mi cuerpo –lo que me permitiría tener la mejor energía para poder cuidar y salvar–, estoy perjudicando a mi Socio. Cuando pierdo mi tiempo con tonterías e inutilidades, estoy yendo en contra del propósito de Dios de usar el tiempo para cuidar y salvar. Cuando dejo de devolver el diezmo del Señor o soy mezquino en las ofrendas, estoy afectando la causa a la que fui llamado a patrocinar: no estoy participando en la expansión del Reino de Dios. Cuando cierro los ojos y no abro la mano para atender a los necesitados que me rodean, estoy bloqueando el canal de bendición que el Señor quiere dejar abierto.

SOCIO Y EMPLEADO

Imagina que la iglesia es la oficina de nuestro negocio de cuidar y salvar. En este escenario, ¿te ves como socio o como empleado? A veces, actuamos como empleados y no como socios del negocio. Cuando termina la jornada laboral, el empleado simplemente recoge sus cosas y se va. Cumple con su parte, nada más. El socio, por otro lado, tiene otra postura. Se involucra. Suele quedarse después del horario laboral, comprueba que las luces estén apagadas, que el aire acondicionado esté apagado y que todo esté en orden. Cuando el socio llega a la

empresa y ve un papel en el suelo, lo recoge él mismo o llama a alguien para que lo limpie inmediatamente; al fin y al cabo, le importa el entorno, la imagen de la empresa; no quiere que nadie llegue después que él y se encuentre con el lugar sucio. El empleado, por su parte, puede incluso darse cuenta de la suciedad, pero en lugar de actuar, critica. Se queja del descuido, pero no se responsabiliza.

¿Cómo actuamos con respecto a la iglesia? ¿Tenemos una mentalidad de socios o de empleados? Cuando vamos al baño de la iglesia y hay papel tirado por el suelo, o el piso está mojado, ¿qué haces? ¿Buscas la manera de limpiarlo, para resolver el problema, o te vas diciendo que la gente es descuidada? ¿Te importa? Cuando una pared de la iglesia está sucia o con moho, ¿buscas la manera de resolver el problema o crees que no es tu responsabilidad? ¿Te preocupa si la caja de la iglesia tiene recursos suficientes para la evangelización, para atender a los departamentos de la iglesia, o eso no es asunto tuyo, ya que no es de tu competencia? Normalmente, cuando las cosas no van bien financieramente en la empresa, el socio pierde el sueño buscando soluciones, e incluso vende su auto, su casa u otros bienes para salvar el negocio. Esto no suele ocurrir con los empleados.

Si tu iglesia ha bautizado a pocas personas o a ninguna, ¿te interesa o crees que eso es solo responsabilidad del pastor, del líder misionero o de los ancianos? En nuestra tarea de cuidar y salvar, cada persona cuenta. El que se convierte y es bautizado es una victoria; y cada persona que se involucra en las drogas, la prostitución, los vicios, cada persona que se pierde es una gran pérdida para el Reino de Dios, para la causa de la que somos socios. No podemos ver crecer el negocio de la competencia y quedarnos pasivos. Las filas del mal crecen día a día, y parece que eso no nos afecta. Sin embargo, los asuntos financieros de nuestra iglesia sí deberían ser de nuestra incumbencia; el movimiento misionero sí debería ser de nuestro

interés; atender a las personas necesitadas de pan y salvación sí debería ser nuestro enfoque de actuación. Es mi responsabilidad, es tu responsabilidad, es nuestra responsabilidad cuidar de los asuntos del Padre.

El socio piensa en su negocio todo el tiempo. Tiene el corazón, el bolsillo y el alma en el negocio. Si queremos cumplir con nuestra responsabilidad ante Dios, tenemos que cambiar nuestra mente, nuestra postura y nuestra actitud ante las cosas y las personas. Dios y su causa tienen que ocupar el centro de nuestra vida. Es hora de levantarnos y asumir de verdad nuestra responsabilidad de cuidar y salvar.

La gran pregunta es: ¿Te ves y te comportas en la iglesia como socio o como empleado?

SOCIEDAD COMPARTIDA: DIOS Y TÚ

Las responsabilidades, las tareas y los recursos se comparan entre tú y Dios.

Los problemas, las lágrimas y las aflicciones de tu vida se dividen entre Dios y tú. Tu desempleo, el problema con tu hijo, tu lucha contra la enfermedad, contra el pecado, también son el mayor interés de Dios. No estás solo.

Tus sueños y tus alegrías también son de él.

La vida eterna ya es tuya porque quien tiene al Hijo, el Heredero, tiene la vida.

RESULTADOS EN LA EXPERIENCIA PERSONAL

Recuerdo haber visto un informe especial de Navidad en el que una comunidad vecinal ofrecía un almuerzo a las personas sin hogar. Entrevistaron a una de las colaboradoras de la cocina. Ella dijo que era su primera Navidad lejos de su familia. Emocionada y con lágrimas en los ojos, añadió: “Nunca me he sentido tan feliz como al ver a estas personas tan contentas disfrutando de una comida de Navidad”. Y añadió: “Esta está siendo mi Navidad más feliz”.

Nuestra verdadera felicidad proviene del cumplimiento del papel que Dios nos asignó antes de la creación del ser humano: cuidar y salvar. Elena de White dice: “La búsqueda del bien de los demás es el camino por el que puede hallarse la verdadera felicidad”.¹⁵ Y continúa: “[...] la vida puede ser una bendición para nosotros únicamente en la medida en que cumplimos el propósito divino para el cual fuimos creados”.¹⁶ Dios “ha preferido hacer del hombre su mayordomo, confiándole bienes, no para que los vaya acumulando, sino para que los emplee haciendo bien a otros. Hace así del hombre su intermediario para distribuir sus bendiciones en la Tierra”.¹⁷

Abraham fue llamado para ser una bendición dondequiera que estuviera, al igual que tú y yo. Para ser una bendición, primero la bendición debe pasar por nosotros, ¡y cuánto hemos sido bendecidos, ¿no es así?! Esa bendición llega cuando entregamos nuestra vida para cumplir el propósito para el que fuimos creados: cuidar y salvar.

Veamos este fragmento de la letra de la canción “Deus Quer” [Dios quiere], de Jader Santos:

*Dios no tiene otras manos que las nuestras,
Dios no tiene otros pies que los nuestros,
Él nos pide que vivamos ese amor que predicamos.
Por eso quiere nuestros pies, nuestras manos, nues-
tra voz, nuestra vida.
Dios quiere que mostremos,
Que hablemos de amor con la mano extendida.
Dios quiere hoy usar nuestra vida y bendecir otras
vidas,
Porque hay miles que nunca verán a Jesús.
Nos verán a ti y a mí.¹⁸*

¹⁵ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), p. 28.

¹⁶ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 22.

¹⁷ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 17.

¹⁸ Jader Santos (letra y música), Josué de Castro (intérprete). “Deus quer”, *A Casa do Pai* [La

Hay muchas personas en orfanatos, hospitales, asilos, en las calles, esperando un abrazo, un pedazo de pan, una sonrisa, un poco de atención, una cobija, algún recurso para comprar un medicamento, un par de zapatillas, un par de pantalones, una botella de agua.

Recuerda que Dios siempre te da un poco más para que lo compartas con los demás.

¿Qué tal si asumes el papel de socio de Dios y marcas la diferencia en la vida de las personas que te rodean?

Sé una bendición para los demás y vive en sociedad con Dios.

4

Generosos

Por amor a

ÉL

En 1987, fuimos a realizar un evento en São Gabriel da Palha, Espírito Santo. Era un domingo por la noche en el gimnasio de la Escuela Adventista. Antes de comenzar a cantar, recibí una notita en la que estaba escrito más o menos lo siguiente: “¡Hola, pastor Josué! ¡Qué bueno que haya venido a bendecirnos aquí en la ciudad! Lástima que no pueda asistir a su programa porque estoy enferma. Espero que Dios lo use esta noche. Firmado: hermana Elcina”. Y luego, después del nombre, otra frase: “¿Será que usted podría visitarme?”

A la mañana siguiente, antes de regresar a Nova Friburgo, donde trabajábamos en el Sistema Adventista de Comunicación, embrión de la cadena Novo Tempo, hablé con mi esposa, Noely, y fuimos a visitar a la hermana Elcina.

Llegamos a una pequeña casa de madera al final de un camino de tierra. Aplaudimos, y alguien vino a abrir la puerta. Después de presentarnos, nos dejaron entrar. Justo a la derecha de la puerta de la pequeña sala, había otra puerta que daba acceso a una habitación donde estaba acostada la hermana Elcina, delante de la puerta. Cuando nos vio, se levantó un poco en la cama y nos dedicó una hermosa sonrisa de bienvenida. “No puedo creer que hayan venido”, dijo. Empezamos a charlar un rato. Llevé algunas grabaciones del cuarteto Arautos do Rei de mi época y le hablé un poco de nuestro trabajo. Entonces,

ella empezó a contarnos su historia y cómo había perdido las dos piernas en un accidente automovilístico. Nos contó que llevaba enferma algún tiempo y que, cuando se sentía con fuerzas, hacía algunas costuras. Después de escucharla, le preguntamos: “Pero ¿cómo hace para coser?” Nos dijo que tenía una máquina de coser eléctrica y que accionaba el pedal con uno de sus codos. Nos sorprendió ver que, a pesar de sus limitaciones físicas, había encontrado la manera de trabajar. “Quien quiere siempre encuentra la manera; quien no quiere solamente pone excusas”, solía decir un amigo mío.

Lo que nos contó a continuación nos impactó. La hermana Elcina nos dijo que, de todo el dinero que ganaba con la costura, ofrecía el 50 % a La Voz de la Profecía, un programa de radio que predica sobre el regreso de Jesús a la Tierra.

Después de charlar un rato más, nos despedimos y oramos. Esa cara alegre y el relato de su generosidad nos han acompañado durante todos estos más de veinte años.

¿Qué motivaba a la hermana Elcina en su fidelidad y generosidad, siendo tan pobre, tan debilitada? Como no podía salir a trabajar para Dios, entendía que sus ofrendas podían ir a donde ella no podía. Podía ver el resultado de su ofrenda en la conversión de personas al Reino de Dios. Eso la hacía tan feliz y radiante que la impulsaba a participar, a pesar de sus luchas y desafíos.

El apóstol Pablo también se vio impactado por una situación similar. En su tercer viaje misionero, Pablo estaba recaudando ofrendas con el propósito de llevarlas a los hermanos empobrecidos de Judea (ver 1 Cor. 16:1-4; Rom. 15:25-28). Se trataba de una contribución de las iglesias gentiles a la iglesia madre que estaba en Jerusalén. Tito había iniciado la colecta cuando estaba en Corinto (ver 2 Cor. 2:13; 7:6, 7, 13, 15) y Pablo deseaba completarla.

Sin embargo, cuando el apóstol llegó a Macedonia (que corresponde a las iglesias de las ciudades de Filipos, Tesalónica

y Berea), se encontró con una situación intrigante y al mismo tiempo maravillosa: esa región, y especialmente la iglesia, era muy pobre.

¿Recuerdas una canción infantil que dice: “Soy pobre, pobre, pobre de marré, marré, marré”? Según el sitio web Orígenes da Palavra 2020, esta es la versión de una canción infantil francesa que dice: “Je suis pauvre, pauvre, pauvre, je m’en vais d’ici”, que significa “Soy pobre, pobre, pobre, me voy de aquí”. Sin embargo, en mi interpretación infantil, que se ha mantenido hasta hoy, ser “pobre, pobre, pobre de marré, marré, marré” es ser muy, muy pobre. Pobre de no tener casi nada para comer y casi ningún recurso para vivir.

Los macedonios estaban así, “pobres de marré, marré, marré”. Tito Livio, un escritor romano, escribió que el Imperio Romano se había apropiado de las riquezas de Macedonia, incluyendo el oro y la plata que había en las minas, además de imponer fuertes impuestos sobre las minas de cobre, hierro y las fundiciones.

Además del abuso financiero romano, tres guerras devastaron la zona: la Guerra Civil de César (49-45 a. C.), la Batalla de Filipos (42 a. C.) y la Guerra Civil de Antonio (44-31 a. C.). A esto se suman las persecuciones posteriores que empobrecieron a los cristianos. Por eso eran tan pobres.

Ante una pobreza tan conmovedora, imagino, por el contexto bíblico, que el apóstol Pablo no debió haber hecho un llamamiento a los macedonios para que donaran ofrendas a Jerusalén, a fin de no avergonzarlos. Sin embargo, al saber que una de las misiones del apóstol era recaudar fondos para los hermanos de Judea, habrían dicho: “Nosotros también queremos participar”. Me los imagino tirando de las vestiduras de Pablo y “suplicándole con muchos ruegos” que los incluyera entre los donantes. Esta era una iglesia extremadamente pobre, pero muy interesada en ayudar a los cristianos necesitados de Jerusalén.

Consideremos el relato del apóstol Pablo en 2 Corintios 8:

Versículo 1: “Ahora, hermanos, les damos a conocer la gracia que Dios ha concedido a las iglesias de Macedonia”.

Dios había concedido una gracia maravillosa a los hermanos macedonios que encantó al apóstol Pablo y que él quería dar a conocer. Es Dios quien les concedió esa gracia. “Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación” (Sant. 1:17).

Versículo 2: “En medio de una gran prueba de tribulación, su rebosante gozo y su extrema pobreza desbordaron en riquezas de generosidad”.

¿Cómo puede alguien, en medio de tanta tribulación, manifestar abundante alegría? Aquí encontramos una verdad extraordinaria: no son las circunstancias externas las que determinan la respuesta que una persona da a la vida. Las dificultades no tienen por qué hacer que la vida de las personas sea amarga y sin capacidad de amar. La adversidad puede quitar cosas, traer frío o hambre, pero no puede quitar esa alegría, implantada por el Espíritu Santo, de que Dios está cerca, de que Jesús salva y perdona, de que podemos mirar un poco más allá y ver nuestra herencia. Ese era el tipo de alegría que ellos tenían.

La profunda pobreza no les impidió expresar una gran generosidad.

Aquí se demuestra, una vez más, que los que menos tienen son los que, proporcionalmente, más donan. Son los pobres los que ayudan a los pobres, porque han experimentado en carne propia lo dura y dolorosa que es la privación material.

Recuerdo una ocasión en la que las fuertes lluvias provocaron inundaciones y deslizamientos de tierra en las ciudades de Nova Friburgo y Teresópolis (Río de Janeiro). Cientos de personas se quedaron sin hogar. Algunos periodistas visitaron una casa llena de colchones. Le preguntaron a la dueña de la casa

si no había demasiada gente en una casa tan pequeña, a lo que ella respondió: “Mientras haya espacio aquí en casa, quien lo necesite será acogido, porque sé lo que es quedarse sin hogar”.

Versículos 3 y 4: “Yo doy testimonio de que ellos con agrado dieron según su fuerza, y aun más allá de su fuerza; y nos pidieron con insistencia que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos”.

Esta sorprendente y maravillosa expresión de generosidad era fruto de la gracia de Dios, que rebosaba en el corazón de aquellos hermanos. Todos nosotros, en nuestra naturaleza pecaminosa, somos egoístas. No es natural que el hombre sea generoso. Lo que hace posible la generosidad es la operación de la poderosa y transformadora gracia de Dios en nosotros, que cambia la mirada egoísta –que solo mira hacia uno mismo– por la mirada hacia el otro –que se dispone a ayudar. Los macedonios recibieron esa gracia.

Esos hermanos pobres, pero generosos, no necesitaron apelaciones emocionales para ofrecer sus donativos. Fueron espontáneos, liberales y donaron incluso más de lo que podían para aliviar el sufrimiento de sus hermanos de Judea. Esto es obra del Espíritu Santo.

Versículo 5: “Y no hicieron como esperábamos, sino que se dieron a sí mismos primero al Señor y a nosotros por la voluntad de Dios”.

¿Qué motivó a estos hermanos a ser tan generosos? La ley de causa y efecto se ve claramente aquí. Primero, se entregaron al Señor y, como resultado de la obra de él en sus vidas, Dios los hizo benevolentes. Es Dios en nosotros quien produce la expansión del espíritu y la verdadera bondad. El donante viene antes de la ofrenda. El corazón viene antes que el bolsillo. La entrega a Dios viene antes que todas las demás entregas.

Versículo 7: “Por tanto, así como abundan en todo, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en su amor hacia nosotros, que también abundan en esta gracia”.

Aquí, el apóstol Pablo destaca la calidad de la fe y la práctica cristianas de los hermanos de Corinto, pero añade que deben prestar especial atención a un aspecto. Al igual que los macedonios, los corintios necesitaban crecer en la gracia de la generosidad. En nombre de Dios, Pablo propone que la generosidad de los corintios esté al mismo nivel que las otras virtudes espirituales que destaca, como la fe, el conocimiento de la Palabra, el cuidado y el amor.

Versículo 9: “Porque ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a ustedes se hizo pobre, siendo rico; para que ustedes fuesen enriquecidos con su pobreza”.

En ese momento, el apóstol Pablo llega al clímax de sus argumentos para motivar la generosidad de los hermanos de Corinto. Además de presentar a los hermanos macedonios como ejemplos de fe, llama la atención sobre la entrega suprema, infinita e incomprensible de Jesús al encarnarse y convertirse en uno de nosotros. El argumento de Pablo no se limita a la comparación entre la riqueza material del Cielo y la de la Tierra, ya que ambas son incomparables. La cuestión aquí es que Jesús tuvo que renunciar a su posición, su lugar, sus relaciones y su entorno de amor, arriesgándose a perder todas esas cosas para siempre. Nuestra mente finita no es capaz de comprender plenamente lo que eso significó. Solo cuando lleguemos al Cielo y contemplemos la gloria del hogar eterno comenzaremos a comprender lo que significó que Jesús se hiciera pobre para que, a través de su pobreza, fuéramos enriquecidos. Ante esta entrega suprema, ¿qué podría ser tan valioso para nosotros como para no consagrar a Jesús todo lo que tenemos y somos?

¿QUÉ RELEVANCIA TIENE ESTA HISTORIA PARA NOSOTROS HOY?

Al igual que en los días del apóstol Pablo, la iglesia tiene varias necesidades relacionadas con la expansión del Reino de Dios aquí en la Tierra. Podemos mencionar algunas:

evangelismo; construcción y reforma de iglesias; atención a los pobres, enfermos y necesitados; distribución de Biblias, libros y estudios bíblicos; mantenimiento de clubes de Conquistadores y Aventureros, etc.

¿Cómo podemos hacer frente a esta demanda continua? Mediante las ofrendas. Este es el método que Dios ha elegido para financiar a su iglesia, y él da recursos a los miembros para ello. Lamentablemente, en muchos lugares, por falta de comprensión, fidelidad y generosidad, se utilizan métodos paganos para mantener las actividades de la iglesia. Se promueven fiestas con venta de alimentos para suplir necesidades que deberían cubrir las ofrendas.

Mira esta cita de Elena de White: “Si nuestro pueblo poseyera el amor de Dios en el corazón, si cada miembro de iglesia estuviera imbuido por el espíritu de abnegación, no habría falta de fondos para las misiones nacionales y extranjeras; nuestros recursos se multiplicarían; se abrirían mil puertas de utilidad, y se nos invitaría a entrar por ellas”.¹

¿Por qué faltan recursos para la obra de Dios y para ayudar a los pobres y necesitados? Porque falta amor y espíritu de sacrificio en los fieles. Si hubiera más amor y espíritu de sacrificio entre nosotros, Dios se encargaría de multiplicar esos recursos y mantener los canales de bendiciones abastecidos. Viviríamos la vida abundante que Jesús vino a traer.

En la historia del pueblo de Dios, “las contribuciones que se les exigían a los hebreos para fines religiosos y de caridad representaban por lo menos la cuarta parte de su renta o entradas. Parecería que tan ingente leva de los recursos del pueblo hubiera de empobrecerlo; pero, muy al contrario, la fiel observancia de estos reglamentos era uno de los requisitos que se les imponía para tener prosperidad”.²

¹ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2013), p. 41.

² Elena de White, *Patriarcas y profetas* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), p. 566.

De hecho, si nos fijamos en las matemáticas puras y simples, cuando se retira una cuarta parte, el 25 %, de los ingresos, se nota la falta. Pero, en las matemáticas divinas, esa es la oportunidad para que Dios actúe, para que haya prosperidad y no decadencia y empobrecimiento.

“Hay quienes reparten, y reciben más de lo que dan. Y hay quienes retienen más de lo que es justo, y van a pobreza. El generoso será prosperado, y el que sacia a otros, él también será saciado” (Prov. 11: 24, 25). No puedo explicar cómo ocurre esto, al igual que no podemos aclarar cómo se multiplicó la harina y el aceite de la viuda de Sarepta o cómo se multiplicaron los cinco panes y los dos peces en manos de Jesús. Los milagros no se explican, y esta prosperidad del pueblo de Dios en el pasado es un milagro. Me maravilla conocer la estrategia divina para mantener su obra y desarrollar la obediencia en el ser humano.

¿Cuál es nuestro desafío hoy en relación con el pasado? “Dios no requiere menos ahora, sino mayores dones que en cualquier otro período de la historia del mundo. El principio trazado por Cristo es que los dones y ofrendas deben ser proporcionales a la luz y bendiciones que se han disfrutado”.³

Por lo tanto, los 25 % o 33 %⁴ correspondientes a las ofrendas del pueblo de Dios en el pasado son solo referencias, y debemos superar esos porcentajes en nuestras ofrendas actuales. No debemos temer ante este llamado. Podemos seguir las mismas pautas del pasado y esperar los mismos resultados o incluso mejores. ¡Necesitamos creer!

En 2006, después de profundizar en el tema de la voluntad de Dios de que crezcamos en la gracia de la generosidad, decidí comenzar a practicar un porcentaje de ofrendas igual al diezmo, el 10 %. Ese año, mi esposa había dejado de trabajar y yo me preocupaba por si sería capaz de cumplir lo que había

³ Elena de White, *Joyas de los testimonios* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), t. 1, p. 408.

⁴ Elena de White, *Testemunhos Para a Igreja* (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2021), t. 3, p. 326 [395].

planeado. Al final del año, constaté que mi situación financiera no había cambiado, a pesar de dar el 10 % de ofrendas y de que mi esposa no trabajara. Empecé a comprender que Dios quería que “abundara en esta gracia” y, al cabo de un tiempo, aumenté mis ofrendas al 15 %.

Mientras reflexionaba sobre este tema de la fidelidad, en un momento dado del año siguiente, un querido amigo, el pastor Cezar Camacho, me invitó a predicar sobre el tema de las ofrendas en la iglesia de Vila Maria, São Paulo, donde él ejercía como pastor. Mientras estaba sentado esperando el momento de predicar, meditaba sobre lo que iba a decir y me vino a la mente lo que nos había sucedido esa semana. Nuestra lavadora se había roto y costó 400 reales repararla; nuestro coche también se averió y la reparación costó 220 reales y, para colmo, la plancha se estropeó y costó otros 18 reales arreglarla. En este mundo de pecado, parece que un problema llama a otro, ¿no es así?

Pensando en los acontecimientos de la semana, me surgió una pregunta: Pero ¿no prometió Dios que “Reprenderé también por ustedes al devorador, para que no destruya el fruto de la tierra” (Mal. 3:11)? ¡El devorador casi me traga esa semana! ¿Y ahora qué? ¿Cómo iba a predicar con eso en mente? Pero Dios, que siempre es fiel, a través del Espíritu Santo me recordó que él nunca falla en el cumplimiento de sus promesas. Con esa confianza me levanté y prediqué sobre el impresionante tema de las ofrendas y la fidelidad de Dios.

A principios de la semana siguiente, le pedí a Reginaldo, contador de la Asociación Paulista Este de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que verificara la promesa de un reembolso de una compañía telefónica que me había cobrado de más en una de las facturas. Cuando me respondió, me dijo que harían un depósito al día siguiente. Para mi sorpresa, la empresa depositó 639 reales. Esa cantidad representaba al menos cinco veces más de lo que esperaba recibir, lo que fue suficiente para cubrir

los gastos de emergencia que tuvimos la semana anterior, y aún sobró un real. ¿No es impresionante?

Puedes pensar que fue una coincidencia o cualquier otra cosa, pero para mí fue una manifestación divina, una intervención del Cielo en ese pequeño incidente en nuestro camino. Pero ¿para qué? Para que quedara bien claro y grabado en mi mente que nuestro Dios, el Todopoderoso, puede hacer cualquier cosa, grande o pequeña, fácil o difícil, común o fenomenal, en el momento que él quiera y de la manera que él elija, para satisfacer las necesidades de alguien que está dispuesto a seguirlo y serle obediente. Mi Dios me estaba mostrando que quería que continuara en mi fidelidad y que él seguiría con sus sorprendentes providencias.

Después de eso, nuestra lavadora se rompió otras veces, incluso tuvimos que cambiarla, y lo mismo ocurrió con el auto y la plancha. Sin embargo, en esa ocasión, nuestro maravilloso Dios quiso iluminar el camino por el que quería que yo caminara. Y, obedeciendo la voluntad de Dios, seguí aumentando el porcentaje de mis ofrendas, sin que eso me hiciera más pobre ni más rico. El cambio visible fue que mis contribuciones a la causa de Dios y a los pobres aumentaron significativamente, y eso me hace muy feliz y agradecido.

Creo en lo que Dios dijo por medio del apóstol Pablo en 2 Corintios 9:6 al 11: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, escasamente segará, y el que siembra generosamente, también generosamente segará. Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza, ni por necesidad; porque Dios ama al que da con alegría. Que Dios es poderoso para colmarlos de toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abunden para toda buena obra. Como está escrito: ‘Repartió, dio a los pobres. Su justicia permanece para siempre’. Y el que da semilla al que siembra, y pan para comer, también suplirá y multiplicará la sementera de ustedes, y les aumentará los frutos de su justicia; para que estén

enriquecidos en todo, para toda liberalidad, que obra por nosotros acción de gracias a Dios”.

Cuando Dios promete suplir y aumentar nuestra capacidad financiera, no es para que acumulemos más riquezas, aumentemos nuestro patrimonio o tengamos una vida de consumismo. No, no es eso. Esta bendición, además de ser una prueba de nuestra fidelidad, es una oportunidad para crecer en la gracia de la generosidad. Nuestras contribuciones para el avance del evangelio y para ayudar a los necesitados deberían aumentar cada vez más. En comparación con lo mucho que Dios da, su pueblo le ofrece muy poco.

Quiero invitarte a crecer en la gracia de la generosidad y experimentar las maravillosas providencias de Dios en tu vida, para honra y gloria de su nombre y para la bendición y salvación de muchos.

5

Ofrendantes Por amor a ÉL

En 1982, comencé mi cuarto año en la facultad de Teología. Era el año en que empezaría mis prácticas como pastor en alguna iglesia. Aprendería en la práctica a ocuparme de la administración de la iglesia, a participar en comisiones, a predicar, a visitar hermanos y personas interesadas, entre otras cosas.

Me asignaron a la iglesia/grupo de Jardim Catanduva, en la zona sur de la ciudad de São Paulo. Esa iglesia estaba lejos del lugar donde estudiaba y vivía, el Instituto Adventista de Enseñanza (IAE), hoy Centro Universitario Adventista de São Paulo (UNASP). Tenía que tomar dos autobuses para llegar allí.

Como estaba en el internado, visitaba periódicamente la casa de mis padres, situada en Jaraguá, otro barrio de São Paulo. En una de esas visitas, les conté que iba a empezar las prácticas y les mencioné que la iglesia estaba un poco lejos del colegio. Unos quince días después, cuando volví a ver a mis padres, mi papá se acercó a mí con la mano levantada, sosteniendo la llave de un automóvil. Le pregunté: “¿Qué es eso?” Y él respondió: “La llave de un coche”. Le dije: “Sí, sé que es la llave de un coche, pero ¿qué significa eso?” Entonces, recibí la noticia que me hizo saltar de alegría: “Te han regalado un coche para hacer tus prácticas en la iglesia”. ¿Te imaginas mi alegría? Fui a ver el auto y era un precioso Volkswagen Escarabajo

amarillo, muy bien conservado. Me sentí muy feliz y agradecido. Nunca olvidaré ese regalo.

Quizá pienses que mi papá tenía mucho dinero para regalarme un automóvil, pero no era así. Era jubilado y trabajaba en el centro de São Paulo para complementar el presupuesto familiar. Todos los días tomaba un tren abarrotado para ir al trabajo y volver a casa. ¡Era una vida muy dura! Pero ¿sabes cómo compró ese coche? Lo financió y pagó las cuotas con mucho sacrificio. Fue un regalo de amor. Ese amor de mi papá y mi mamá marcó mi vida.

Piensa por un momento en cuál ha sido el mejor regalo que has recibido. Quizá pienses en tu hijo, nieto o cónyuge, pero piensa en términos materiales. ¿Cuál ha sido el regalo más caro que has recibido? ¿Cómo te sentiste? Si lo recuerdas, es porque de alguna manera fue importante para ti.

Ahora piensa en el mejor regalo o el más caro que hayas hecho. ¿Cómo te sentiste? ¿Cuál fue la reacción de la persona al recibirlo?

¿Prefieres dar o recibir regalos? ¿Qué te hace sentir mejor? ¿Qué te da más alegría: dar o recibir?

El mayor regalo jamás ofrecido entre naciones fue la Estatua de la Libertad, Lady Liberty, como la llaman los estadounidenses. Fue un regalo de Francia a los Estados Unidos. La obra fue diseñada por Gustave Eiffel, el mismo que construyó la Torre Eiffel, y esculpida por Auguste Bartholdi. La estatua fue transportada a los Estados Unidos en 1885, pero su montaje no se completó hasta octubre de 1886. Finalmente, fue inaugurada el 28 de octubre de 1886.

Este regalo pesa nada menos que 80 toneladas de cobre y mide 45,3 metros de altura, pero con el pedestal alcanza los 91,25 metros. El brazo derecho levantado, que sostiene la antorcha, mide 13 metros de largo y 4 de diámetro. La antorcha mide 9,5 metros de altura y está completamente chapada en

oro. Este obsequio de Francia costó 62 millones de dólares y nos hace reflexionar sobre cuál es el mayor regalo del mundo.

La realidad es que el mejor regalo del mundo es aquel que se da con amor, que se elige con cariño y que se dedica con todo el corazón.

DIOS AMA DAR REGALOS

Al mirar desde el Génesis hasta el Apocalipsis, encontramos una hermosa verdad: dar es parte de la naturaleza de Dios. Él dio vida a Adán y Eva; le dio a Eva como esposa a Adán; les dio un jardín, los animales, toda la Tierra y el privilegio de la amistad con lo Divino. Cuando llegamos al Apocalipsis, leemos que Dios da la Ciudad Santa a los justos, la vida eterna y la luz de su presencia infinita.

En las palabras de Jesús vemos el corazón generoso de Dios. “Pues si ustedes, siendo malos, saben dar buenas dádivas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mat. 7:11). El apóstol Pablo confirma: “Pues él da a todos vida, aliento y todas las cosas. [...] Porque en él vivimos, y nos movemos, y existimos” (Hech. 17:25, 28). “Todas las cosas” representa todo lo que necesitamos para vivir. Dios incluso exagera con tantas cosas buenas que nos concede todo el tiempo.

“Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación” (Sant. 1:17).

“El que no eximió ni aun a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará junto con él, gratuitamente, todas las cosas?” (Rom. 8:32).

La alegría de Dios es regalar, conceder, donar. Constantemente recibimos regalos de Dios: vida, salud, familia, Biblia, perdón, esperanza, salvación, oportunidades de trabajo, placer, alimento, cosas de la naturaleza, descanso, conocimiento, convivencia con nuestros seres queridos... y la lista

se extiende a medida que pensamos en todo lo que compone nuestra vida.

Sin embargo, el mayor regalo que el mundo ha recibido, el más precioso, impensable y maravilloso, fue el regalo que Dios le dio al mundo: su Hijo, Jesucristo.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Este texto, en el original en griego, tiene 25 palabras, y la palabra que se encuentra justo en el centro del texto es “dar”. Dios dio. Él se regocija en compartir bendiciones. Esta referencia indica el carácter benevolente de Dios y la esencia de su carácter amoroso.

Dar a Jesús al mundo no fue un regalo cualquiera. Fue lo mejor, lo máximo que Dios podía dar. Alguien dijo que, cuando Dios envió a Jesús, vació sus bolsillos.

Lee las siguientes citas de Elena de White:

“Dios dio a su Hijo unigénito para salvar al hombre”.¹ “El más inestimable don que el Cielo tenía para conceder ha sido dado”.² “Y, puesto que ha prodigado a todo el Cielo en esa rica dádiva, no privará al hombre de ninguna ayuda necesaria”.³

En Jesús, Dios lo dio todo, dio lo mejor, por amor. Jesús era el mejor regalo que Dios podía ofrecer. Ese regalo tuvo un precio infinito. No somos capaces de apreciar el valor del regalo que Jesús nos dio.

DIOS AMA RECIBIR REGALOS

La Biblia nos da a entender que a Dios le agrada recibir regalos. “A su vez, Abel trajo de los primerizos de sus ovejas, con su gordura. Y el Señor se agradó de Abel y de su ofrenda” (Gén. 4:4).

¹ Elena de White, *Mensajes para los jóvenes* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), p. 66.

² Elena de White, *Joyas de los testimonios* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), t. 2, p. 367.

³ Elena de White, *Mensajes selectos* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), t. 1, p. 391.

Al describir lo que sucedió después del Diluvio, Moisés dijo: “Y edificó Noé un altar al Señor. Tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocaustos sobre el altar” (Gén. 8:20).

Mira esta declaración del propio Dios: “Porque en mi santo monte, en el alto monte de Israel –dice Dios, el Señor–, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra. Allí los aceptaré, y allí demandaré sus ofrendas y las primicias de sus dones, con todas sus cosas consagradas” (Eze. 20:40).

Hageo también agrega: “Suban al monte, traigan madera y reedifiquen la casa. Me complaceré en ella y me sentiré honrado –dice el Señor–” (Hag. 1:8).

A Dios le complace recibir regalos de amor y adoración. Pero ¿cómo podría el Dios que lo tiene todo, que es dueño de todo, alegrarse con algún regalo nuestro? ¿Alguna vez te han invitado a la fiesta de una persona rica? A la mayoría de nosotros no (hablo por mí), pero piensa en lo difícil que debe ser hacer un regalo a alguien rico. ¿Qué es lo que esa persona no tiene? ¿Qué tendría sentido o significado para ella?

Cuando te digo que a Dios le encanta recibir regalos, creo que te viene a la mente la cuestión de regalar a personas que ya lo tienen todo, ¿verdad? La Biblia dice en el Salmo 24:1: “Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que habitan en él”. En el Salmo 50:10 y 11, leemos: “Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todos los animales del campo son míos”. Y en Hageo 2:8: “Mía es la plata, mío es el oro –dice el Señor Todopoderoso”. Entonces, ¿cómo podemos entender que Dios ama recibir regalos, si él es el Dueño de todo?

Cuando era pastor en la Iglesia Adventista de Belém, en São Paulo, fuimos a celebrar la Navidad con algunas familias de la iglesia. Cuando llegó el momento de intercambiar regalos, mis dos hijos, Josué hijo y Jônatas, se levantaron con un regalo para mí. Antes de entregármelo, me dijeron que habían dedicado

mucho tiempo a buscar un regalo que me gustara y que fuera adecuado para mí. Cuando fui a abrazarlos para darles las gracias, me preguntaron: “Pero ¿no lo vas a abrir para ver qué es?” Les respondí: “Claro que sí”. Mientras abría el regalo, notaba su ansiedad por saber si me gustaría. Cuando lo abrí, los miré y sus ojos brillaban de una manera especial, y me preguntaron: “¿Te gusta, papá, te gusta?” Me regalaron unas zapatillas de la marca y el modelo que me gustaban. Los abracé y les dije: “Me gusta mucho este regalo. ¡Muchas gracias, muchas gracias!”

Sin embargo, en aquella época, ellos no trabajaban y no tenían sueldo ni dinero... ¿Sabes con qué dinero me compraron ese regalo? Exacto, con mi propio dinero. Parece gracioso, pero era la realidad. Entonces, ¿por qué me gustó tanto el regalo, si yo podía comprarme uno incluso mejor que el que me dieron? Por el significado del regalo. Fue por el brillo de sus ojos al dármele. Ese regalo representaba su amor, su gratitud y su cariño por mí. Eso no tenía precio. Ese regalo materializaba los sentimientos que había en sus corazones. Su intención era complacerme. Querían demostrarme que me querían. Por eso el regalo me marcó tanto.

Me parece escuchar a David diciéndole a Dios: “¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios hacia mí?” (Sal. 116:12). ¿Cómo puedo demostrar mi amor por todo lo que el Señor me ha dado? ¿Cómo puedo mostrar mi amor por el Señor? En otro pasaje, David reflexiona: “Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes, siendo todo tuyo? Lo que hemos recibido de tu mano, eso te damos” (1 Crón. 29:14).

Cuando digo que a Dios le encanta recibir regalos, no me refiero al valor de lo que le damos ni al hecho de que él necesite algo. La reacción de Dios tiene que ver con lo que el regalo representa: amor, gratitud y reconocimiento por nuestra parte. Revela lo que hay dentro de nuestro corazón.

Presta atención a este texto:

“El Señor no necesita nuestras ofrendas. No podemos enriquecerlo con nuestros donativos. [...] Dios nos permite manifestar nuestro aprecio de sus mercedes por medio de esfuerzos abnegados realizados para compartirlas con otras personas. Esta es la única manera posible en que podemos manifestar nuestra gratitud y nuestro amor a Dios, porque él no ha provisto ninguna otra”.⁴

“¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios hacia mí?” (Sal. 116:12). Esa es la pregunta que nos hacemos cuando nos enfrentamos a las innumerables bendiciones que recibimos de nuestro Dios benevolente y generoso. ¿Cómo puedo responder a esa generosidad y ese amor infinitos?

La Biblia y el texto anterior nos ayudan a responder: Si realmente quieres dar gracias a Dios, llévale una ofrenda, un regalo. Cuando no ofrecemos nada, estamos diciendo que no tenemos nada que agradecer a Dios.

LA OFRENDA ES UN REGALO PARA DIOS

Tanto en los diccionarios como en la Biblia, encontramos que uno de los significados de ofrenda es regalo.

Ofrenda es sinónimo de “dádiva o servicio en muestra de gratitud o amor”.⁵

En el Antiguo Testamento, la palabra hebrea *terumah* significa ofrenda o regalo reservado para el Señor, fuera del Santuario y llevado al Santuario y entregado a Dios (ver Éxo. 25:2; Núm. 18:28; Deut. 12:6; Eze. 20:40). En el Antiguo Testamento, el acto de presentar una ofrenda, un regalo a Dios, tenía el significado de acercar al adorador a Dios.

La palabra *dōron* aparece en el Nuevo Testamento en griego en varias ocasiones, y generalmente se traduce al español

⁴ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), pp. 20, 21.

⁵ *Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española de las Letras*.

como “ofrenda”, o “regalo” (ver Mat. 2:11; 5:23, 24; Juan 4:10, 14; Hech. 8:20).

EL REGALO DEL TAMAÑO CORRECTO

Imagina que vas a una zapatería a comprar un regalo para una persona muy querida. Entrás en la tienda y el vendedor te pregunta: “¿En qué puedo ayudarlo?” Entonces tú respondes: “Quiero comprar unos zapatos”. A continuación, el vendedor te pregunta: “¿Qué talla? ¿Hay algún modelo que le guste? ¿Tiene alguna preferencia en cuanto al color?” A lo que tú respondes: “Puede ser de cualquier talla, y el modelo y el color no importan”. Sonaría muy extraño, ¿no? Normalmente sabemos cuál es el color preferido, la talla adecuada y el modelo. Nos esforzamos por dar lo mejor y lo que le gusta a la persona, ¿no es así? No regalamos cualquier cosa y de cualquier manera cuando queremos obsequiar por amor.

Con Dios tampoco es diferente. Nuestro regalo, nuestra ofrenda a Dios, no puede ser cualquiera. La Biblia nos indica las características o la medida de las ofrendas que debemos darle.

1. Primicias – Dios en primer lugar

“Honra al Señor con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos” (Prov. 3:9).

“De todos nuestros ingresos debemos separar en primer lugar lo que pertenece a Dios”.⁶

2. Debe ser un acto de adoración

“Tributen al Señor la honra debida a su nombre. Traigan ofrendas y vengan a sus atrios. Adoren al Señor en la hermosura de su santidad, teman delante de él, toda la tierra” (Sal. 96:8, 9).

“Al entrar en la casa vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron. Entonces abrieron sus tesoros y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra” (Mat. 2:11).

⁶ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 72.

Cuando damos nuestras ofrendas y diezmos a Dios, no estamos simplemente cumpliendo con una obligación. Estamos adorando a Dios. Estamos expresando gratitud y amor por todo lo que él ha hecho por nosotros.

3. Debe ser voluntaria

“Tomen entre ustedes una ofrenda para el Señor. Todo liberal de corazón la traerá al Señor: oro, plata y bronce” (Éxo. 35:5).

“Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. Él no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad”.⁷

4. Debe ser planificada

“¡Vengan, benditos de mi Padre! Hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo” (Mat. 25:34).

“Y la adorarán todos los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue muerto desde la creación del mundo” (Apoc. 13:8).

“Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gál. 4:4). Jesús, el regalo de Dios, vino en el momento planificado por el Cielo.

“Por eso, creí necesario rogar a los hermanos a que fuesen primero a visitarlos y apresten la donación que ustedes habían prometido, para que esté lista como expresión de generosidad y no de mezquindad” (2 Cor. 9:5).

El plan sistemático para dar es el plan que Dios ha indicado. Debe llevarse a cabo con oración y cuidado, no de manera impulsiva, sino como resultado de la reflexión y la consideración. Los recursos deben reservarse para el Señor, no solo lo que sobra después de pagar los gastos. Debemos recordar que Dios nos ha dado todo lo que tenemos, y debemos ser fieles en devolverle una parte de todo lo que recibimos.

⁷ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 73.

5. Debe ser proporcional a la bendición recibida

“Cada uno ofrecerá su don en proporción a la bendición que el Señor tu Dios le haya dado” (Deut. 16:17).

“Dios ha ideado un plan por el cual todos pueden dar según él los ha prosperado”.⁸

6. Debe ser regular y sistemática

“Gracias al gran amor del Señor no somos consumidos, porque su compasión nunca falta. Se renueva cada mañana, ¡grande es su fidelidad!” (Lam. 3:22, 23).

“El asunto de la dadivosidad no ha sido librado al impulso. Dios [...] desea que demos en forma regular y sistemática”.⁹

7. Debe ser dada con alegría

“Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza, ni por necesidad; porque Dios ama al que da con alegría” (2 Cor. 9:7).

No basta con donar dinero para la obra de Dios; también hay que entregar el corazón. Entregarse a Dios es ser activo en su servicio. Por lo tanto, hay que donar con generosidad, con el corazón abierto y con alegría.

Las ofrendas que se dan con un espíritu alegre y agradecido son un testimonio del amor a Cristo y serán recompensadas como si se hubieran hecho al mismo Jesús.

8. Debe ser lo mejor

“Cuando alguno, para cumplir un voto o espontáneamente, trae al Señor oveja o vaca como ofrenda de paz, para que sean aceptables han de ser sin defecto” (Lev. 22:21).

“Así también Dios aceptará nuestro don [...] si es lo mejor que tenemos y si se lo ofrecemos con amor”.¹⁰

⁸ Elena de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 2004), t. 3, p. 451.

⁹ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 84.

¹⁰ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 176.

Dios quiere que lo imitemos. Está tratando de enseñarnos a dar lo mejor, así como él, en Jesús, nos dio lo mejor.

9. Debe ser por amor

“Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Cor. 13:3).

“Si amamos a Jesús, amaremos vivir para él, presentar nuestras ofrendas de gratitud a él”.¹¹

Cuando le ofrecemos a Dios nuestras ofrendas, nuestra intención es complacerlo como el amado de nuestra alma. No ofrecemos porque pensamos que somos buenos, sino para demostrar nuestra alegría al complacer a Dios. Nuestra ofrenda no es como un soborno para que Dios nos bendiga. Nuestra ofrenda es una expresión de nuestro amor y gratitud por quién es él y por lo que hace. Es una forma de decirle “muchas gracias” a Dios.

Nuestra ofrenda nunca debe ser para calmar nuestra conciencia, ganar la salvación, garantizar el favor de Dios o para tener crédito o mérito ante él. Nuestra ofrenda es una respuesta a la gracia. Nuestra ofrenda nunca debe estar motivada por un intercambio, cuando damos para recibir más. No ofrecemos para ser bendecidos, sino porque ya hemos sido bendecidos. La ofrenda es una respuesta a las acciones amorosas de Dios en nuestra vida. La ofrenda no es una obligación que hacemos a regañadientes o el pago de una cuenta; más bien, es una manifestación agradable y espontánea de un corazón agradecido que reconoce que es un privilegio ser un donante.

La ofrenda que toca el corazón de Dios es aquella que va acompañada de la entrega total de nuestro ser a él. Es cuando el corazón acompaña a la ofrenda. Cuando es fruto del reconocimiento de que Dios es lo más importante en nuestra vida, cuando es el resultado de nuestra plena confianza en Dios, cuando

¹¹ White, *Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 197.

surge como el desbordamiento de nuestra relación con Jesús. La ofrenda aceptable es aquella que viene como un reflejo de nuestro compromiso con la misión de cuidar y salvar a través de la iglesia. Ser donante es un don de Dios; solo devolvemos lo que el Señor nos ha dado. Él nos concedió a su Hijo como modelo de generosidad, y nuestra ofrenda se modela según el patrón divino de dar.

EL OFRENDANTE

Algunos donantes imponen su voluntad a la iglesia cuando hacen donaciones. Dicen: “Yo doy el dinero y quiero que obedezcan mis órdenes. Quiero que la iglesia se pinte de verde. Si el color es azul, no cuenten con mi dinero”. Solo dan si pueden controlar a la iglesia. Dan si se hace lo que ellos quieren. Por otro lado, el cristiano fiel que dona está dando a Dios y le permite tener el control sobre la ofrenda. Confía en los líderes de la iglesia. Piensa: “Esta es la obra de Dios, él es quien tiene el control”. Cuando la ofrenda se coloca en el cofre o va a la caja de la iglesia, ya no nos pertenece.

Algunos donantes solo donan cuando hay una buena difusión de un proyecto o cuando se sienten conmovidos por la emoción. Cuando el proyecto parece bueno, lo apoyan, pero lo hacen de vez en cuando. No son sistemáticos. Necesitan un estímulo externo para donar. El verdadero mayordomo, por otro lado, no espera al pastor ni al sermón para donar. Lo hará de cualquier manera. Siempre donará, porque es su estilo de vida.

YO SOY LA OFRENDA

En cierta iglesia, después de predicar sobre el gran regalo de Dios al enviar a Jesús y cómo Dios había dado lo mejor, el pastor hizo un llamado para que las personas trajeran, la semana siguiente, lo mejor que pudieran ofrecer a Dios. En el siguiente servicio, se colocó una gran canasta al frente de la iglesia. Algunos trajeron dinero en efectivo, alimentos, ropa, papeles

con promesas de compromiso, etc. De repente, un niño no muy grande se acercó al frente y se metió en la canasta. Pensando que era una broma de mal gusto, los diáconos inmediatamente trataron de sacar al niño de allí. El niño empezó a llorar, hasta que el pastor se acercó a él. Entonces, el niño dijo: “Pastor, ¿no nos pidió que diéramos lo mejor de nosotros a Dios? Lo mejor que tengo para ofrecer a Dios es mi vida. Por eso estoy aquí”.

Primero, entrégate a ti mismo como un regalo a Dios y, luego, deja que tus ofrendas te acompañen en un acto de amor, alegría y gratitud. Entrégate y ofrece lo mejor que tienes, pero hazlo con alegría, porque “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor. 9:7). Y acuérdate: “Es más dichoso dar que recibir” (Hech. 20:35).

Dios utilizó el sistema de ofrendas para enseñar a su pueblo cómo expresar su amor y su gratitud hacia él. La donación de ofrendas es un medio a través del cual el amor se concreta, se materializa. El apóstol Pablo escribió: “Sean, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y anden en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en fragante aroma” (Efe. 5:1, 2).

6

Fieles

Por amor a ÉL

Una vez leí la historia de un niño que subió a un autobús y se sentó al lado de una joven señora. Al intentar acomodarse en el asiento, sus pies resbalaron y tocaron la ropa de una mujer sentada frente a él. Inmediatamente, la mujer se volvió, molesta, y le dijo a la señora que estaba al lado del niño: “¡Mire! Su hijo está manchando mi ropa”. La señora miró al niño, luego a la mujer, y respondió con tranquilidad: “No es mi hijo”.

El niño bajó la mirada, sin saber dónde esconderse. Al darse cuenta de su incomodidad, la señora se volvió hacia él y le preguntó amablemente: “¿Estás solo?” “Sí”, respondió él con la cabeza gacha. “¿A dónde vas?”, quiso saber ella. El niño explicó que no tenía madre y que vivía con su tía Julia. Sin embargo, cada vez que su tía se cansaba de él, lo mandaba a pasar unos días a casa de su tía Clara, adonde se dirigía en ese momento. “Pero eres muy pequeño para andar solo por ahí”, observó la mujer, preocupada. “Nunca me pierdo”, respondió el niño. “Cada vez que subo a un autobús, miro a la gente y trato de sentarme cerca de alguien que creo que podría ser mi mamá. Por eso me senté cerca de usted. Cuando traté de acercarme más, terminé chocando con el pie de la mujer que estaba delante. Solo quería parecer su hijo”.

Esta conmovedora historia destaca la necesidad básica de todo ser humano de pertenecer a alguien, y esto resuena en el

clamor de muchos jóvenes y niños confundidos que se preguntan: “¿De quién soy?” y “¿A quién pertenezco?” Para muchos, la respuesta es que no pertenecen a nadie, lo cual es muy triste. Todos quieren tener la seguridad de pertenecer a alguien, de formar parte de un grupo que los acoja y los cuide. El psicólogo estadounidense Abraham Maslow dijo que, sin un sentido de pertenencia, la autoestima no se desarrolla adecuadamente, y esto puede desencadenar una serie de problemas.

Detente ahora y piensa: ¿A quién perteneces? ¿Quién te cuida?

Dios nos dice en su Palabra: “Dios nos eligió en él desde antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin culpa ante él en amor; y nos predestinó para ser sus hijos adoptivos por Jesucristo, conforme al afecto de su voluntad” (Efe. 1:4, 5).

“Reconozcan que el Señor es Dios. Él nos hizo, y *somos de él*. Pueblo suyo somos, ovejas de su prado” (Sal. 100:3, énfasis añadido).

“Porque han sido *comprados* por precio; por tanto, glorifiquen a Dios en su cuerpo y en su espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:20, énfasis añadido).

¿No es maravilloso? Fuimos comprados, fuimos convertidos en hijos. Alabado sea Dios porque somos suyos dos veces. Por la Creación, “él nos hizo”; y por la Redención, “ustedes fueron comprados por precio”.

CÓMO COMENZÓ TODO

Dios se identifica en la Biblia como el Creador de todas las cosas, incluyendo al ser humano. “En el principio Dios creó los cielos y la tierra. [...] Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó” (Gén. 1:1, 27). La Biblia agrega: “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:9). “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús” (Efe. 2:10). Como Creador, Dios es propietario del Universo y de todo lo que hay en él.

Por mucho que lo intentemos, no podemos alcanzar la dimensión infinita del poder de este Dios creador. Hay un poder incalculable en la Palabra de Dios. “Entonces dijo Dios: [...] haya aves que vuelen sobre la tierra en la expansión del cielo. Y creó Dios [...] toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno” (Gén. 1:20, 21). El quinto día, Dios creó las aves. ¿Sabes cuántas especies de aves hay en el mundo? Más de 11.000, según datos de la organización medioambiental BirdLife International.¹ Estas especies de aves, con sus innumerables tipos de picos, colores, tamaños, trinos, patas y garras, estaban todas diseñadas en la mente de Dios. Por el poder de la Palabra eterna, se hicieron realidad. Dios habló, y las aves simplemente aparecieron. ¿Te imaginas lo mucho que esto nos revela sobre quién es él? ¿Qué Dios es este que habla y todo se hace? Este es el Dios poderoso, Creador de los cielos y de la Tierra.

TODO ES DE DIOS

“Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que habitan en él” (Sal. 24:1).

“Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todos los animales del campo son míos” (Sal. 50:10, 11).

Él es un propietario cósmico: “Tuyos son los cielos y la tierra. El mundo y su plenitud, tú lo fundaste” (Sal. 89:11).

Todas las riquezas son de él. “Mía es la plata, mío es el oro –dice el Señor Todopoderoso” (Hag. 2:8). “En efecto, pregunta a las bestias y ellas te enseñarán, las aves del cielo te lo mostrarán. Habla a la tierra y ella te enseñará, los peces del mar también te lo declararán. ¿Cuál de estas cosas no entiende que la mano del Señor la hizo? En su mano está la vida de todo viviente, el aliento de todo ser humano” (Job. 12:7-10).

¹ “State of the World’s Birds 2024 Annual Update”, DataZone by BirdLife, disponible en: <datazone.birdlife.org/articles/state-of-the-worlds-birds-2024-annual-update?utm=>, consultado el 3 de julio de 2025.

COMO CREADOR, DIOS TAMBIÉN ES EL SUSTENTADOR DEL MUNDO

La Creación necesita constantemente de su cuidado. “¿Tiene la lluvia padre? ¿Quién engendró las gotas del rocío? ¿De qué seno sale el hielo? Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendra [...]? ¿Eres tú el que saca a su hora las constelaciones del cielo? ¿Guías tú a la Osa Mayor con sus hijos? ¿Conoces las leyes de los cielos? ¿Fijas tú el dominio de Dios sobre la tierra? ¿Puedes tú levantar la voz hasta las nubes para que te inunden de agua? ¿Ordenas tú a los relámpagos para que salgan? ¿Y te dirán: ‘Henos aquí’? [...] ¿Cazarás tú la presa para la leona? ¿Saciarás el hambre de los leoncillos [...]? ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus pollos claman a Dios y andan errantes por falta de comida?” (Job 38:28, 29, 32-35, 39, 41).

Todos los seres creados tienen su existencia gracias a Dios. Las criaturas de Dios dependen de él para vivir. Dios, en Cristo, es quien preserva nuestra vida y la de todos los seres vivos.

Sin embargo, como dice el teólogo Ángel Manuel Rodríguez, “el pecado hizo que los hombres se autoproclamaran dueños de todo, incluso de su propia vida, tratando de preservarla por sus propios medios. Buscan la independencia de Dios. Usurpan la autoridad de Dios y su derecho de propiedad. Se vuelven locos y egoístas. Los hombres se han vuelto obsesivos y ciegos con la idea de la autoconservación”.

Comprender quién es Dios y quiénes somos nosotros nos ayuda a entender que la preservación de nuestra vida no es nuestra responsabilidad, sino la de Dios. Como nuestro Creador, él es responsable de mantener, proveer y preservar toda la vida del mundo con la vida que hay en él. La Biblia nos dice: “Todas las cosas subsisten en él” (Col. 1:17). “Pues él da a todos vida, aliento y todas las cosas” (Hech. 17:25). “Cristo es el todo en todos” (Col. 3:11). “El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la misma imagen de su ser real, el que sostiene todas las cosas con su poderosa palabra” (Heb. 1:3).

Debemos creer y confiar en que Dios cuida de nosotros, que somos suyos y que podemos descansar en su providencia. El apóstol Pablo corrobora esta idea cuando dice: “Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad de ustedes, conforme a su gloriosa riqueza en Cristo Jesús” (Fil. 4:19).

Jesús deja esto bien en claro en el sermón del monte, cuando dijo: “No se preocupen por su vida, qué han de comer o beber; ni por su cuerpo, qué han de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni juntan en graneros; y su Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ¿Quién de ustedes, por más que se preocupe, podrá añadir un codo a su estatura? Y por el vestido, ¿por qué se preocupan? Consideren los lirios del campo, que crecen sin fatigarse ni hilar. Sin embargo les digo que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe? Así, no se preocupen diciendo: ‘¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos?’ Porque los paganos buscan todas estas cosas, que su Padre celestial sabe que ustedes necesitan. Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas. Así, no se preocupen por el día de mañana, que el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta al día su afán” (Mat. 6:25-34).

¿Te sientes seguro al tener un padre poderoso y amoroso que cuida de ti?

Hoy, durante el culto matutino, me emocioné al cantar el himno “Foi Amor [Fue Amor]”. Una de las frases dice así: “Fue amor cuando Dios descendió para cuidar de mí, como de uno de sus hijos” (*Hinário Adventista do Sétimo Dia*, en portugués, N° 96). ¡Qué verdad tan extraordinaria es que somos hijos de Dios y que él es quien nos cuida con tanto cariño! Podemos descansar en el cuidado providencial de Dios.

LA GRANDEZA DE DIOS Y LA PEQUEÑEZ DEL HOMBRE

El *Himnario Adventista del Séptimo Día* incluye un himno que la mayoría de nosotros cantamos de memoria: “Te exalto a ti con toda mi alma y ser: ¡grande eres tú! ¡grande eres tú!” (Nº 69).

Este himno comunica la verdad de la grandeza inalcanzable de Dios. A. W. Tozer afirma en su libro *El conocimiento del Santo*: “El conocimiento de Dios es un camino que nunca termina, una búsqueda que nunca llega a su fin. La mente humana es demasiado pequeña para comprender toda la verdad sobre Dios, y Dios es demasiado grande para caber en la mente humana”.²

La mente finita del hombre es incapaz de comprender la sabiduría, el poder, la santidad, el amor y los propósitos de Dios. Él es infinito y, por lo tanto, incomprensible; y debemos reverenciarlo con humildad y adoración. No puede explicarse mediante analogías humanas, ni puede ser comprendido por nuestras mentes finitas. El poder de Dios es la fuerza que sostiene la existencia de todo el Universo. Él es capaz de hacer que todas las cosas imposibles se vuelvan posibles. Él gobierna el Universo con sabiduría y amor. Ningún problema es demasiado grande para que él lo resuelva, y ninguna criatura es demasiado pequeña para que él no la note.

En contraste con la grandeza de Dios, tenemos la finitud del ser humano y su total incapacidad para añadir, por ejemplo, ni siquiera una hora a su vida. Por mucho que intentemos prolongar la existencia mediante avances médicos, cuidados de salud y otras estrategias, en última instancia, no tenemos control sobre el momento de nuestra muerte. Este es solo uno de los recordatorios de nuestra finitud, insuficiencia y dependencia de Dios.

Por increíble que parezca, el hombre se levanta como si fuera un dios y, de manera desafiante y presumida, cuestiona los designios del Creador del Cielo y de la Tierra. En su osadía, se atreve a pensar que puede hacer lo que quiera, tomar las riendas

² Aiden Wilson Tozer, *O Conhecimento do Santo* (Americana, SP: Impacto Publicações, 2018), p. 14.

de su propia existencia y creer que, al final, todo saldrá bien. Parece que oigo al salmista decir: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo tomes en cuenta?” (Sal. 8:4).

Mientras que Dios es eterno, omnipresente, omnisciente, todopoderoso, autónomo y no depende de nada ni de nadie para existir o tomar sus decisiones, el ser humano es mortal, limitado, impotente, subordinado y dependiente, carente de sabiduría y orientación para controlar su pequeña vida.

ADORANDO AL DIOS CREADOR Y SUSTENTADOR

Adorar a un Dios así es un privilegio y una alegría. Podemos adorarlo de varias maneras, como alabarlo con nuestra voz o con instrumentos musicales, tener una conducta santa, orar, buscar escuchar su palabra, ayudar a los necesitados y caminar en obediencia a su voluntad. En definitiva, Dios merece nuestra adoración de todas las maneras posibles.

Me gustaría llamar tu atención sobre una forma específica de adorar a Dios. Es la adoración que tiene lugar cuando devolvemos el diezmo. Nuestra adoración a través del diezmo está relacionada especialmente con el hecho de que reconocemos a Dios como el dueño de todas las cosas. Veamos este relato registrado en Génesis 14:18 al 20: “Entonces Melquisedec rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, les sirvió pan y vino, y bendijo a Abram. Le dijo: ‘Bendito sea Abram por el Dios Altísimo, Creador del cielo y de la tierra. Y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tu mano’. Y Abram le dio el diezmo de todo”.

Abram devolvió el diezmo, en adoración, cuando reconoció que Dios es el Dueño y Creador de todas las cosas. Así también nosotros, cuando reconocemos que Dios es el Señor y Dueño de todo, debemos adorarlo con el diezmo. Con este acto, estamos proclamando que, además de ser el propietario de todo, Dios también nos posee a nosotros. Al devolver el diezmo, estamos

reconociendo que somos suyos, que le pertenecemos, que confiamos en él y que él cuidará de nosotros.

Por lo tanto, el acto de diezmar, en su concepto básico, es un elemento de adoración a Dios como Creador. Este recuerdo constante a través del diezmo debe marcar nuestra mente, señalando que pertenecemos a Dios y somos suyos. Esta certeza debe acompañarnos en todo momento, y eso nos dará la seguridad psicológica que necesitamos: la de pertenecer a alguien. Por lo tanto, cada vez que diezmamos debemos recordar: yo soy de Dios, y es él quien cuida de mí. Cuando diezmamos, nos estamos diciendo a nosotros mismos, a otras personas, a Satanás y al Universo que pertenecemos a Dios y que somos suyos. Nos unimos al apóstol Pablo cuando dice: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y existimos” (Hech. 17:28).

EL PRINCIPIO DEL DIEZMO EN EL EDÉN

Dios colocó el árbol del conocimiento del bien y del mal en el Edén como recordatorio de que él es el Creador y Dueño de todas las cosas. Después de que Adán y Eva fueran expulsados del Paraíso, Dios utilizó el diezmo con el mismo propósito. La siguiente cita de Elena de White lo reafirma: “No debían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios se reservó ese árbol como recuerdo constante de que era dueño de todo. [...] Así también sucede con las exigencias de Dios hacia nosotros. Pone sus tesoros en las manos de los hombres, pero requiere que una décima parte sea puesta fielmente a un lado para su obra”.³

La práctica del diezmo se menciona por primera vez en la Biblia en Génesis 14:20, cuando Abram devolvió el diezmo a Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo. Dado que este acontecimiento tuvo lugar unos 400 años antes de que Moisés escribiera el mandamiento sobre el diezmo en Levítico 27:30 al 34, es evidente que la práctica del diezmo ya era conocida y seguida

³ Elena de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 2004), t. 6, pp. 385, 386.

por Abram, quien la aprendió de sus antepasados y la transmitió a su nieto Jacob (ver Gén. 28:20-22).

El pastor Ángel Manuel Rodríguez, en su libro *El plan de Dios para tu éxito* (p. 43), menciona que el diezmo era una práctica común en otros pueblos antiguos, como los habitantes de la ciudad de Ugarit en el siglo XIV a. C., que pagaban el diezmo al templo como una especie de impuesto. Los registros neobabilónicos del siglo VI a. C. muestran que el diezmo era una práctica común en Babilonia, y que el rey también debía practicarlo. El diezmo se aplicaba a todos los bienes, incluidos los alimentos, los tejidos, los animales y los metales preciosos, y también era reconocido y practicado entre los persas, los griegos y los romanos.

Después de Abram y Jacob, vemos a Dios dándole a Moisés la ordenanza del diezmo: “ ‘Todo el diezmo de la tierra, así de las semillas de la tierra como del fruto de los árboles, es del Señor. Es cosa sagrada del Señor. [...] Todo el diezmo de las vacas y las ovejas, es decir, cada décima cabeza que pasa bajo la vara, será consagrada al Señor. No mirará si el animal es bueno o malo, ni lo cambiará. Si lo cambia, ese animal y su sustituto serán consagrados. No podrán rescatarse’. Estos son los mandatos que ordenó el Señor a Moisés, para los israelitas, en el monte Sinaí” (Lev. 27:30, 32-34).

Esa es la primera exposición más clara que tenemos sobre el mandamiento del diezmo en la Biblia. También podemos encontrar la enseñanza sobre el diezmo en el Pentateuco (ver Deut. 12:6-17), en los libros históricos (2 Crón. 31:11, 12; Neh. 13:10-14), en los libros poéticos (Prov. 3:9, 10), en los libros proféticos (Mal. 3:8-12), en los evangelios (Mat. 23:23; Luc. 11:42) y en las epístolas (1 Cor. 9:1-14; Heb. 7:1-28).

En el Antiguo Testamento hay varias referencias al diezmo (Gén. 14:20; 28:22; Lev. 27:30-32; Núm. 18:21-28; Deut. 12:6-17; 14:22-28; 26:12; 1 Sam. 8:15-17; 2 Crón. 31:5-12; Neh. 10:37, 38; 13:5-12; Amós 4:4; Mal. 3:8-10).

En el Nuevo Testamento se encuentran varias referencias al diezmo (Mat. 23:23; Luc. 11:42; 18:12; 1 Cor. 9:13, 14; Heb. 7:2-9). Por lo tanto, el mandamiento del diezmo se trata en toda la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento.

El diezmo era como un indicador de la salud espiritual del pueblo de Dios. Cuando se alejaban del Señor, una de las primeras cosas que descuidaban era el diezmo; cuando volvían a Dios, la entrega de los diezmos acompañaba al corazón arrepentido (ver 2 Crón. 31:11, 12; Neh. 13:10-14).

JESÚS Y EL DIEZMO

Jesús confirmó la autenticidad del diezmo cuando dijo a los líderes religiosos de su época que debían continuar con la práctica del diezmo: “¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas! Porque dan el diezmo de la menta, el eneldo y el comino; y dejan lo más importante de la ley, a saber, la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto es necesario hacer, sin dejar lo otro” (Mat. 23:23). Les advirtió que no descuidaran la justicia, la misericordia y la fe por causa del diezmo, y tampoco descuidaran el diezmo por causa de la justicia, la misericordia y la fe.

En Mateo 22:20 y 21, leemos: “Entonces les preguntó: “¿De quién es esa imagen y la inscripción?” Dijeron: “Del César”. Entonces Jesús respondió: “Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (énfasis añadido). ¿Qué era de César? Los impuestos. Y ¿qué era de Dios? El diezmo. Por lo tanto, queda claro el mensaje de Jesús de que seamos ciudadanos correctos en nuestras obligaciones civiles y fieles en nuestras obligaciones religiosas.

¿CÓMO DEBE SER USADO EL DIEZMO?

Ya que el diezmo es del Señor y santo para el Señor, es Dios quien determina cómo debe usarse el diezmo: “He dado a los levitas todos los diezmos de Israel como heredad, por su

ministerio, por su servicio en la tienda de reunión” (Núm. 18:21). Dios ordenó que los levitas y los sacerdotes que servían a Dios a tiempo completo y con dedicación exclusiva fueran mantenidos por su diezmo. Mientras que las personas de las otras tribus plantaban, cosechaban, comerciaban y cuidaban del ganado, los levitas y los sacerdotes se ocupaban de los asuntos del Templo. Y fue determinación divina que fueran sustentados por el diezmo.

El apóstol Pablo utiliza esta misma orientación divina, la manutención de los levitas, para aplicar el uso del diezmo a quienes predicaban el evangelio a tiempo completo y con dedicación exclusiva en sus días. Él dice: “¿No saben que los que prestan servicios sagrados comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? El Señor ordenó que, del mismo modo, los que anuncian el evangelio vivan del evangelio” (1 Cor. 9:13, 14).

La práctica del Antiguo Testamento en el uso del diezmo debía aplicarse al Nuevo Testamento; era “orden del Señor”.

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, queda claro que el diezmo debía utilizarse para el sustento del ministerio sagrado, es decir, para el mantenimiento de aquellos que estaban al servicio del Señor, que servían a tiempo completo y con dedicación exclusiva a Dios.

Hoy en día, el diezmo debe utilizarse con el mismo propósito que en la época de Moisés y de Pablo: para el sustento del ministerio sagrado, lo que incluye a pastores, maestros de la Biblia, evangelistas, obreros bíblicos, administradores eclesiásticos y personal de apoyo al ministerio. El objetivo es que el pastor, pagado por la iglesia, no se enrede “en los negocios de la vida” (2 Tim. 2:4) y pueda, así, servir libremente a la causa de Dios.

Algunas personas piensan que pueden destinar el valor del diezmo a fines caritativos, en lugar de entregarlo a la tesorería para el mantenimiento de la predicación del evangelio. Sin embargo, Elena de White advierte sobre esto: “Me ha sido dado un mensaje claro y bien definido para nuestro pueblo. Se me ha pedido que les comunique que están cometiendo un error al

dedicar el diezmo a diferentes propósitos que, aunque son buenos en sí mismos, no son los objetivos para los cuales el Señor ha establecido el diezmo. Los que hacen este uso del diezmo se están apartando de las disposiciones del Señor. Dios los juzgará por esto. [...] Dios no ha cambiado; el diezmo todavía ha de usarse para el sostén del ministerio”.⁴

Cuando utilizamos el dinero del diezmo para hacer lo que queremos o lo que consideramos más útil y no lo que Dios nos orienta, cuando utilizamos este recurso sagrado para ayudar a los pobres, comprar medicamentos o canastas básicas, a pesar de ser buenos propósitos, nos estamos oponiendo a la voluntad expresa de Dios de que el recurso del diezmo debe utilizarse para el sustento del ministerio. Incluso, utilizar el valor sagrado del diezmo para el mantenimiento personal o familiar, para compras, viajes, pagos de cuotas y otros fines es una desobediencia al mandamiento de Dios; es ir en contra de la voluntad de Dios y, en palabras de Malaquías, se considera un robo a Dios (Mal. 3:8).

SI DIOS ES TODOPODEROSO Y AUTOSUFICIENTE, ¿POR QUÉ EXISTE EL DIEZMO?

¿Alguna vez te has detenido a pensar en la capacidad de Dios para hacer cualquier cosa? ¿No podría él, con un solo pensamiento, una palabra o un chasquido de dedos, hacer aparecer billones de dólares para pagar a todos los pastores, satisfacer todas las necesidades de su iglesia y predicar el evangelio? ¡Por supuesto que sí! Entonces, ¿por qué nos dio el mandamiento del diezmo? Debe haber alguna razón para eso, ¿no crees?

En primer lugar, el acto de diezmar es una oportunidad para adorar a Dios como Creador. Es una ocasión para reconocerlo como Proveedor y Sustentador de nuestra vida, lo que debería llevarnos a depender de él y confiar *en él*. Además, el acto de diezmar también es un agente de Dios para hacernos menos egoístas y mezquinos. Podríamos añadir a esta lista de motivos

⁴ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), p. 104.

el privilegio que Dios nos concede de participar en la salvación de otras personas. Al elegir, de manera espontánea, feliz y obediente, patrocinar el evangelio y separar lo que pertenece a Dios, estamos cumpliendo su voluntad y siendo instrumentos para la realización de los planes divinos.

PROMESAS

Dios tiene un propósito en todo lo que hace, y su intención es siempre bendecirnos. Hay bendiciones preparadas para nosotros cuando diezmamos. En el Salmo 37:25, leemos: “Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni a sus hijos mendigar el pan”. El apóstol Pablo dice en Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad de ustedes, conforme a su gloriosa riqueza en Cristo Jesús”. En Malaquías 3:10 y 11 está escrito: “Traigan todo el diezmo a la tesorería, y haya alimento en mi casa. Y pruébenme en esto –dice el Señor Todopoderoso–, a ver si no abro las ventanas del cielo y vacío sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por ustedes al devorador, para que no destruya el fruto de la tierra, ni su vid en el campo sea estéril” –dice el Señor Todopoderoso”.

La bendición sin medida no se limita al enriquecimiento material, ya que hay muchos fieles devotos que siguen siendo pobres. La bendición de Dios sobre los fieles va más allá de lo material y se extiende a la familia, la salud, la protección, las relaciones, la paz y la seguridad de estar en Dios. Él nos bendice abundantemente más de lo que podemos pedir o imaginar (Efe. 3:20, 21).

DESAFÍO

Proverbios 3:9: “*Honra al Señor con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos*” (énfasis añadido).

Deuteronomio 8:17, 18: “Y entonces digas en tu corazón: ‘Mi poder y la fortaleza de mi mano me han traído esta riqueza’. Acuérdate del Señor tu Dios, porque él te da el poder de hacer las

riquezas, a fin de cumplir su pacto que juró a tus padres, como sucede en este día”.

Mateo 6:33: “Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas”.

LA BENDICIÓN PRECEDE A CUALQUIER ACTO NUESTRO

La bendición de todo lo que tenemos y somos precede a cualquier acto nuestro, incluido el acto de diezmar. Si Dios no nos bendijera primero, sería imposible diezmar. Es la gracia de Dios lo que nos permite tener los medios para devolverle una parte de lo que nos ha sido dado. El diezmo es una respuesta al amor y la provisión de Dios, no una forma de conseguirlos.

La seguridad financiera y la seguridad en la vida no están garantizadas por nuestras propias habilidades, sino por la bendición del Señor. Es a través del reconocimiento de que somos criaturas de Dios, dependientes de él para todo, que encontramos nuestra verdadera esencia. El diezmo nos recuerda constantemente que le pertenecemos y que él es nuestro Proveedor constante.

QUÉ ES EL DIEZMO

1. Es un recordatorio de que Dios es el Creador, Propietario y Sustentador de todo y de todos.
2. Es un elemento de adoración a Dios mediante el cual lo reconocemos como el Creador.
3. Es una marca de filiación y pertenencia a Dios.
4. Es un recurso que Dios utiliza para financiar la obra de predicación del evangelio a través de personas elegidas y apartadas para el ministerio.
5. Es una respuesta a la bendición ya recibida del Señor.
6. Es un recordatorio de la fidelidad inmutable y constante de Dios hacia nosotros.
7. Es una oportunidad para demostrar fe y confianza en Dios.

8. Es un acto de reconocimiento de que la vida no nos pertenece, sino que es del Señor.
9. Es un reconocimiento de nuestra dependencia de Dios.
10. Es un testimonio de la relación de confianza y amor establecida con nuestro Señor y Salvador.
11. Es un símbolo de nuestra entrega incondicional al Señor y a su amorosa voluntad.
12. Es una prueba de lealtad y honestidad hacia Dios.
13. Es una oportunidad para reconsagrarnos a Dios.
14. Es una alabanza a Dios mediante el uso de las finanzas.
15. Es una invitación a la generosidad.
16. Es una denuncia al corazón egoísta y avaro.
17. Es una demostración de nuestra disposición constante a someter nuestra vida a la Fuente de todas las bendiciones.
18. Es una oportunidad para nutrir la obra de Dios con el altruismo de un corazón convertido y generoso.

QUÉ **NO** ES EL DIEZMO

1. No es un recurso que tú das para suplir una necesidad financiera de un Dios que no tiene capacidad para financiar su propia obra.
2. No es un trato con Dios, en el que tú intercambias el diezmo por bendiciones.
3. No es una póliza de seguro para garantizar que no te suceda nada malo.
4. No es un sustituto de la obediencia en otras áreas de la vida.
5. No es nuestro; no nos pertenece, pasa por nuestras manos, pero es de Dios.
6. No es un pasaporte para la salvación. La salvación es por gracia.
7. No es para que Dios nos ame más, porque su amor es incondicional.

CUANDO DEVUELVO EL DIEZMO

- Adoro a mi Dios como Creador y Dueño de todas las cosas.
- Reconozco que todo lo que soy y tengo proviene de Dios.
- Obedezco la orden de Dios y lo acepto como mi Señor.
- Me convierto en socio del Señor en la expansión del reino de Dios en la Tierra.
- Demuestro fe y confianza en el Dios proveedor.
- Estoy bajo la bendición del Señor.
- ¿Has considerado la posibilidad de convertirte en un diez-mador fiel y dedicar tu vida a Dios, cultivando valores como la honestidad, el amor y la fidelidad? Este puede ser el momento oportuno para reflexionar sobre esta elección.

7

Obedientes Por amor a ÉL

Una vez escuché una historia que ilustra bien el tema de este capítulo, aunque no puedo confirmar su veracidad. Se dice que una señora llamó a una radio cristiana pidiendo oraciones, ya que no tenía nada que comer en casa. Un brujo, que en ese momento buscaba estaciones de radio, escuchó la conversación y decidió gastarle una broma. Consiguió la dirección de la mujer, mandó a sus ayudantes a comprar una buena cantidad de alimentos, artículos de higiene y limpieza, y los envió a su casa con la siguiente instrucción: “Cuando pregunte quién los envía, ¡díganle que fue el Diablo!”

Cuando los ayudantes del brujo llegaron a la casa, le preguntaron si era allí donde vivía la señora, y ella respondió que sí. Entonces le entregaron las bolsas de la compra, y la mujer las recibió con alegría, glorificando el nombre de Dios. Siguiendo las instrucciones que habían recibido, los jóvenes le preguntaron si no sentía curiosidad por saber quién le había enviado esas cosas. Pero la mujer, con la sencillez de su fe, respondió: “No, hijos míos. No quiero saberlo, porque cuando Dios manda, ¡hasta el Diablo obedece!”

De hecho, Dios tiene el control de todas las cosas. En nuestra vida, lo que parece imposible se hace realidad con la

presencia de Jesús y la obediencia a su guía. Es lo que vemos en esta historia:

“Un día Jesús estaba junto al lago Genezaret y la gente se aglomeró ante él para oír la palabra de Dios. Vio dos barcas cerca de la orilla del lago. Los pescadores habían descendido y lavaban sus redes. Subió a una de esas barcas, que era de Simón, y le rogó que la alejara un poco de la tierra. Y sentándose, enseñaba a la gente desde la barca.

“Cuando terminó de hablar dijo a Simón: ‘Boga mar adentro, y echen sus redes para pescar’. Respondió Simón: ‘Maestro, hemos trabajado toda la noche y nada hemos pescado. Pero por tu palabra echaré la red’. Y al hacerlo así, apresaron tal cantidad de peces que la red se rompía.

“Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca para que viniesen a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, de tal manera que casi se hundían.

“Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas ante Jesús y le dijo: ‘Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador’. Porque el asombro se había apoderado de él y de sus compañeros, por los peces que habían capturado. Lo mismo les pasó a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: ‘¡No temas! Desde ahora pescarás hombres’.

“Y cuando llevaron las barcas a tierra, dejaron todo y lo siguieron” (Luc. 5:1-11).

Un comentarista bíblico nos ayuda a comprender un poco el contexto de este relato bíblico: “El lago de Genesaret era uno de los nombres del mar de Galilea. El lago se encuentra a unos 207 metros por debajo del nivel del mar, tiene 11 kilómetros de ancho y 21 kilómetros de largo. [...] Alrededor de las orillas de este lago se encontraban las ciudades donde se desarrolló la mayor parte del ministerio de Jesús. Había diez ciudades con una población de no menos de 15.000 habitantes cada una. La industria pesquera de este lago era famosa en todo el Imperio

Romano, y el comercio florecía en esta zona”.¹ En esa región próspera para la pesca, los discípulos habían regresado sin peces. Después de enseñar a la multitud, Jesús tenía una lección aún más profunda que enseñar a esos pescadores.

¿POR CASUALIDAD?

En una primera lectura de este texto, el primer verbo del versículo 1, “sucedió”, me hizo pensar que las cosas que el evangelista Lucas describía allí ocurrieron por casualidad.

Me imaginé que Jesús, al levantarse muy temprano, en aquella fresca mañana, pensó: “¿Qué voy a hacer hoy? Ah, creo que voy a dar un paseo por la orilla del lago. Al fin y al cabo, hoy parece que va a hacer un día precioso”. Mientras daba su paseo, algunas personas lo seguían, y el número fue aumentando hasta formar una multitud. Entonces pensó: “Ya que estoy aquí con toda esta gente, voy a aprovechar para enseñarles la Palabra de Dios”. Como no podía ni moverse debido a la multitud que lo apretujaba, vio dos barcos muy cerca y, casualmente, uno era de Simón. Pidió permiso al dueño, que todavía estaba en la barca, y subió con la agilidad de quien tiene fuerza en los músculos. Desde allí, comenzó a pronunciar palabras de esperanza que, llevadas por la brisa del lago, llegaban claras y reconfortantes a los oídos sedientos de la multitud.

Pero no tardé mucho en dejar mis divagaciones y recordar que, en la vida de Jesús, nada sucedía por casualidad. Todo tenía un propósito. El Espíritu Santo dirigía, en detalle, cada uno de los pasos de Jesús.

Jesús era un hombre de comunión íntima y sistemática con el Padre. Los evangelios relatan en numerosas ocasiones y en diversas situaciones cómo Jesús buscaba a Dios durante toda la noche o incluso muy temprano por la mañana, como vemos en la descripción de Marcos: “Muy temprano de mañana, aún

¹ Russell Norman Champlin, *O Novo Testamento Interpretado* (São Paulo: Hagnos, 2014), t. 2, p. 55.

oscuro, Jesús se levantó, fue a un lugar solitario y se puso a orar” (Mar. 1:35). Jesús era un hombre de oración.

Observa cómo Elena de White describe la dependencia de Jesús con respecto a los planes que Dios tenía para él: “Tan completamente había anonadado Cristo al yo que no hacía planes por sí mismo. Aceptaba los planes de Dios para él, y día tras día el Padre se los revelaba”.²

¿No es increíble cómo Jesús, con toda su experiencia de vida, trabajo, habilidad para tratar con las personas y sensibilidad, no salía de casa sin antes pasar un tiempo con su Consejero? Pasaba horas conversando con el Padre para descubrir cuál era el plan del Cielo para él ese día.

¡Qué diferencia con nosotros, que a menudo establecemos nuestros planes y solo después le pedimos a Dios que los bendiga! No le consultamos antes y no buscamos saber qué camino y qué decisiones debemos tomar para vivir de acuerdo con los planes que Dios tiene para nosotros. Elena de White aconseja, basándose en la experiencia de Jesús: “De esa manera debemos depender de Dios, para que nuestra vida sea el simple desarrollo de su voluntad”.³

Seguir el ejemplo de Jesús: ¡ese es el consejo! Esa es la fórmula del éxito. Y surge naturalmente una pregunta: ¿Es realmente eficaz someterse a Dios en los más mínimos detalles de la vida? ¿Ser guiado paso a paso por el Espíritu Santo trae, de hecho, resultados transformadores? La vida de Jesús confirma esta verdad. En tres años y medio, revolucionó el mundo con sus enseñanzas y su vida. La historia se dividió en antes y después de Cristo, y nuestra vida, dos mil años después, todavía refleja el impacto de las acciones y las decisiones de este hombre llamado Jesús. Esa influencia transformadora no fue el resultado de su divinidad, sino de su humanidad dependiente de Dios y de su conciencia de la necesidad de

² Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Bs. As.: ACES, 2008), p. 179.

³ White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 179.

que el Cielo guiara cada uno de sus pasos. Tenemos mucho que aprender de este Hombre sobre cómo someternos diariamente a Dios.

Sin embargo, Jesús no buscaba al Padre solo de manera burocrática para tratar planes. Le gustaba la compañía del Padre. Disfrutaba pasar tiempo con Dios. Estaba ansioso por despertarse para encontrarse con el Eterno. “Hallaba sus horas de felicidad cuando estaba a solas con la naturaleza y con Dios. Siempre que podía se alejaba del escenario de su trabajo para ir a los campos, para meditar en los verdes valles, para estar en comunión con Dios en la ladera de la montaña o entre los árboles del bosque”.⁴

Piensa en algo que te haga muy feliz, algo que estés deseando disfrutar: tal vez un deporte, una comida, una cita con alguien importante o un viaje. Recuerdo lo emocionado que me ponía de niño cuando viajaba con mi familia desde la ciudad de Marília, en el interior de São Paulo, hasta la capital. Apenas podía dormir por la noche pensando en el viaje. Jesús sentía el mismo entusiasmo cuando se trataba de pasar tiempo en compañía del Padre. Me imagino a Jesús yéndose a dormir, frotándose las manos y diciendo con alegría: “Ojalá pase pronto la noche para poder despertarme y estar con el Padre”.

El cansancio daba paso al placer de estar con Dios. “Durante todo el día trabajaba enseñando a los ignorantes, sanando a los enfermos, dando vista a los ciegos, alimentando a las multitudes; y al anochecer, o por la mañana temprano, se dirigía al santuario de las montañas para estar en comunión con su Padre”.⁵

Ese fue el secreto de la espectacular vida de Jesús y puede ser la llave que abra la puerta del éxito en tu camino. Depende de ti buscar o no la presencia y el consejo de Dios para tu vida.

⁴ White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 69.

⁵ White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 225.

EL DESAFÍO DE CREER

Después de terminar su sermón, Jesús le pidió a Simón que alejara la barca hacia aguas más profundas y echara las redes.

Reflexiono sobre los pensamientos de Simón al reaccionar ante esta orden de Jesús: “Ah, esto no va a funcionar. La pesca de verdad se hace al amanecer, con clima templado, silencio, oscuridad; no a mediodía, con el cielo despejado y el ruido de mucha gente. No va a funcionar, no va a funcionar. Después de todo, no empezamos a pescar ayer...”. Y entonces, la vieja frase aparece en su mente: “Hoy no hay pesca en el mar. Pasamos toda la noche trabajando y no pescamos nada. Este maestro carpintero tiene carisma, habla bien, pero no sabe nada de pesca profesional”. Puede que incluso haya pensado: “Pero, qué orden tan extraña, fuera de lugar y sin sentido...”.

¿Le negarías la razón a Simón por pensar así? ¿Por reaccionar negativamente a la orden de ese nuevo y desconocido Maestro? Había lógica en el razonamiento de Pedro. Las condiciones no eran adecuadas para pescar en ese momento. No había ningún indicio ni evidencia de que en ese momento fuera a ser diferente del trabajo de la noche anterior.

Creo que nos parecemos mucho a Simón ante algunas órdenes que Dios nos da y que contradicen la lógica humana. Él dice: “Hijo, devuelve el diezmo” (ver Mal. 3:10, Lev. 27:30-34). Y respondemos: “¡Pero, Señor! ¡Sin devolver el diezmo, el dinero no llega a fin de mes! No va a funcionar, no va a funcionar. No habrá suficiente dinero para satisfacer las necesidades de mi familia”. Dios dice: “Hijo, no vayas a clases a la universidad el viernes por la noche, porque el sábado es un día sagrado”. Y pensamos: “Eso no va a funcionar, no voy a poder graduarme si no voy a clases los sábados. No va a funcionar”. Dios nos orienta: “No tengas relaciones sexuales fuera del matrimonio, no practiques sexo con tu novio o novia”. Y la respuesta natural es: “¿Cómo? ¿Y mis hormonas? Mi cuerpo está preparado. No seré feliz si no hago lo que hacen todos los jóvenes. Esto no va

a funcionar, no va a funcionar”. Así seguimos enumerando las cosas que Dios manda y que chocan con nuestra lógica humana, resistiéndonos a dejar la cerveza, la evasión fiscal, a adoptar un estilo de vida saludable, a levantarnos más temprano para buscar a Dios, y así sucesivamente.

En medio de su resistencia mental, Pedro dijo algo que marca una gran diferencia en la vida de cualquier persona: “Pero *por tu palabra* echaré las redes”. Jesús no le dio ninguna certeza, no le ofreció ninguna prueba, salvo su palabra. A pesar de sus dudas, Simón actuó basándose en la palabra de Jesús. ¡Qué gran lección! Necesitamos aprender a vivir bajo la autoridad de la palabra de Jesús, incluso si no tiene sentido para la lógica humana.

Fue el poder de la palabra de Jesús lo que creó el mundo y dio origen a toda la Creación. Su palabra restauró a los leprosos, sanó a los ciegos y resucitó a los muertos. Su palabra tiene autoridad. Cuando Dios manda, ¡hazlo! Cuando Dios te diga que salgas, ¡sal! Si te dice que entres, ¡entra! Si te indica que te quedes, quédate. ¡Sé obediente! Cree que él sabe lo que dice. Cree que su sabiduría, inteligencia y experiencia son infinitas. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar a Dios?

Simón lanzó la red confiando en la palabra de Jesús. De repente, hubo un movimiento más fuerte en las aguas: un ruido de peces que se debatían. La red comenzó a tirar del bote hacia abajo y el bote comenzó a balancearse. Los peces estaban obedeciendo la orden de Jesús de venir a las redes. Era la voz de Aquel que gobierna todos los mares y somete a todos los seres vivos. Donde no había ningún pez, se convirtió en un lugar lleno de peces. Era el poder de Dios rompiendo las limitaciones y las circunstancias, realizando su voluntad.

Me imagino la expresión de Pedro, su sonrisa mezclada con asombro, su alegría impregnada de sorpresa y admiración por este milagro. “¿Qué es esto?!” Necesitaron ayuda para recoger tanta bendición. “¡Vengan, vengan!”

¿Funcionó o no? En Lucas 5:6, encontramos: “Y al hacerlo así, apresaron tal cantidad de peces que la red se rompía”. ¡Funcionó! Pero ¿por qué? Porque cuando Dios manda, sale bien. No hay nada que él no sea capaz de hacer. No hay barreras que él no pueda superar. No hay retos que Dios no pueda afrontar y vencer.

Si Dios te está diciendo que devuelvas el diezmo y seas generoso en tus ofrendas, es porque él ya te está garantizando que *primero* te bendecirá para que luego puedas devolver y ofrendar. Él es plenamente capaz de hacer que el 90 %, el 80 % u otro porcentaje sea equivalente al 100 %, para que no falte nada. No hay motivo para cuestionar las matemáticas de Dios. Si él te dice que guardes el sábado según el cuarto Mandamiento, es porque él te abrirá una puerta para que termines tus estudios, para que mantengas tu trabajo, encuentres otro o sobrevivas, incluso sin trabajar los sábados. Si él te dice que te abstengas del sexo antes del matrimonio, es porque está reservando algo mucho mejor para tu futuro emocional, para tu seguridad en la relación conyugal.

Aunque no veamos un camino abierto ante nosotros, debemos aprender a seguir adelante simplemente porque Dios nos ordena que lo hagamos. Él mismo es responsable de sus órdenes. Nos corresponde a nosotros, con humildad y confianza, obedecer.

Si quieres que tus redes se llenen de bendiciones, debes lanzarlas según la orden de Dios. ¿No hay pruebas? ¿No ves ningún movimiento en las aguas? ¿No tienes idea de cómo actuará Dios? Da un paso de fe. Confía y lanza la red. Solo así se llenarán las redes. Construye tu vida sobre el fundamento de lo que Dios dice, sobre su palabra, y todo saldrá bien. Si no crees y no lanzas la red, Dios no podrá hacer mucho por ti.

Dios hará milagros para abrirnos los ojos y ver posibilidades donde, a los ojos humanos, no existen. Los milagros nos

ayudan a saber que Dios está cerca; y cuando él está cerca, todo es posible.

Nunca olvidéis: cuando obedecemos lo que Dios manda, ¡todo sale bien!

LA VIDA EN ADORACIÓN

En Lucas 5:8, leemos: “Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas ante Jesús y le dijo: ‘Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador’ ”. Simón se postró porque comprendió que Jesús no era otro que Dios encarnado. Reconoció que el Mesías estaba en su barca. El Dios creador del mar y de todos los peces se había hecho presente. El Todopoderoso estaba allí, a su lado. El Soberano del Cielo y de la Tierra estaba en la barca con él. No se había dado cuenta de que Dios, en Jesús, había estado todo el tiempo en su barca. Entonces, Simón lo adoró.

Aunque Dios estaba en su barco, Pedro estaba demasiado distraído, agitado y disperso para darse cuenta. Muchas veces, estamos como Pedro, distraídos con las redes sociales, las noticias, el entretenimiento, o demasiado involucrados en la supervivencia, y no nos damos cuenta de que Dios está en nuestro barquito. ¡Qué pérdida!

Pero, finalmente, se dio cuenta. Le tomó tiempo, pero se dio cuenta. ¿Cuál debe ser nuestra actitud cuando estamos ante Dios? Debemos adorarlo. Por eso, toda nuestra vida debe ser de adoración, porque Dios está en nuestro barco todo el tiempo, cada día, cada momento. En el trabajo, en la escuela, en casa, en los viajes, en el noviazgo, en los deportes... en todo momento y en todo lugar, él es Emanuel, Dios con nosotros. Vivimos en la presencia bendita del gran Dios a cada instante. Entonces, ¿cuál debe ser nuestro comportamiento, cómo deben ser nuestras palabras, acciones y reacciones en la presencia del Señor?

PECADO ES HACER LAS COSAS A NUESTRA MANERA

En el versículo 8 de Lucas 5, leemos la frase: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Esta declaración revela que somos pecadores. Intentamos hacer las cosas a nuestra manera, siguiendo nuestra visión limitada y egoísta. Necesitamos pedir perdón por intentar vivir con nuestras propias fuerzas, nuestra inteligencia, nuestra experiencia y nuestras perspectivas mundanas. Pecado es intentar hacer las cosas a nuestra manera.

Podemos elegir entre seguir nuestro propio camino o seguir la voluntad de Dios. Dios es pleno y tiene todo para ofrecernos, pero necesitamos tener valor y audacia para hacer las cosas a su manera.

EL LLAMADO

Jesús le dijo a Simón: “¡No temas! Desde ahora pescarás hombres” (Luc. 5:10).

¿Recuerdas que Dios tenía un plan específico para Jesús ese día? ¿Que nada de lo que ocurrió fue casualidad? Todo estaba en la agenda divina. Jesús llamó a Simón al ministerio, y su vida nunca volvió a ser la misma. A partir de ese llamado, Simón cambió el rumbo, el enfoque y los intereses de su vida. Jesús tenía otro propósito para él. En lugar de pescar peces, atraería personas a Jesús. Su trabajo ahora tendría una dimensión eterna. ¡Qué cambio de propósito!

El versículo 11 afirma que “dejaron todo y lo siguieron”. Esto incluye a Simón, Santiago y Juan. Dejaron sus barcos, abandonaron su profesión y sus sueños empresariales para seguir a Jesús. Imagino que la venta de los peces fue suficiente para satisfacer las necesidades de sus familias durante algún tiempo, lo que demuestra que no les faltaría nada si seguían a Jesús. Dios sería la garantía de que recibirían todo lo que necesitaran.

MI LLAMADO

En 1975, un joven estudiante de Teología visitó el pequeño grupo de la Iglesia Adventista de Jaraguá, en São Paulo, al que asistíamos mis padres y yo. Después del culto, mis padres, Emanuel y Julia, invitaron al joven a almorzar a nuestra casa. Durante la conversación, el joven le preguntó a mi papá si le gustaría enviarme a estudiar al IAE, la actual UNASP-SP, como estudiante interno. Mi papá dijo que le gustaría mucho, pero que la familia no tenía recursos para ello. Entonces, el estudiante de Teología me miró y me preguntó si iría a estudiar allí si conseguía una beca para mí. Acepté y él se marchó sin prometer nada.

Después de dos o tres meses, recibí una carta del IAE. Recuerdo bien que era casi la hora del atardecer, después de regresar del trabajo. En aquella época, tenía 14 años, trabajaba en una fábrica llamada Voith y estudiaba por las noches. Me alegré mucho al leer la carta. Tendría que trabajar en la escuela como becario para pagar mis estudios. Al seguir leyendo, vi que debía trabajar en la limpieza del edificio de la Facultad Adventista de Enfermería (FAE). Me desanimé e inmediatamente reaccioné diciendo que no iría. Sin embargo, mi mamá, que estaba a mi lado, me dijo amablemente: “Hijo, creo que deberías ir. Será bueno para ti”. Y conversamos un poco allí en la cocina. Había aprendido a confiar en mi mamá y en mi papá. La regla en casa era decir siempre la verdad. Cuando era pequeño y tenía que tomar un medicamento o una inyección, siempre preguntaba si era malo o si iba a doler, y ella siempre me decía la verdad. Estas y otras pequeñas cosas me enseñaron a confiar en mi mamá.

En ese momento crucial de mi vida, la confianza que mi mamá había construido a lo largo de nuestra relación marcó la diferencia, y seguí su consejo. Aquí va un consejo para los papás y para todos: siempre digan la verdad. Sean siempre

honestos y confiables. Nuestros hijos y las personas que nos rodean necesitan esa seguridad, especialmente en momentos difíciles.

EN EL IAE

El 15 de diciembre de 1975, llegué al IAE con un poco de nerviosismo, ya que nunca había estado lejos de mis padres. Me visitaban cada dos sábados para aliviar la nostalgia. Recuerdo cuántas veces lloré después de que se iban a casa, pero, a partir del tercer mes, mi corazón se calmó y me acostumbré a la nueva vida en el internado. Mi intención era cursar la preparatoria en el colegio y seguir la carrera de profesor de Educación Física, ya que me gustaban mucho los deportes y había sido influenciado por el profesor Edson, en una escuela de Marília.

Pero algo me llamó la atención: ¡Empecé a darme cuenta de que me gustaba escuchar sermones! Además de los cultos en los dormitorios y en la iglesia, había dos semanas de oración al año en el colegio. Mi mayor alegría era asistir a dos sermones al día y cantar los himnos especiales que no conocía. Recuerdo la primera semana de oración a la que asistí allí. La dirigió el pastor Edgard de Oliveira, hoy fallecido, que saludaba al público con su voz grave. Además, me involucré con la música, empecé a cantar en el coro Homens do Rei y en algunos cuartetos con estudiantes de Teología. Esa experiencia con la música y el llamado de los sermones a entregarme a Dios me hicieron considerar la posibilidad de estudiar Teología. Esto sucedió entre el segundo y el tercer año de la preparatoria.

Aunque no estaba seguro de si era el camino correcto, me presenté al examen de ingreso a la carrera de Teología y lo aprobé. Una pregunta flotaba en el aire: ¿Saldrá bien? Solo empecé a sentirme más seguro de que ese era el camino cuando me di cuenta de que me gustaban mucho las materias y me emocionaban las clases del Dr. Wilson Endruweit.

Los años pasaron. En mi cuarto año de Teología, me asignaron una iglesia en Jardín Catanduva, donde haría mis prácticas. Cuando llegué, un sábado por la mañana, vi que la iglesia era de tablas de madera contrachapada, sin pintar, con un letrero mal escrito y sin muchos atractivos. Me presenté a los hermanos y les dije que pasaríamos ese año juntos. Me recibieron muy bien, y entonces propuse una colecta para pintar la iglesia y dejarla bonita. Aceptaron, y el domingo siguiente, muy temprano, estábamos todos allí para restaurar la iglesia. Fue una experiencia preciosa. Las hermanas prepararon un banquete para nosotros: pan, ensalada y jugo. ¡Qué bien me sentí al estar allí con nuestros queridos hermanos! Pensé: “Me está gustando esto de reformar iglesias”.

Después de unos tres meses, una joven se acercó a mí y me dijo que necesitaba hablar conmigo sobre su matrimonio. Quedamos en que vendría a la iglesia por la tarde. Invité a mi novia, que hoy es mi esposa, a que me acompañara en la conversación. Entonces, esa hermana comenzó a contarme lo que estaba pasando en su matrimonio, y la situación no era nada fácil. En oración silenciosa, le pedí a Dios que me guiara, porque no sabía qué decirle. Cuando terminó de hablar, el Espíritu Santo había puesto las palabras en mi boca. Oramos y le recomendamos un terapeuta. Después de unos meses, ella nos buscó sonriente, diciendo que las cosas se estaban resolviendo. Mi pensamiento fue: “Me gusta dar consejería”.

Las prácticas en esa iglesia, los sermones, las visitas y la relación con los hermanos me dieron la certeza del llamado de Dios para mi vida. Hoy estoy jubilado, después de 38 años de ministerio. Tuve el privilegio de cantar en el cuarteto Arautos do Rey, fui pastor de iglesias y trabajé en los ministerios de Fidelidad, Familia y Salud. ¡Han sido 38 años de “gracia”!

Cuando miro atrás, parece que fue por casualidad que aquel joven estudiante de Teología llamado Siloé de Almeida, que se convirtió en pastor y trabajó en varios ámbitos de la

obra, incluso como director de Comunicación de la Iglesia Adventista para América del Sur, formara parte de aquel pequeño grupo de Jaraguá; parece que fue por casualidad que mis padres lo invitaron a almorzar a casa; que por casualidad se interesó en llevarme a la escuela; que por casualidad consiguió la beca para mí en un tiempo récord. Pero creo que, en realidad, nada de eso sucedió por casualidad. Estaba en los planes de Dios llamarme al ministerio pastoral, que comenzó ese sábado de 1975.

No sé qué vio Dios en mí para querer que trabajara para él y con él. Pero Dios lo quiso y me llamó. Acepté la invitación y puedo dar testimonio de que, cuando Dios llama, cuando Dios manda, ¡sale bien!

PARA REFLEXIONAR

Quiero aprovechar este momento para decirte algunas cosas.

Primero: Está en los planes de Dios llamarte para ser su siervo o su sierva. Esto requiere renuncia y entrega, pero la recompensa es extraordinaria. Tu vida solo tendrá sentido cuando cumplas el propósito que Dios tiene para ti en este mundo: cuidar de las personas y salvarlas.

Segundo: Quiero invitarte a que releas tu vida, a que revises tu historia, tratando de ver las intenciones de Dios guiando tus pasos. Mira los acontecimientos de tu vida de una manera diferente. No son una serie de coincidencias o casualidades. Trata de ver la mano de Dios guiando todas las cosas. ¡Pídele que te abra los ojos para que puedas percibir sus movimientos en tu vida! Descubrirás que él siempre ha estado cerca.

Tercero: ¿Tienes algún reto que no logras superar? Dios ¿te está pidiendo que hagas algo que parece ilógico o sin sentido? Es hora de creer y echar las redes. Quizá sea el reto de devolver los diezmos y las ofrendas, guardar el sábado, mantenerte puro

o ser honesto y veraz en todos tus negocios. Tu llamado es vivir por fe, creyendo en la palabra de Jesús.

Cuarto: Dios está en el bote de tu vida, reconócelo y vive en constante alabanza y adoración *a él*.

Quinto: Pídele a Dios que te ayude a hacer las cosas *a su* manera, no a la tuya. Pide una visión ungida para ver sus planes para ti. Deja de confiar en tu propio entendimiento. Confía en el camino del Señor.

Sexto: Dios tiene un plan para tu vida, y él ya lleva mucho tiempo trabajando en él. Cree que Dios está obrando intensamente en ti y en las circunstancias, en el proyecto que tiene para ti. Ten presente que, para Dios, no hay casualidades ni coincidencias. Solo *en él* podemos encontrar la plenitud de la vida.

“Encomienda al Señor tus obras, y tus planes tendrán éxito” (Prov. 16:3). Si entregamos nuestro corazón a Dios, él cumplirá sus planes en nosotros. Nuestra vida se moldeará según sus designios. Sus promesas se harán realidad en nuestra experiencia. Sin embargo, si seguimos nuestros propios caminos, no podemos esperar éxito ni bendiciones. Cada uno de nosotros tiene una decisión que tomar. Debemos aceptar la voluntad de Dios o seguir nuestros propios deseos. Aquellos que se entregan por completo al Señor encontrarán paz y alegría en serle obedientes. Su vida estará llena de significado y propósito.

Séptimo: Recuerda que cuando Dios manda, sale bien. Así que, “*lanza las redes*” y sigue a Jesús.

8

Dependientes

Por amor a

ÉL

Poco después de que mi esposa y yo nos casáramos, en junio de 1983, comprendí que sería importante comprar una lavadora. Sin embargo, estábamos empezando en el ministerio, el sueldo aún no era completo y mi esposa todavía no trabajaba. La única solución sería pagar la lavadora en cuotas. En aquella época de alta inflación, los precios y los sueldos aumentaban constantemente. La estrategia era comprar con cuotas fijas dos meses antes del aumento salarial, porque, después del reajuste, las cuotas serían más llevaderas. Y así lo hicimos. Al final del primer mes, el dinero alcanzó justo. ¿Alguna vez has tenido que contar monedas para tomar el transporte público, tener el dinero contado? Comenzamos el segundo mes, pero a dos o tres días del final del mes, se nos acabó el dinero. En aquella época no había tarjetas de crédito, y me resistí a la idea de pedirle dinero prestado a mi papá.

El domingo por la noche fuimos al culto y, cuando regresamos, encontramos un pequeño sobre con una nota que decía más o menos así: “Queridos Josué y Noely, hemos conseguido un poco de dinero y lo compartimos con ustedes. Besos, Jane”. Era una nota de mi hermana. Dentro del sobre había el equivalente a unos 50 reales. Quizá pienses: “Pero ¿solo eso?” Pues sí, cuando no tienes nada, un poco puede marcar una gran

diferencia y, de hecho, lo hizo para nosotros. Fue suficiente para mantenernos hasta el día de pago. No nos faltó ni nos sobró nada. Era exactamente lo que necesitábamos.

Pero yo no le había dicho nada a mi hermana sobre nuestra necesidad. ¿Cómo se le ocurrió ayudarnos? No tengo ninguna duda de que el Dios del Cielo, que todo lo ve, tocó su corazón para que, en el momento justo, pudiera intervenir a través de ella. Fue una demostración cariñosa de que él estaba cuidando de nosotros con su providencia.

Reflexionemos sobre una historia bíblica que muestra cómo Dios actúa en nuestro favor. “Entonces Elías tisbita, de Galaad, dijo a Acab: ‘Vive el Señor Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá lluvia ni rocío en estos años sino por mi palabra’” (1 Rey. 17:1). Esta es la primera vez que Elías, el profeta, aparece en el texto bíblico. Parece que surge, aparentemente de forma repentina, ya dentro del palacio del rey Acab. Sin embargo, su historia de compromiso con la verdadera adoración comienza mucho antes de ese momento. En el libro *Profetas y reyes*, Elena de White comenta que Elías era un hombre de fe y oración. Aun en el anonimato, se sentía indignado y tenía el alma angustiada al ver cómo la idolatría se extendía y se profundizaba entre su pueblo, el pueblo de Dios. Anhelaba verlos arrepentidos y suplicaba a Dios que se manifestara, aunque fuera a través del juicio, para impedir que el paganismo llevara a la nación a la destrucción. La oración de Elías fue respondida.¹

Las palabras “Vive el Señor Dios de Israel” reflejan la experiencia de Elías con Dios. Para él, el Señor era un Dios vivo, que habla, escucha, ve, se manifiesta, se preocupa, ama y guía la vida de su pueblo. No era un dios lejano, distante, desconectado, desinteresado, silencioso. Era el Señor, el Dios vivo de Israel. ¿Cuán vivo es tu Dios?

Las siguientes palabras, “a quien sirvo”, o “en cuya presencia estoy” (RVC), demuestran lo cerca que Elías se sentía de

¹ Ver Elena de White, *Profetas y reyes* (Florida, Bs. As.: ACES, 2008), pp. 87, 88.

Dios. En todos los lugares, en todas las situaciones, se sentía en la presencia de Dios. Creo que eso marcaba toda la diferencia en el comportamiento de Elías en su vida cotidiana. ¿Hablarias de la misma manera, usando el mismo vocabulario, si hubiera constantemente un pastor –por ejemplo– en tu casa? ¿Cuál sería tu tono de voz, tus actitudes y tus reacciones con tus hijos y tu cónyuge? ¿Sería diferente? Imagina tener la presencia del Dios santo constantemente dondequiera que estés. ¿Sería una molestia o una alegría? ¿Un privilegio? Pero esa es la realidad que, por la fe, debemos experimentar: la presencia de Dios con nosotros en todo momento. La idea no es hacernos sentir incómodos, sino confiados y seguros a través de su presencia y su dirección. ¿Has desarrollado el sentido de la presencia de Dios en tu vida? ¿Te sientes en todo momento ante la “presencia” de Dios?

Con la fuerza de la presencia de Dios, Elías entró en la presencia del rey Acab, en su palacio, para entregar un mensaje de juicio divino. Dios cerraría las compuertas del cielo y no enviaría lluvia. Este mensaje también era un desafío al supuesto dios Baal, que, según la creencia, era el responsable de gobernar la naturaleza enviando lluvia y rocío.

Después de este episodio, leemos: “Y vino a Elías palabra del Señor que le dijo: ‘Vete de aquí al oriente, y escóndete en el arroyo Querit que está al este del Jordán. Beberás del arroyo, y yo he mandado a los cuervos que te den de comer’. Y él hizo conforme a la palabra del Señor; se fue y asentó junto al arroyo Querit, al este del Jordán. Los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo” (1 Rey. 17:2-6).

Elías debía “esconderse” porque Acab quería matarlo. ¿Esconderse? ¿Acaso Elías no acababa de cumplir su misión profética? Según la Teología de la Prosperidad, si obedeces, si cumples la voluntad de Dios, si eres fiel en tus diezmos y ofrendas, nada malo te sucederá: ¡adiós a las privaciones! Según esta

enseñanza, no estarás desempleado, pobre o enfermo, y tu vida siempre será tranquila. No habrá más dificultades y las comodidades materiales vendrán a ti. ¿Será así?

Según esta teología antibíblica, la lógica sería: en lugar de esconderse, el profeta debía recibir una recompensa. Quizás una semana en una playa del noreste, bebiendo agua de coco y balanceándose en una hamaca. Pero eso no fue lo que sucedió. Dios envió al profeta a un lugar inhóspito, sin comodidades, solitario, donde solo podía comer dos veces al día. Y el mismo menú sencillo –pan, carne y agua– se repetiría todos los días, durante mucho tiempo. Este relato nos muestra que, a veces, para protegernos y enseñarnos, Dios nos lleva a lugares difíciles y permite situaciones desafiantes, en las que nuestra fe será puesta a prueba hasta el límite, para que sepamos lo que hay en nuestro corazón.

Dios no quiere una fidelidad basada en el intercambio: “Señor, solo te daré ‘mi’ dinero si me das el doble o si cambias mi realidad financiera”. Dios aborrece eso. Nuestra fidelidad a Dios tiene que ver con *su* fidelidad hacia nosotros. La fidelidad es una respuesta a lo que él es para mí, más que a lo que él me *concede*.

El trato y el menú que ofrece Dios no siempre son de cinco estrellas. “Escóndete en el arroyo Querit que está al este del Jordán”. La palabra Querit deriva del verbo hebreo original *karat*, que significa “cortar, colocar en el lugar correcto”. La idea, que procede del lenguaje de la carpintería, es “encastrear”, cortar una pieza de madera para encajarla en un mueble. Cuando Elías es enviado a Querit, Dios tiene en mente disciplinarlo, capacitarlo y prepararlo para convertirlo en un siervo útil, modelado según el carácter de Dios. Dios corta y coloca en el lugar correcto. Este corte y preparación, en la mayoría de los casos, es un proceso desagradable, doloroso, difícil, pero necesario. Dios tiene sus lugares reservados como lugares de capacitación. A menudo, el silencio y la soledad forman parte

de la capacitación de Dios. Él estaba preparando a Elías para grandes desafíos.

Querit se convertiría en una escuela para Elías.

APRENDIENDO HUMILDAD

“He mandado a los cuervos que te den de comer” (1 Rey. 17:4). No debemos confundir a los cuervos con los buitres, pero ambos son aves de rapiña. Me imagino a Dios llamando a los cuervos y dándoles una orden: “Atención... todos los días, por la mañana y por la tarde, llevarán pan y carne a Elías, pero no quiero que coman esa carne, ¿entendido?” Y veo a esos cuervos, en mi imaginación, asintiendo con la cabeza en señal de acuerdo con la orden. Me sorprende pensar en el control y el poder que el Dios creador tiene sobre sus criaturas. Ellas simplemente lo obedecen y punto. ¿Recuerdan cuando Dios ordenó que los animales entraran en el arca por parejas; que las codornices volaran al desierto y sirvieran de alimento al pueblo de Israel; que el gran pez se tragase y vomitase a Jonás; y que los peces llenasen las redes de los discípulos? Nuestro Dios es grande en poder. Tenemos que aprender a obedecer como las demás criaturas de Dios.

Por otro lado, reflexiono sobre los posibles pensamientos de Elías ante los animales que Dios eligió para portar el alimento. Quizá Dios podría haber elegido un animalito más limpio, un conejito, por ejemplo. Le habría puesto una lonchera en el cuello al animalito, y asunto resuelto, pero ¿un cuervo? Creo que esta elección de Dios tenía el propósito de ayudar a Elías a trabajar su humildad; a no cuestionar la forma en que Dios eligió ofrecerle su provisión. Muchas veces, Dios permite o nos pone en situaciones de privación para bajarnos de nuestro pedestal, de nuestro orgullo. A menudo nos ofrece sus provisiones a través de personas sencillas, humildes, modestas y de maneras diferentes de nuestras expectativas. Hay personas que desaprueban esta materia de humildad cuando rechazan la

forma y el modo en que Dios les concede sus favores. Pidamos a Dios que nos guíe hacia la humildad. Esto tiene un precio, y Elías lo estaba aprendiendo en la escuela divina.

DEPENDENCIA

La otra materia que el gran Maestro quería enseñarle a Elías era la dependencia.

“Los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo” (1 Rey. 17:6).

En Querit, no había otra posibilidad de sobrevivir más que el milagro diario de Dios. No había supermercados en los alrededores, porque, si los hubiera, los estantes estarían vacíos debido a la escasez. No había panaderías ni nada por el estilo cerca. Elías dependía completamente de la disposición de Dios para enviarle el alimento diario.

Sin embargo, a las horas adecuadas, cada día, venían los “camareros” de Dios trayendo vida en forma de pan y carne. Era Dios quien proveía a las necesidades de Elías. El apóstol Pablo lo reconoce cuando dice: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y existimos” (Hech. 17:28). E Isaías afirma que el que anda en justicia “habitará en las alturas, la fortaleza de las montañas será su refugio; se le dará su pan, y su agua será segura” (Isa. 33:16). Elena de White comenta: “A cada instante somos sostenidos por el cuidado de Dios y por su poder”.²

Déjame preguntarte: ¿Quién te sostiene realmente? ¿Quién satisface tus necesidades? ¿De quién dependes para vivir? Quizá tu respuesta inmediata sea: “Vivo de mi trabajo, de mi esfuerzo. Doy mi sudor para llevar comida a casa”. En parte tienes razón, pero eso no es todo. Tenemos que considerar que, si no fuera por Dios, que te da fuerza, salud, energía, inteligencia y oportunidades, ni siquiera te levantarías por la mañana para ir a trabajar. Así que, la verdad es que nuestra vida depende de la acción inmediata, constante e ininterrumpida de Dios sobre

² Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), p. 20.

todo y sobre todos. El Señor habló a través de Moisés: “No vayas a decir en tu corazón: ‘Mi poder y la fuerza de mi brazo me han hecho ganar estas riquezas’. Más bien, acuérdate del Señor tu Dios, porque él es quien te da el poder de ganar esas riquezas” (Deut. 8:17, 18).

Aprender a depender de Dios: esa era una lección importante que Dios quería enseñarle a Elías en la escuela de Querit. Nosotros también debemos reconocer nuestra dependencia de Dios y estar agradecidos por todos sus favores y cuidados. Elena de White comenta: “Los que dejan de darse cuenta de que dependen constantemente de Dios serán vencidos por la tentación”.³ “Jesús vivió dependiendo de Dios y de su comunión con él”.⁴ Dios no puede utilizarnos para tareas más importantes sin que primero aprendamos a depender de él. Necesitamos aprender a confiar.

DE QUERIT A SAREPTA

“Pasado cierto tiempo, el arroyo se secó, porque no había llovido sobre la tierra. Entonces vino palabra del Señor a Elías: ‘Levántate, vete a Sarepta de Sidón y quédate allí. Yo he mandado allí a una viuda que te sustente’ ” (1 Rey. 17:7-9).

Dios tiene un tiempo determinado para todo. Permitted que el arroyo se secara porque quería llevar a su discípulo a otra materia, ahora con más alumnos. La capacitación de Dios prevé la preparación para relaciones de paciencia, bondad y amor. Elías debía ir a Sarepta, una ciudad situada a unos 18 kilómetros al sur de Sidón, ciudad natal de Jezabel y capital de Fenicia. Sarepta significa “horno de fundición, fundir, refinar, crisol”. Después de Querit –cortar al tamaño adecuado–, Elías debía ir al “refinamiento”. Su capacitación debía continuar allí.

Ahora piénsalo: debía salir de los límites de Israel, ir a una tierra pagana, alojarse en la casa de una viuda pobre y ser

³ Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Bs. As.: ACES, 2008), p. 345.

⁴ Elena de White, *La educación* (Florida, Bs. As.: ACES, 2009), p. 80.

mantenido por ella. En la cultura oriental, la mujer ocupaba una posición inferior a la del hombre. Ser mantenido por una mujer viuda, pobre y además pagana sería una gran humillación para cualquier hombre de aquella época y, quizás, incluso hoy también. Parece que la materia sobre la humildad debía profundizarse.

Me maravilla la disposición de Elías para obedecer lo que Dios le manda, sin murmurar ni pedir explicaciones sobre el porqué de esto o aquello. El texto revela el corazón obediente de Elías: “Entonces él se levantó y se fue a Sarepta” (1 Rey. 17:10). Cuando volvemos al versículo 5, vemos a un Elías sumiso: “Y él hizo conforme a la palabra del Señor” (1 Rey. 17:5). Necesitamos aprender de Dios la obediencia y la sumisión. “Cuando llegó a la puerta de la ciudad vio a una mujer viuda juntando leña. La llamó y le dijo: ‘Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso para que beba’. Al ir ella a traérsela, él la volvió a llamar y le dijo: ‘Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano’ ” (1 Rey. 17:10, 11).

Cuando leo estos versículos, pienso en algunos compañeros que vendían libros para estudiar. Quizá dirían algo así: “¿Podrías traerme un poco de agua, porque no he comido nada desde ayer?” Aprovecharían para decir que tenían sed y hambre al mismo tiempo. “Ella respondió: ‘Vive el Señor tu Dios que no tengo pan cocido; solamente tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en una vasija. Ahora juntaba este par de leños para prepararlo para mí y mi hijo, para comerlo y después morir’ ” (1 Rey. 17:12).

La respuesta de aquella viuda no podía ser más dramática. En aquella época de hambre y escasez, todas las provisiones que tenía eran casi nada y estaban a punto de acabarse ese mismo día. No había más esperanza para ella ni para su hijo después de aquel último pan.

Quizás Elías se echara atrás ante ese panorama de miseria y se disculpara por no saber que la situación era tan grave. Pero,

sorprendentemente, el profeta no retira su petición: “Elías le dijo: ‘No temas. Ve, haz como has dicho. Pero hazme a mí primero un panecillo cocido bajo la ceniza y tráemelo. Después harás para ti y para tu hijo. Porque el Señor, Dios de Israel, ha dicho: La harina no escaseará de la tinaja, ni el aceite de la botija, hasta que el Señor envíe lluvia sobre la tierra’ ” (1 Rey. 17:13, 14).

A primera vista, parece que Elías está siendo egoísta, mezquino, desconsiderado, y piensa solo en sí mismo, sin tener en cuenta la miseria de esa familia; pero el profeta tenía una palabra de consuelo para esa mujer consumida. “¡No temas, hija! Hay otro camino, otra manera de resolver las cosas que tú no ves”. Esa manera es entregarlo todo, sin reservas, en manos de Dios; es la obediencia basada en la fe; es la creencia de que Dios hará lo que está prometiendo. ¡Solo confía!

Esta palabra también nos llega a nosotros. Estamos llamados a vivir por la fe, como leemos en Habacuc 2:4: “El justo vivirá por su fe”. Necesitamos ejercer nuestra fe en cada palabra que sale de la boca de Dios. Confiar en que él está trabajando por nosotros, aunque no veamos ni sintamos ninguna evidencia de su actuación. Lo que él ha dicho se cumplirá. Él está sentado en su trono, en su santo templo, dirigiendo todas las cosas. Él está atento a cada movimiento, a todo lo que los hombres hacen y piensan en la Tierra. Nada escapa a sus ojos, a sus evaluaciones, a su juicio y a su amor. Cree que Dios es capaz de hacer cualquier cosa, incluso lo que es imposible a los ojos humanos. Por extraño que parezca, Dios siempre tiene su propia manera de hacer las cosas, y todo lo que él hace no tiene retrasos ni demoras. Tenemos que aprender a esperar y confiar.

En este episodio, podemos observar el principio de “Dios primero”, que Jesús mencionó mucho tiempo después: “Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mat. 6:33). Esto significa dar prioridad a Dios en todo en la vida. Dios primero en nuestro tiempo,

en nuestro día: buscar la presencia de Dios apenas nos despertamos. Primero Dios en nuestra familia y en todas las decisiones relacionadas con la vida familiar. Primero Dios en la salud: vivir según la orientación divina para el cuidado de nuestro cuerpo (beber agua, respirar adecuadamente, comer de forma saludable, hacer ejercicio físico con regularidad, descansar correctamente, exponerse al sol todos los días, abstenerse de lo que es perjudicial y tener moderación, o equilibrio, en todas las cosas). Primero Dios en nuestras finanzas: apartar fielmente el diezmo y las ofrendas al Señor.

Algunos defienden la idea de que el diezmo y las ofrendas solo deben ser entregados por aquellos que tienen más recursos. Ven con extrañeza la orden divina de fidelidad para aquellos que apenas tienen lo suficiente para vivir. Sin embargo, es importante recordar que los mandamientos de Dios son siempre fuente de bendiciones, nunca conducen a la ruina o al retroceso. Por eso, incluso aquellos que ganan muy poco están llamados a poner a Dios en primer lugar, confiando en el cumplimiento de sus promesas a aquellos que le son fieles en lo poco. Como dijo el Señor: “¡Bien, siervo bueno y fiel! Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor” (Mat. 25:21). Dios espera que confiemos en él en lo poco y en lo mucho, y que seamos obedientes, porque la obediencia prepara el camino para la bendición.

La presencia de Elías en ese lugar representa la propia presencia de Dios visitando a esa viuda. Elías llegó “en el mismo día en que la viuda temía verse obligada a renunciar a la lucha para sustentar su vida”.⁵ ¿Fue una coincidencia? Por supuesto que no. Fue providencia, un gesto de cariño de Dios. Fue el cuidado de Dios por sus hijos. Dios conoce las circunstancias, la falta de recursos, la situación desafiante de cada persona, y trabaja para que la falta de esperanza sea reemplazada por la esperanza, para que la suficiencia tome el lugar de la miseria

⁵ White, *Profetas y reyes*, p. 94.

y la provisión acabe con la privación. Dios obra incansablemente a través de personas, circunstancias, organizaciones y ángeles para llegar al necesitado y reavivar en él la llama de la esperanza.

“Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comió él, ella y su casa durante muchos días. Y la harina no se acabó de la tinaja, ni el aceite de la botija, conforme a la palabra del Señor dicha por Elías” (1 Rey. 17:15, 16).

Esa mujer creyó y actuó de acuerdo con su fe. La acción es un reflejo de la verdadera creencia. Hacer es consecuencia de creer verdaderamente. Santiago dice: “La fe está muerta si no tiene obras” (Sant. 2:26, RVC). La fe fue recompensada con el milagro, la acción de Dios. La harina no se acabó y el aceite no faltó durante muchos días. Cuando Dios llega, trae esperanza, provisión y posibilidades.

¿Cómo se multiplicaron la harina y el aceite durante muchos días? No lo sabemos. Solo sabemos que el mismo fenómeno ocurrió cuando el agua se convirtió en vino (ver Juan 2:9) y cuando los panes y los peces se multiplicaron en las manos de Jesús (Mat. 15:36). Esta fue otra manifestación del poder infinito de Dios en favor de los seres humanos. ¡Él puede todo!

DIOS SIEMPRE ACTÚA

Era época de vacaciones y salimos a vender libros para pagar el seminario. Fuimos a la ciudad de Araxá, en Minas Gerais. Normalmente, cuando llegábamos a una ciudad, el primer lugar que buscábamos para alojarnos era la iglesia. Éramos tres amigos: João Veiga, Marcelo Vallado y yo. Cuando llegamos a la dirección, vimos que la iglesia estaba en construcción. Solo tenía el techo. No tenía ventanas ni puertas, ni salas de apoyo, donde normalmente nos quedábamos. A pesar de eso, los hermanos ya se estaban reuniendo allí, de manera precaria.

Como era domingo por la tarde, esperamos a que los hermanos llegaran para el culto de la noche. Participamos en el culto,

nos presentamos como seminaristas del IAE (hoy UNASP-SP) y nos quedamos allí. Al final, la gente pasó por donde estábamos, nos deseó éxito y, uno por uno, se fueron marchando. Sin embargo, una señora se acercó a nosotros y, de manera muy objetiva, casi afirmando, nos preguntó: “No tienen dónde quedarse, ¿verdad?” “No”, respondimos. “¿Quieren quedarse con nosotros?” “Sí, queremos”. Así que, acompañamos a la hermana Luzia y a su hijo pequeño, Elías, hasta donde vivían. Cuando llegamos al lugar, era una casa en construcción, estaba oscuro y, en lugar de entrar por la puerta principal, giró a la derecha y luego bajó por un pasillo a la izquierda y, al final, volvió a girar a la izquierda. ¡Llegamos! Abrió la puerta del sótano de esa casa en construcción. Encendió la luz y dijo: “Aquí es donde vivimos”. Era una habitación donde había dos camas, una estufa y algunas cajas. Allí era donde los tres compartiríamos espacio con la hermana Luzia y su hijo. Rápidamente conseguimos una cuerda para dividir la habitación con una sábana y quedaron dos espacios, uno para ellos y otro para nosotros. Extendimos nuestros “cómodos” colchones y dormimos agradecidos a Dios por habernos proporcionado un refugio.

Al día siguiente, al levantarnos, nos dimos cuenta de que no había nada para desayunar. Fuimos a la panadería y compramos pan y leche para nosotros y para ellos. Salimos a trabajar y, a la hora del almuerzo, volvimos a casa y tampoco había comida. Fuimos al mercado y compramos comida, que la hermana Luzia preparó para nosotros y para ellos. Y esto sucedió durante los quince días que estuvimos con ellos. Cuando llegó el día de partir, agradecemos la hospitalidad, la bondad y la generosidad de esa querida hermana en Cristo, le dimos un gran abrazo y continuamos nuestro viaje estudiantil.

Unos años más tarde, cuando ya estaba en los Arautos do Rey, fuimos a cantar a la ciudad de Uberaba, Minas Gerais. Cientos de personas asistieron a la presentación, que fue en una plaza pública. Cuando estás en un escenario, puedes observar

a los que están allí, cómo reaccionan, y se acaba produciendo un contacto muy bueno con la gente. En uno de esos momentos, identifiqué un rostro familiar, pero no logré distinguirlo de inmediato. Sin embargo, nuestro cerebro es extraordinario. Esa fisonomía comenzó a buscarse en los archivos de la memoria y no tardó mucho en aparecer el resultado. Era la hermana Luzia, de Araxá. Me alegré mucho de poder verla en ese lugar.

Una vez terminado el programa, cogí unos discos de vinilo del cuarteto, hice una dedicatoria, pedí a mis amigos que los firmaran y fui a buscar a la hermana Luzia. No tardé mucho en encontrarla entre toda esa gente querida. Me detuve frente a ella, me miró y me preguntó: “¿Te acuerdas de mí?” Tardé unos segundos en responder, para crear suspense, y le dije: “¿Cómo podría olvidar a alguien que nos acogió, nos recibió y fue tan generosa en un momento de tanta necesidad?” Ella esbozó una sonrisa; entonces nos abrazamos, conversamos y nos pusimos al día sobre nuestras vidas. Les conté a las personas que estaban con ella la historia de cómo nos había recibido en Araxá. Cuando le entregué los discos, se mostró muy agradecida y dijo que estaba deseando tener esos lanzamientos. Seguimos nuestros caminos y no volví a encontrar a la hermana Luzia.

Después, me detuve a reflexionar sobre lo que había sucedido allí en Araxá, en 1981. Dios miró a esos tres estudiantes que necesitaban refugio y, al mismo tiempo, miró a una mujer pobre que necesitaba comida para ella y su hijo. ¿Qué hizo él? Promovió un encuentro. Tocó el corazón de esa mujer para que, generosamente, abriera las puertas de su refugio temporal, y nos encargó que le proporcionáramos comida. Dios actuó para que todos fueran bendecidos. El Señor nos ayudó y, al mismo tiempo, cuidó de la hermana Luzia y de su hijo Elías. Esto sucedió con Felipe y el eunuco, con el centurión Cornelio y Pedro, y con Elías y la viuda de Sarepta. Las bendiciones divinas caen sobre el donante tanto como sobre el receptor.

¡Qué Dios maravilloso tenemos, que se toma el tiempo para “cortarnos a la medida”, para “refinarnos” para el servicio y prepararnos para la vida eterna! En su escuela, él tiene muchas lecciones que enseñarnos. Debemos estar dispuestos a aceptar la manera en que él nos instruye, capacita y educa. Tenemos que aprender a depender de él, a ejercer nuestra humildad ante él y a desarrollar nuestra obediencia a su Palabra. En el método divino de enseñanza, la materia que genera perseverancia es la tribulación. “Y no solo esto, sino que nos alegramos aun en las tribulaciones, al saber que la tribulación produce paciencia; y la paciencia produce un carácter probado; y el carácter alienta esperanza” (Rom. 5:3, 4).

Me emociono cuando pienso en la manera tan cariñosa, atenta y necesaria en que Dios actuó en esta historia de Elías y en tantas otras ocasiones, solo para confirmar que él es un Dios que cuida, provee, dirige, disciplina y enseña con sus providencias aparentemente “extrañas” y “personalizadas”, pero muy eficaces y fructíferas.

Reflexiona sobre la letra de esta canción:

*Pienso en mi Dios,
en el cuidado que él tiene,
siempre protegiéndome,
cuidando de mi vida.
Puedo descansar;
sé que nada me faltará.
Él cuida bien de mí,
porque es mi Papá.*

*Mientras esté con Dios,
estoy seguro;
si me entrego a él,
Estoy seguro.*

*A veces ni siquiera sé
qué hacer en el momento.
Entonces busco a Dios
en un momento de oración;
Siento que una vez más
el sol brilla para mí.
Él me responde así,
porque es mi Padre.*⁶

⁶ Cleiton Schaefer (edición) "Seguro Estou", *Quarteto Ministry*, CD Esperança e Poder (Tatuí, SP: MusiCasa, 2000).

9

Sumisos

Por amor a ÉL

La joven tenía unos 21 años, pero aparentaba ser mucho mayor. Su mirada era la de una persona cansada y desilusionada. Su cuerpo delgado y abatido desprendía el fuerte olor de quien fuma mucho. Una vez, se acercó a mí y me dijo: “No sé qué hacer con mi vida. No logro salir del agujero en el que me he metido”. Luego me contó que, cuando tenía 14 años, se “hartó” de las órdenes de sus padres, de las reglas de la iglesia y empezó a hacer todo lo contrario de lo que había aprendido. Comenzó a fumar, beber, consumir drogas, tener relaciones inapropiadas y, así, se fue hundiendo en el mundo de los vicios y la infelicidad. Tenía una aventura con un hombre casado y no podía liberarse de esa relación. Cuando intentaba romper con él, él se presentaba frente a la casa donde vivían sus padres para montar un escándalo público. Las cadenas del pecado atrapaban a esa joven de tal manera que no era capaz de liberarse.

Le aconsejé que buscara el poder liberador del Señor, que buscara el apoyo de sus padres y de psicoterapeutas. Sin embargo, su trayectoria demostró que no logró escapar de las consecuencias de su desviación. Siguió teniendo una vida miserable, regida por los vicios, marcada por la debilidad. ¡Qué lástima! Su vida podría haber sido muy diferente.

En realidad, el pecado te lleva más lejos de lo que te gustaría ir, te retiene más tiempo del que te gustaría quedarte y te cobra un precio más alto del que te gustaría pagar.

UNA HISTORIA PARA PENSAR

Israel había esperado cuarenta años para entrar en la Tierra Prometida. Había llegado el momento. Josué, el sucesor de Moisés, lideraría al pueblo en la conquista de Canaán. La posesión de la tierra se lograría por medio de conquistas.

Dios le dio a Josué la tarea de guiar al pueblo e hizo un milagro similar al que había hecho cuando Israel salió de Egipto, al abrir el Mar Rojo para que el pueblo lo cruzara. Esta vez fue el río Jordán, que se desbordaba por sus riberas. Cuando los sacerdotes que llevaban el Arca tocaron con los pies las orillas del río, las aguas que venían de arriba se detuvieron y se levantaron en un montón, “Los sacerdotes que llevaban el arca del pacto del Señor quedaron en seco, firmes en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo acabó de pasar el Jordán” (Jos. 3:17).

Se levantó una columna de doce piedras, sacadas del Jordán, como recuerdo de aquel gran hecho del Señor por su pueblo. Hubo consagración de vida, circuncisión, celebración de la Pascua, y Dios se apareció a Josué con instrucciones sobre cómo debía ser la conquista de Jericó, la primera y más fortificada ciudad de Canaán.

La orden era que los guerreros rodeasen la ciudad una vez al día, durante seis días, y que siete sacerdotes con trompetas tocasen delante del Arca, que iría en medio de ellos. El séptimo día, debían rodear la ciudad siete veces, y entonces gritarían, y los muros de la ciudad caerían.

¿Se sorprendió Josué por la estrategia para tomar la ciudad? ¿Cómo habrán reaccionado los líderes? ¿Y el pueblo? ¿Lo creyeron? ¿Se burlaron de la situación?

Dios es muy original en todo lo que hace. Su estrategia para conquistar la fortificada Jericó era precisamente para que no

hubiera ninguna duda de que era él quien, de manera inusual, provocaría la caída de Jericó. Nadie debía jactarse de ello. Toda la gloria era suya.

Dios también dio instrucciones al pueblo de que no debían tomar ningún bien. Mucho menos debían quedarse con nada que perteneciera a la ciudad, porque estaba bajo condenación. Todo debía ser destruido, excepto Rahab y su familia. “Guárdense de las cosas condenadas, no toquen ni tomen cosa alguna de ellas, para no traer destrucción sobre ustedes y turbar el campamento de Israel. Pero toda la plata, el oro, los objetos de bronce y de hierro serán consagrados al Señor. Ingresarán al tesoro del Señor” (Jos. 6:18, 19).

Las órdenes de Dios eran muy claras. Había cosas *condenadas*, en hebreo *cherem*, que significa “maldición”, “cosas prohibidas”, “cosas dedicadas a la destrucción”. También había cosas *consagradas* –en hebreo, *qodesh*, que representa “cosa consagrada”, “dedicada”, “regalos dedicados”, “porción sagrada”, “regalos sagrados”, “cosas que son muy sagradas”.¹ Dios dejó claro al pueblo de Israel que ciertas cosas eran condenadas y otras eran consagradas, y que nadie debía apropiarse de ellas.

Esa ciudad y todo lo que había en ella debía ser consagrado al Señor como *primicia*, la primera de las demás conquistas. Aquí vemos el principio de “Primero Dios”, que debía guiar la vida del pueblo de Dios en todo momento y en todo lo que hicieran.

En las palabras de Elena de White: “La victoria y la gloria pertenecían al Señor, y *los despojos eran suyos*”.² “Por el poder de su palabra, Dios había derrocado esa fortaleza; la conquista

¹ R. L. Thomas, *New American Standard Exhaustive Concordance of the Bible/Hebrew-Aramaic and Greek Dictionaries* (Anaheim, CA: Foundation Publications; Mineápolis, MN: Augsburg, 1998).

² Elena de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 2004), t. 3, p. 297 (énfasis añadido).

era suya, y sólo a él debía dedicarse *la ciudad con todo lo que contenía*".³

"Dios fue muy exigente en cuanto a Jericó, *no fuera que el pueblo se encantara* con las cosas que los habitantes habían adorado y sus corazones *se apartaran de Dios*".⁴

Fue una conquista increíble. Los estudios arqueológicos de las ruinas de Jericó muestran que los muros fueron derribados desde adentro hacia afuera, y no desde afuera hacia adentro, como sería lógico. Esto demuestra que las murallas no fueron derribadas por la acción de invasores. Por lo tanto, como los propios habitantes de Jericó no habrían derribado las murallas para permitir la entrada del enemigo, queda implícito que fue la poderosa mano de Dios, por medio de los ángeles, la que hizo que las murallas cayeran. ¡Nuestro gran Dios puede hacer todas las cosas!

La Biblia no lo relata, pero debió haber habido mucha alabanza y gratitud por la conquista de Jericó. Imagino que la alegría y la euforia se apoderaron de los líderes y del pueblo al cumplirse la promesa de Dios.

Y así se dirigieron a la siguiente conquista: la ciudad de Hai, que se encontraba a unos treinta kilómetros de Jericó. Josué, el líder del pueblo, envió espías para observar la ciudad. Regresaron con un informe que decía que "los enemigos eran pocos", dando a entender que sería algo bastante tranquilo. Entonces, Josué solamente envió a tres mil hombres a la batalla. Pero, inesperadamente, los hombres de Israel "huyeron ante los de Hai. Los de Hai hirieron a unos treinta y seis hombres; y los siguieron desde la puerta hasta Sebarim y los derrotaron en la bajada. Y el corazón del pueblo se disolvió como el agua" (Jos. 7:4, 5).

¿Te imaginas algo así? ¡Venían de una victoria tan notable frente a una fortaleza y luego salieron perseguidos por un pueblo mucho más débil! ¿Qué habrá pasado? Aquí hay una lección

³ Elena de White, *Patriarcas y profetas* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), p. 529 (énfasis añadido).

⁴ White, *Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 292 (énfasis añadido).

para todos nosotros: a veces, ante grandes desafíos, buscamos a Dios, clamamos por sabiduría y él nos da la victoria. Sin embargo, en muchas ocasiones en las que los problemas son menores, dejamos al Señor de lado para actuar según nuestra propia sabiduría, y terminamos saliendo mal parados. Por eso es importante que siempre consultemos a Dios en las cosas grandes y las pequeñas que nos interesan.

El capítulo 7 del libro de Josué nos revela que el líder del pueblo “rasgó su vestido y se postró en tierra sobre su rostro ante el arca del Señor hasta la tarde, él y los ancianos de Israel; y echaron polvo sobre sus cabezas” (Jos. 7:6). Esta derrota fue una gran decepción y, al mismo tiempo, emblemática, porque marcaba la continuidad o no de la bendición de Dios sobre el futuro de Israel. ¿Qué había detrás de esta derrota? El Señor se lo explicó a Josué: “Israel ha pecado. Han quebrado mi pacto que les había mandado. Han tomado de las cosas condenadas, han hurtado, han mentido y aun las han escondido entre sus enseres. Por eso los israelitas no podrán enfrentar a sus enemigos, sino que ante ellos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser condenados. Ni estaré más con ustedes si no destruyen de su medio las cosas robadas” (Jos. 7:11, 12).

Alguien había tomado lo que estaba *condenado* y se había apoderado de lo que estaba *consagrado*. Alguien había roto el trato y desobedecido la orden del Señor. Por eso, “no podrán enfrentar a sus enemigos; [...] Ni estaré más con ustedes”. El pecado estaba impidiendo la bendición prometida. Dios quería que esto se resolviera. El pecado debía ser eliminado de entre el pueblo.

La instrucción de Dios era que Josué santificara al pueblo para lo que iba a suceder a continuación. Imagino que, con ello, el Señor quería impresionar a todo el pueblo, pero sobre todo al culpable, sobre la gravedad del asunto. Dios da una seria advertencia: “Y el que sea encontrado con cosas condenadas será quemado él y todo lo que tiene, por cuanto quebrantó el pacto

del Señor y cometió locura en Israel” (Jos. 7:15). Dios lo explicó todo antes para que no hubiera sorpresas.

Según las indicaciones del Señor, el culpable debía ser descubierto mediante un proceso de sorteo, que debía durar al menos cuatro días. Un día se sortearía la tribu; al siguiente, la familia; al siguiente, la casa; y por último, el hombre. El proceso sería más lento debido al tiempo necesario para que todos se enteraran del resultado del sorteo.

Me imagino la tensión del pueblo. ¿Quién será? ¿Dónde estará el culpable? Entonces comenzó el sorteo. Josué escribió en pequeños trozos de papel el nombre de cada una de las doce tribus de Israel. Los dobló, los puso dentro de un recipiente y sacó un papelito. En él estaba el nombre de la tribu de Judá. Entonces salieron los mensajeros para revelar al pueblo la tribu sorteada. Piensa en el alivio de las once tribus eximidas. Pero ¿y la tribu de Judá? ¿Cuál sería el sentimiento allí? Al día siguiente, se escribieron en los papeles los nombres de todas las familias de la tribu de Judá, y la elegida fue la familia de los zeraítas.

Una vez más, los mensajeros salieron a anunciar a la tribu de Judá sobre quién había caído la suerte de las familias. El cerco se estaba cerrando. Al día siguiente, echaron suertes para descubrir a qué casa pertenecía el transgresor. El nombre de la casa elegida fue el de Zabdi. El siguiente paso sería revelar la identidad de la persona. Me quedo pensando que, si yo fuera el causante, no esperaría al siguiente sorteo. ¿Pensó que era pura coincidencia que la suerte recayera sobre la tribu de Judá, la familia de los zeraítas y la casa de Zabdi, a la que él pertenecía? Por supuesto que no era una coincidencia. Dios estaba dirigiendo el sorteo. Sin duda, él sería el indicado la próxima vez que se realizara el sorteo. Pero ¿por qué no se manifestó? ¿Por qué no confesó su pecado? Había visto que, por su pecado, habían muerto 36 hombres, lo que había causado un gran dolor a sus familias y al pueblo. Vio la aflicción de Josué y de

los ancianos. Sabía que Israel se había debilitado por su culpa, pero, aun así, no se conmovió.

Esta extraña actitud de insensibilidad, de adormecimiento, nos lleva a pensar cómo el pecado es capaz de cegar a las personas y anestesiar a quienes están bajo su poder. Cualquier persona con un mínimo de discernimiento sabría que el culpable sería descubierto en el siguiente sorteo. Pero él permaneció indiferente.

¿Acaso Dios no sabía quién era el culpable? ¿Necesitaba un sorteo para descubrir al pecador? Por supuesto que no. Era una estrategia del amor divino para dar tiempo al transgresor a reconocer su error, confesar su pecado, ser perdonado y dejar que Dios enseñara una gran lección de perdón a Israel. Su confesión habría puesto de manifiesto la justicia de Dios ante Israel. Sin embargo, él rechazó la gracia.

En el cuarto día del sorteo, entre los nombres de la casa de Zabdi, el elegido fue Acán. “Sepan que su pecado los alcanzará” (Núm. 32:23). En ese día también se cumplió la palabra profética: Acán fue señalado por el dedo de Dios. Inmediatamente, Josué mandó llamar al acusado: “Entonces Josué dijo a Acán: ‘Hijo mío, da gloria al Señor, el Dios de Israel. Tribútale alabanza y declárame, te ruego, qué has hecho. No lo encubras’”. Acán respondió a Josué: “ ‘Es verdad, he pecado contra el Señor Dios de Israel. Esto es lo que hice: vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, doscientos siclos (2,3 kg) de plata y un lingote de oro de cincuenta siclos (570 g), que codicié y tomé. Y los escondí bajo tierra en medio de mi tienda, y la plata debajo’ ” (Jos. 7:19-21).

Podemos notar algunos detalles entre líneas en esta conversación entre Josué y Acán. El primero es que Josué le dice a Acán que dé gloria y alabanza a Dios. ¿Cuál sería el motivo para ello? Parece un poco fuera de contexto, pero este imperativo de Josué, “da gloria al Señor”, se debe a que había quedado muy claro que Dios había sido *justo* con él. “Da gloria al Señor”,

Acán, porque él te dio una *oportunidad*, porque *esperó* tu arrepentimiento, por la forma misericordiosa en que te trató. Dios había hecho todo lo posible por rescatarlo, pero Acán no quiso.

El segundo detalle que se encuentra entre líneas tiene que ver con la seducción que el pecado aún ejercía sobre él. Esto queda claro cuando afirma: “Vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno”. Él califica como bueno uno de los objetos que causaron su ruina. ¿Algo que me destruye puede ser bueno? Lo normal sería que se refiriera al manto como “esa desgracia”, “esa perdición”. Sin embargo, así es la seducción del pecado: nos aferramos a él aun sabiendo que nos ha llevado o nos llevará a la destrucción. ¡Qué esclavitud!

El tercer mensaje entre líneas nos muestra que el pecado no puede cumplir lo que promete. Acán reveló: el “manto babilónico [era] muy bueno, doscientos siclos (2,3 kg) de plata y un lingote de oro de cincuenta siclos (570 g), que codicié y tomé. Y los escondí bajo tierra en medio de mi tienda, y la plata debajo”. Todo lo que robó estaba escondido. No podía disfrutar nada de lo que había tomado. ¿Qué sentido tiene robar algo que no se puede usar, vender, o de lo que no se puede beneficiar? Desafortunadamente, eso es lo que ocurre con las promesas vacías del pecado, el engaño y la mentira. Las personas tienen que esconderse, hacer mil malabarismos para ocultar el mal y luchar para que nadie lo descubra. ¡Qué locura! Pero el pecado es inexplicable, seductor y peligroso. Tenemos que huir de él. “Entonces Josué y todo Israel tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto y el lingote de oro, sus hijos e hijas, sus bueyes, asnos y ovejas, su tienda y todo lo que tenía, y los llevaron al valle de Acor. Y dijo Josué: ‘¿Por qué nos turbaste? Túrbete el Señor en este día’ ”. Y todos los israelitas los apedrearon y quemaron” (Jos. 7:24, 25).

Ten en cuenta que Acán no era pobre, no había ninguna razón que pudiera “justificar” su robo por necesidad. Tenía

bueyes, asnos, ovejas y otras pertenencias. Una vez más, no encontramos explicaciones para su pecado.

Otro punto que debemos comentar es el hecho de que su familia, su esposa, sus hijas y sus hijos compartieron el mismo destino que él. ¿Estaría Dios contradiciendo su propia palabra? Después de todo, siglos después él declaró: “El alma que peque, esa morirá. El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo. La justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él” (Eze. 18:20). Dios nunca se contradice. Elena de White comenta que “todos estaban implicados en la transgresión”.⁵ Toda la familia estuvo de acuerdo con lo que hizo Acán y recibió el mismo trato. Esto nos muestra la responsabilidad individual que tiene cada miembro de la familia de hacer lo correcto, denunciar lo que está mal y actuar de acuerdo con la voluntad expresa del Señor.

“No escuchamos a Acán disculparse por el mal que había causado a otros, arrepintiéndose de haber robado a Dios, ni siquiera suplicando que su familia fuera perdonada de compartir su culpa. Cuando nos aferramos al pecado, perdemos toda perspectiva, cegados por la realidad mortal, con la razón dominada por las promesas de la serpiente [...]. No logramos oír la risita malvada de la serpiente, a la espera del momento en que nos demos cuenta de que todo era una mentira y que nunca podremos disfrutar de una ganancia mal adquirida. Ella [la lujosa capa babilónica] debe permanecer enterrada para siempre, fuera de la vista, en el agujero mohoso de la desesperación, donde sus hermosos colores se desvanecerán y su rico tejido se romperá.”⁶

Debemos recordar que el pecado de Acán se cometió *desafiando* las advertencias más directas y solemnes y las *manifestaciones más grandiosas del poder de Dios*.

⁵ Elena de White, *Conducción del niño* (Florida, Bs. As.: ACES, 2014), p. 220.

⁶ Jeannette Busby Johnson, “Verdade ou Consequências?”, en: Carolyn Rathbun Sutton y Ardis Dick Stenbakken (compiladoras) *Viviendo Seu Amor, Meditação da Mulher* — 2017 (Tatuí, SP: Casa Publicadora Brasileira, 2016), 1º de junio, p. 160.

“Acán había fomentado la *codicia* y el *engaño* en el corazón, hasta que su percepción del pecado había llegado a embotarse y cayó como fácil presa de la tentación. [...] *Las advertencias tuvieron menos y menos efecto sobre él, hasta que su alma quedó atada con cadenas de oscuridad.* [...] Por un manto babilónico y un vil tesoro de oro y plata, Acán consintió en *venderse al mal*, en traer sobre su alma la maldición de Dios, en renunciar a su título a una rica posesión en Canaán, y perder toda perspectiva de la futura herencia inmortal en la tierra renovada. ¡*Ciertamente pagó un precio terrible* por su ganancia mal habida!”⁷

Hay algo en esta historia que intriga a mucha gente. ¿Por qué el pecado de un solo hombre trajo desgracia sobre todo Israel? Elena de White comenta: “El pecado de Acán atrajo el desastre sobre toda la nación. Por el pecado de un hombre, el desagrado de Dios descansará sobre toda su iglesia hasta que la transgresión sea buscada, descubierta y eliminada”.⁸ Más que un pueblo, eran una comunidad de fe. La actitud de Acán abrió una brecha para que actuara el mal y el ejército espiritual se debilitó. Por esa brecha, la bendición salió y la maldición entró. Donde sale la luz, penetra la oscuridad. ¿Qué más podemos aprender de esta historia tan dramática? ¿Qué aplicaciones tiene para nuestra vida cotidiana?

Nos dirigimos hacia la verdadera Tierra Prometida y necesitamos ganar pueblos y personas para Jesús. Satanás hará todo lo posible por desviarnos de nuestra misión de revelar a Cristo al mundo. Quiere impedir que la iglesia triunfe y que nos perdamos individualmente. Quiere destruirnos y hacer que manchemos el nombre de Dios.

Dios nos advierte que no toquemos las cosas *condenadas*, porque están prohibidas, están destinadas a la destrucción, porque impiden la presencia de Dios entre nosotros y nos

⁷ Elena de White, en Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (Florida, Bs. As: ACES, 2002), t. 7, p. 991 (énfasis añadido).

⁸ White, *Patriarcas y profetas*, p. 531.

debilitan frente a nuestro enemigo. En 2 Corintios 6:17, Dios habla a través del apóstol Pablo: “Por lo cual, salgan de en medio de ellos, y apártense, dice el Señor. *No toquen lo impuro*, y yo los recibiré”. ¿Sobre qué nos está advirtiendo Dios? No toquen nada relacionado con la inmoralidad, ya sea en la televisión, en sitios web, en redes sociales, en conversaciones, en miradas o en acciones. No toquen nada que tenga que ver con la mentira, la deshonestidad, la maldad, la violencia, el espiritismo, el enriquecimiento ilícito o la codicia. No toquen nada condenado, no frecuenten lugares inapropiados y no se dejen llevar por el vicio. El pecado es sutil, engañoso y seductor.

Dios nos aconseja llevar una vida santa. “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, piensen en eso” (Fil. 4:8).

También se nos advierte que no debemos tocar las cosas *consagradas*. ¿Cuáles son las cosas sagradas que menciona la Biblia?

El sábado se denomina día santo en varios textos de la Biblia, como, por ejemplo, en Isaías: “Si retiras tu pie de pisotear el sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo, y si al sábado llamas delicia, santo, glorioso del Señor, y lo veneras, no siguiendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando palabras vanas, entonces te deleitarás en el Señor, yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te sustentaré con la herencia de Jacob tu padre. La boca del Señor lo ha dicho” (Isa. 58:13, 14).

Dios nos enseña a no tocar nada en el santo sábado, porque ese tiempo le pertenece a él. Cuando nos ocupamos de nuestros propios intereses, cuando hacemos nuestra voluntad, cuando pronunciamos nuestras propias palabras en el santo sábado del Señor, estamos tocando algo sagrado.

La Biblia dice: “¿No saben que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo

de Dios, será destruido por el Señor; porque ese templo es santo. Y ese templo son ustedes” (1 Cor. 3:16, 17).

“¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en ustedes, que tienen de Dios, y que no son sus propios dueños? Porque han sido comprados por precio; por tanto, glorifiquen a Dios en su cuerpo y en su espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:19, 20).

Nuestro cuerpo es santo. Es la morada del Espíritu de Dios y debe ser utilizado para fines sagrados. Cada vez que no cuidamos nuestra salud o utilizamos nuestro cuerpo de manera impura, estamos profanando algo sagrado.

Las Sagradas Escrituras también nos dicen que el diezmo es santo. “Todo el diezmo de la tierra, así de las semillas de la tierra como del fruto de los árboles, es del Señor. Es cosa sagrada del Señor” (Lev. 27:30).

Cada vez que utilizamos el recurso del diezmo, ya sea para gastos personales o para cualquier otro fin que no sea el designado por Dios para el mantenimiento de la predicación del evangelio por parte de sus ministros, estamos tocando lo que es sagrado. “Este robo perpetrado contra Dios, practicado tanto por ricos como por pobres, *ha llevado oscuridad a las iglesias*”.⁹

Las ofrendas se denominan santísimas en el Antiguo Testamento. “Esto será tuyo de las ofrendas santas reservadas del fuego: Toda ofrenda de ellos, todo presente, toda expiación por el pecado y toda expiación por la culpa, que me han de presentar, será cosa muy santa para ti y para tus hijos” (Núm. 18:9).

Cuando no ofrecemos en proporción a la bendición que el Señor nos ha dado, y utilizamos ese dinero para nuestro beneficio, también estamos tocando algo sagrado.

Estos elementos sagrados forman parte de nuestra vida cotidiana. La santificación del sábado, el cuidado del cuerpo y la fidelidad en los diezmos y ofrendas son sagrados y debemos

⁹ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), pp. 89, 90 (énfasis añadido).

tratarlos desde una perspectiva divina. Corremos el peligro de *no tener en cuenta la seriedad de las advertencias de Dios* con respecto a estas cosas sagradas.

“Cuando Acán robó el lingote de oro y el manto babilónico, también *pensó que era una nimiedad*. [...] Lo que Acán estimó como cosa muy pequeña fue causa de gran angustia y pesar para los hombres responsables de Israel.”¹⁰

“A cambio de un buen manto babilónico, muchos sacrifican la aprobación de la conciencia y su esperanza del Cielo. Muchos truecan su integridad y su capacidad para ser útiles por un saco de monedas de plata”.¹¹ No subestimes las orientaciones de Dios. No juegues con las cosas de Dios. “Nuestro Dios es un Dios celoso. Es algo terrible jugar con él”.¹²

No juegues con el Diablo. Él no juega contigo. Él no te ama. Él no te respeta. Él no se preocupa por ti. Él no quiere tu bien. Él quiere ver tu ruina, tu perdición y tu destrucción. Si, por casualidad, has sido un Acán en tu familia, en tu hogar o en tu iglesia, engañado por la seducción del pecado, escucha este consejo: “Con humillación y con escudriñamiento de corazón, procure cada uno descubrir los pecados ocultos que vedan la presencia de Dios”.¹³

Pídele entonces a Dios: “Dios, examíname, y conoce mi corazón; pruébame, y reconoce mis pensamientos. Mira si voy en mal camino, y guíame por el camino eterno” (Sal. 139:23, 24).

Acuérdate: “El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Prov. 28:13). “Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de todo mal” (1 Juan. 1:9).

¹⁰ Elena de White, *El Cristo triunfante* (Doral, Florida: Asociación Publicadora Interamericana, 1999), p. 139 (énfasis añadido).

¹¹ White, *Patriarcas y profetas*, p. 531.

¹² Elena de White, *Joyas de los testimonios* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015). t. 1, p. 43.

¹³ White, *Patriarcas y profetas*, p. 532.

“Si tienen pecados que confesar, no pierdan tiempo. Estos momentos son de oro”.¹⁴

SOLO HABÍA QUE ESPERAR

Cuando avanzamos al capítulo ocho del libro de Josué, después de resolver el problema del pecado de Acán, leemos: “El Señor dijo a Josué: ‘No temas ni desmayes. Toma contigo toda la gente de guerra, levántate y sube a Hai. Yo entrego en tu mano al rey de Hai y a su pueblo, su ciudad y su tierra. Harás a Hai y a su rey como hiciste a Jericó y a su rey; pero tomarán para ustedes sus despojos y su ganado. Pon una emboscada detrás de la ciudad’ ” (Jos. 8:1, 2).

Si Acán hubiera esperado un poco más en obediencia, no habría sido destruido por su codicia.

Vale la pena obedecer y esperar en el Señor. No toques las cosas condenadas ni las cosas consagradas. Mantente alejado del pecado. Camina en la presencia de Dios con la cabeza en alto, sin culpa ni peso en la conciencia. Dios garantiza que su presencia te hará vencer a tus enemigos. Disfruta de esa certeza.

¹⁴ Elena de White, *Mensajes selectos* (Florida, Bs. As.: ACES, 2015), t. 3, p. 178.

10

Todo Por amor a ÉL

Cuando cantaba en el cuarteto Arautos do Rei, el pastor Ronaldo de Oliveira, nuestro orador, contaba una historia que aún recuerdo. Dos hermanitos se peleaban constantemente porque la niña quería jugar con las canicas que su hermano coleccionaba, pero él nunca se lo permitía. Un día, mientras él jugaba con las canicas en la sala, ella llegó con una caja de bombones. Al abrir la caja, exclamó:

–¡Vaya, cuántos bombones! Nunca había visto una caja tan llena.

El hermano la miró sin entender el entusiasmo de su hermana y siguió jugando. Al poco rato, ella comentó:

–Mmm, estos bombones se derriten en la boca... ¡qué deliciosos!

El niño miró a su hermanita comiendo el chocolate, pero volvió a las canicas. Momentos después, ella le dijo:

–Quiero hacerte una propuesta. ¿Cambiamos toda esta caja llena de bombones que se derriten en la boca por todas tus canicas?

Su respuesta inmediata fue:

–¡Estás loca!

Pero, tras unos segundos, la estrategia de su hermana comenzó a surtir efecto. Empezó a mirar los bombones y las canicas; los bombones y las canicas; los bombones, los bombones, los bombones... y entonces dijo:

–Te lo cambio.

Mientras el niño recogía las canicas para meterlas en la bolsa (que era una bolsa de tela con asa), vio una canica de colores que era su favorita y pensó: “*Esta canica tiene que quedarse conmigo*”. Y, a medida que iba metiendo las canicas en la bolsa, fue escondiendo poco a poco la canica debajo del sofá, sin que su hermanita se diera cuenta. Cuando ella tomó las canicas, salió corriendo al patio a jugar, feliz de la vida. Aquello parecía un sueño para ella. Mientras jugaba, su hermano se le acercó con una cara un poco rara y ella ya le dijo que no iba a cambiarlo. El niño le preguntó entonces con tono serio:

–¿Me has dado todos los chocolates?

Ella respondió:

–¡Claro que sí!

Pero él insistió:

–¿De verdad me has dado todos los chocolates?

Ella dijo:

–Sí, toda la caja. ¿No era eso lo que habíamos acordado? ¿Todos los dulces por todas las canicas? Pero ¿por qué me preguntas eso?

¿Por qué el niño le preguntaba si le había dado todos los dulces? Ya sabes la respuesta, ¿verdad? Es porque él no le había dado todas las canicas y, como no le había entregado todas, pensaba que ella tampoco le había entregado todos los dulces.

¿Sabías que los seres humanos nos parecemos mucho a este niño? ¿Tenemos tendencia a ver a los demás desde nuestra propia perspectiva? Si somos honestos y justos, creemos que los demás también lo son y, por eso, muchos se dejan engañar; pero si mentimos, siempre sospecharemos que alguien nos está engañando. Así, acabamos proyectando en los demás nuestra propia experiencia personal.

A menudo, nuestra relación con Dios se ve influida por nuestra perspectiva individual. Lo vemos a través de nuestro propio prisma. Cuando no nos entregamos completamente al

Señor y nos aferramos a algo a lo que no queremos renunciar, como un pecado secreto o hábitos que no están en consonancia con la voluntad de Dios, proyectamos nuestra actitud hacia él, como si fuera igual que nosotros. Esto nos lleva a pensar que, al igual que nosotros, Dios tampoco actuará completamente en nuestro favor, porque no lo entregamos todo. Este tipo de pensamiento debilita nuestra fe y confianza en Dios.

Analicemos la vida de Abraham y cómo, en un momento crucial y dramático, demostró una firmeza y una determinación inquebrantables en Dios.

El texto dice así: “Un tiempo después, Dios probó a Abraham y le dijo: ‘Abraham’. Y él respondió: ‘Aquí estoy’ ” (Gén. 22:1). La frase “un tiempo después” sugiere que, antes de ese momento, sucedieron “cosas”. Esta historia comienza a contarse en el capítulo 12 del Génesis, cuando Dios llamó a Abram para que saliera de donde estaba hacia la tierra que Dios le mostraría. Abram obedeció y partió, como el Señor le había ordenado. En ese momento, Abram tenía 75 años.

La Biblia relata las peregrinaciones de este patriarca y sus experiencias de victorias y fracasos en su relación con Dios. Por un lado, creyó en el Señor, pero por otro, flaqueó en su confianza al mentir dos veces sobre su esposa, diciendo que era su hermana. Dios le dio la victoria sobre los cuatro reyes que se llevaron a su sobrino Lot. Y, en esa ocasión, él devolvió el diezmo de todo, una actitud de reconocimiento de que Dios era el Dueño de todas las cosas.

En un intento por ayudar a Dios a cumplir su promesa sobre el heredero, él y Sara quitaron el volante de las manos de Dios para seguir su propia dirección. Hicieron del vientre de la sierva Agar la solución humana al plan divino, como si Dios se hubiera perdido y necesitara ayuda. Los errores de esa decisión se reflejan hasta hoy en los interminables conflictos en el Medio Oriente. Luego, en otra situación, como símbolo de la alianza con Dios, él y los hombres de su casa fueron

circuncidados; Dios cambió su nombre, simbolizando así un cambio de carácter en el patriarca. Él actuó como intercesor de Sodoma y Gomorra y, finalmente, recibió el cumplimiento real de la promesa con el nacimiento de su hijo Isaac. “Estas cosas” sucedieron durante 45 años.

Cuando Dios llamó a Abraham por séptima vez para ponerlo a prueba, él ya tenía 120 años. Debemos distinguir entre prueba y tentación. La prueba se utiliza para madurar y perfeccionar a una persona, mientras que la tentación se utiliza para derribarla, destruir su relación con Dios y arruinarla. Dios permite las pruebas o, en algunos casos, él mismo las provoca, con el propósito de salvar. Sin embargo, la tentación viene del Diablo, para destruir.

El Todopoderoso estaba poniendo a prueba a Abraham porque sabía que aún necesitaba perfeccionar su fe y su confianza en él. A pesar de la dureza de la prueba, no puedo imaginar a Abraham discutiendo con Dios, diciendo: “Señor, ya tengo el cabello blanco, ya estoy jubilado. ¿Es esto realmente necesario?”

La respuesta de Abraham, “aquí estoy”, nos muestra que había desarrollado un corazón de siervo durante sus más de 45 años de caminar con Dios. El siervo no discute las órdenes o actitudes de su señor. El siervo está dispuesto en todo momento a atender lo que su señor quiere. No se pasa el tiempo cuestionando. Por eso mucha gente no logra mantener un empleo, porque no tiene la humildad de acatar órdenes. Abraham sabía que cuando Dios da una orden, no hay que cuestionarla.

Esa sumisión absoluta tenía un motivo, una razón específica. Es que, en esos 45 años en los que estuvo cerca del Señor, se convenció por completo de que Dios es confiable. Abraham aprendió que Dios nunca hace nada que pueda perjudicar a sus hijos; experimentó el hecho de que Dios siempre es bueno y que todas sus órdenes tienen como objetivo bendecir. ¿Estás tú también cultivando un corazón de siervo del Señor?

El texto continúa diciendo: “Entonces Dios le dijo: ‘Toma ahora a tu hijo, tu hijo único, Isaac, a quien tanto amas. Y vete a la tierra de Moria, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que te diré’ ” (Gén. 22:2).

¿Alguna vez te has detenido a imaginar lo que debió pasar por la mente de Abraham al recibir esta orden aparentemente tan contradictoria de Dios? El Señor ¿le estaba pidiendo que sacrificara al hijo que él mismo había dicho que sería el heredero de todo y en cuya descendencia cumpliría la promesa de bendecir a todas las familias de la Tierra? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con qué propósito? Abraham no podía comprender tal orden. Fue al lugar donde había encontrado a los ángeles de camino a Sodoma para ver si había algún mensajero celestial que le aclarara algún detalle de esa orden. El Enemigo de Dios le susurraba que esa no era la voz del Señor, que se había equivocado. Sin embargo, él conocía a Dios y su voz. Antes de eso, Dios ya le había hablado seis veces (ver Gén. 12:7; 13:14; 15:1; 17:1; 18:1; 21:12). Abraham conocía la voz del Creador, solo que no entendía qué quería decir con esa orden.

Y, cuando Dios te pide que hagas algo que no comprendes o algo que no entiendes, ¿qué haces? Por ejemplo: Cuando Dios te dice que rompas con tu pareja, que perdones a alguien que ha hablado mal de ti o que vayas a un lugar que no sería de tu elección, ¿cómo reaccionas?

Abraham tuvo la siguiente actitud: “Así, Abraham se levantó muy de mañana, ensilló su asno, llevó consigo a dos de sus siervos y a Isaac su hijo. Cortó leña para el holocausto y fue al lugar que Dios le había dicho” (Gén. 22:3). En resumen, cuando Dios le ordenó, se levantó y se fue. Actuó de la misma manera que cuando recibió su llamado, sin preguntar por qué y sin pedir explicaciones. Esta pronta actitud de Abraham se basaba en el conocimiento y la experiencia que tenía con el Señor, el Dios todopoderoso, en quien podía confiar. Sabía que Dios nunca haría nada para lastimarlo, perjudicarlo o simplemente

por capricho. Dios no es así. Dios no actúa así. Todo lo que él hace tiene un propósito mayor, aunque no lo comprendamos en ese momento. De él solo procede el bien, nunca el mal. Dios y el mal no son compatibles. Su carácter santo, justo y bueno no está en sintonía con ninguna forma o manifestación del mal. “Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y descien- de del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación” (Sant. 1:17). Por eso, cuando Dios nos guía, debe- mos seguirlo con fe y sin dudar.

“Al tercer día Abraham alzó sus ojos y vio el lugar desde lejos” (Gén. 22:4).

Abraham tardó tres días en llegar al lugar que Dios le había indicado. ¿Cómo habrán sido esos tres días? Quizás hayan sido días de un silencio inusual, en los que Isaac preguntaba a su padre por qué miraba fijamente al horizonte o por qué estaba tan introspectivo. Por la noche, cuando la caravana se detenía para descansar e Isaac y los siervos se iban a dormir, Abraham buscaba a Dios en oración para tratar de descubrir por qué le estaba mandando hacer eso.

El silencio del Señor aumentaba la angustia de Abraham. Quizás esos hayan sido los tres días más largos y difíciles de su vida. Al igual que le sucedió al patriarca, parece que los días de prueba que enfrentamos son interminables. Buscamos res- puestas y comprensión, y al no encontrar lo que buscamos, esto parece aplastar nuestro corazón. Pero, no es momento de rendirse. Es hora de clamar, de buscar, incluso en medio de la oscuridad y el silencio. Debemos confiar y creer que Dios, en el momento oportuno, se manifestará y nos bendecirá.

El camino de la obediencia no siempre está exento de su- frimiento y angustia, pero siempre vale la pena. El tiempo que separa la obediencia de la bendición puede ser largo, pero la bendición llega. Abraham necesitó tres días para reflexionar sobre todo lo que Dios era y había hecho en su vida. Fue un tiempo para vaciarse por completo y confiar plenamente.

Alguien ha dicho que hay momentos en los que la sabiduría humana y el sentido común no son suficientes para darnos respuestas al sufrimiento. Lo único que podemos hacer es confiar y esperar.

“Entonces Abraham dijo a sus siervos: ‘Esperen aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allí, adoraremos y volveremos a ustedes’ ” (Gén. 22:5). Según Hebreos 11:19, a Abraham se le pasó por la cabeza que Dios podría resucitar a su hijo después del sacrificio. Pero no sabía lo que el Señor haría. Estaba obedeciendo lo que Dios le había mandado. Eso es adoración. Eso es entrega. Eso es confianza inquebrantable.

“Abraham tomó la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo. Tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y fueron los dos juntos” (Gén. 22:6). En este versículo tenemos algo que aprender del padre Abraham. Como Isaac era joven y fuerte, Abraham le dio lo más pesado, la leña del holocausto, y se encargó de lo más peligroso: el fuego y el cuchillo, o hacha.

Hoy en día, muchos padres están quitando de sus hijos las cargas que estos serían capaces de llevar. Acaban sobrecargándose y quitándoles la oportunidad de desarrollarse y aprender, desde pequeños, a asumir responsabilidades. Sería bueno que los padres comprendieran el valor educativo de dejar que los hijos realicen tareas adecuadas a sus capacidades, fuerzas y madurez. Por otro lado, los padres deben ocuparse de las cosas peligrosas: no pueden permitir a sus hijos lo que es imprudente para ellos, como el acceso sin restricciones a Internet, a la televisión o a lugares inapropiados. Debería estar en la lista de tareas de los padres cuidar de que sus hijos no se expongan al mal, a las tentaciones, así como permitirles llevar sus pequeñas cargas.

“Entonces Isaac le dijo a su papá Abraham:

–¡Papá!

Abraham respondió:

–Aquí estoy, hijo mío.

Isaac le preguntó:

–Aquí tenemos la leña y el fuego pero, ¿dónde está el cordero que vamos a sacrificar?” (Gén. 22:7, PDT).

Es impresionante pensar en la presión psicológica que Abraham debió sentir en ese momento. A menudo, cuando atravesamos situaciones difíciles, permitimos que nuestras emociones nos dominen y perdemos la calma y la amabilidad. Pero Abraham respondió con su corazón de siervo, diciendo: “Aquí estoy, hijo mío”. Quien tiene un corazón sumiso a Dios también tendrá un corazón de siervo con sus hijos y con toda la familia. Es maravilloso ver cómo la sumisión a Dios puede producir cosas hermosas incluso en los momentos más cruciales.

La pregunta que Isaac le hizo a su papá Abraham, “¿Dónde está el cordero?”, era difícil de responder, considerando el contexto en el que se encontraban. ¿Alguna vez te has enfrentado a preguntas difíciles de responder? Por ejemplo, cuando llevas más de un año sin trabajo y alguien te pregunta si has aceptado esa excelente oferta de trabajo y añade: “No me dirás que has rechazado el trabajo por el sábado, ¿verdad?” ¿Es una pregunta fácil o difícil? O si tu hijo está enfermo y alguien te pregunta si ya se ha recuperado, y tú respondes: “Todavía no”, y la persona insiste: “Pero ¿no has ayunado por él? Tu iglesia ¿no ha orado? ¿Por qué no se cura?” ¿Pregunta fácil o difícil? Cuando alguien te pregunta si ya tienes novio o novia y tú respondes que aún no, y la persona sigue preguntando: “Pero ¿y esa chica? ¿Y ese chico? ¿No funcionó? No me digas que terminaste por esa ‘tontería’ de no acostarte con tu novio (o novia) antes del matrimonio”. ¿Pregunta fácil o difícil?

Abraham respondió a la difícil pregunta de Isaac –“¿Dónde está el cordero?”– con la segura afirmación: “Dios se proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío” (Gén. 22:8). Esa es la respuesta a las preguntas difíciles que enfrentamos en la vida: “Dios proveerá”. Abraham no sabía exactamente cuándo, dónde ni de qué manera Dios proveería el cordero, pero confiaba y estaba

seguro de que Dios, a su manera y en su tiempo, cumpliría su promesa de provisión. Así, en lugar de preocuparse por lo desconocido, Abraham eligió confiar en la fidelidad y la providencia divinas.

Hace algún tiempo, le pedí a mi amigo Jader Santos, un extraordinario compositor de Dios, que creara una canción basada en esta historia. Y él compuso una hermosa canción titulada “Dios proveerá”, grabada por el cuarteto Ministry, del que formo parte. Aquí está la letra:

*Cuántas veces vacila la fe, en este mundo de dolor y aflicción.
Cuántas dudas nos atormentan y la fe a veces se derrumba.
Cuando no encontramos salida y el barco parece hundirse.
Debemos seguir siempre adelante confiando en que Dios proveerá.*

*Dios prometió estar con nosotros, Dios prometió que no fallará.
No hay desafío imposible si tenemos un Padre poderoso y capaz.
Dios prometió apoyarnos, Dios prometió sostenernos.
Si estamos en sus caminos, solo hay que esperar, Dios proveerá.*

*Si miramos hacia adelante y el futuro parece sombrío,
Si las lágrimas son incesantes y la sonrisa se ha escapado de
nuestros labios,
Si clamamos a Dios por ayuda y la respuesta parece no llegar,
Basta con mirar al Trono de la Gracia y recordar que el amor
nos ha redimido.*

*Dios proveerá, es la promesa; Dios proveerá, no te apresures.
Él, en su tiempo y sabiduría, sabe darnos lo mejor.
Si muchas preguntas no tienen respuesta, si muchos caminos
parecen sin retorno,
Dios proveerá el cordero para cada Abraham de fe.¹*

¹ Jader Santos, “Deus Proverá”, *Já Chegou a Salvação*, disponible en: <music.youtube.com/

Esta canción ha traído consuelo y bendición a muchas personas. La respuesta de Abraham debería ser la nuestra cuando nos enfrentamos a preguntas difíciles. Dios nos proporcionará un empleo aunque esto se demore; proveerá mi pan y mi agua. Por la gracia de Dios, seré fiel al cuarto Mandamiento, de santificar el sábado. “Dios proveerá” debería ser la respuesta para la curación del hijo. Dios proveerá la curación, ya sea ahora, más adelante o cuando Jesús regrese. Él es quien sabe cuándo, pero seguiré orando y ayunando, sí. Dios me proveerá un novio o una novia. Seguiré siendo fiel al séptimo Mandamiento. No sé cuándo, pero seguiré orando y buscando. Dios proveerá. Esa es la respuesta de la fe.

Hay momentos en la vida en los que el dolor llama a la puerta, la tristeza invade el corazón y el miedo quiere quedarse. Entonces surge la pregunta: ¿Dónde está la solución? ¿Cómo resolverlo? ¿Cuánto tiempo llevará? Al igual que Abraham, necesitamos una respuesta de fe. Dios proveerá, porque él nunca ha fallado y nunca fallará. En el tiempo de Dios, su plan se cumplirá.

Volviendo al texto, el versículo 9 dice: “Cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, Abraham edificó un altar y dispuso la leña. Ató a su hijo y lo puso en el altar sobre la leña” (Gén. 22:9). Ese lugar es el monte Moriah. Ese fue un momento crucial. Puedo imaginar a Abraham tomando las manos de Isaac y, con la cabeza gacha, diciéndole: “Sabes, hijo, hace tres días el Señor me habló y me pidió que te sacrificara”. A partir de ahí, comienza un diálogo: “Pero ¿cómo es eso, papá? ¿Que me sacrifiquen? ¿Estás seguro de que era realmente la voz de Dios?” Isaac debió de quedarse asustado por esa impactante revelación. Abraham dice: “Yo también me sentí confundido, asustado, busqué más explicaciones, pero Dios permaneció en silencio, no me dijo nada más después de ese día. Mi corazón también está angustiado, pero estoy seguro de que esa era la

voz del Señor. Conozco su voz, y tú lo sabes, hijo. El Dios todopoderoso nunca se equivoca. Él siempre sabe lo que hace. No me dijo cuál era el propósito de esto, pero la orden es esa. A lo largo de estos años con el Creador, he aprendido que puedo confiar en él siempre. Él nunca ha fallado. Él nunca se ha confundido. Él nunca se ha equivocado”.

Al escuchar estas palabras, que venían con la fuerza de la experiencia de su padre con Dios, Isaac aceptó acostarse sobre el altar y ser la víctima del sacrificio. Se sentía honrado de haber sido elegido por el Altísimo. Entonces, Isaac ayudó a su padre a atarlo y calmó el corazón perturbado de su padre.

Cuando Abraham levantó la mano para sacrificar a su hijo, se oyó un grito desde el Cielo. Entonces, “el ángel del Señor lo llamó desde el cielo: ‘¡Abraham, Abraham!’ Y él respondió: ‘Aquí estoy’ ” (Gén. 22:11). ¡Qué escena! Este hombre, en el momento álgido de su estrés, con la adrenalina al tope, no permitió que la tensión de ese momento desviara su corazón del camino. Dios seguía siendo el Señor; y Abraham, el siervo. La presión, el agotamiento y la ansiedad no le hicieron salirse del camino. Él respondió: “Aquí estoy”.

Inmediatamente, la orden fue: “ ‘No alargues tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada. Ya sé que temes a Dios, pues no me negaste a tu hijo, tu hijo único’ ” (Gén. 22:12). Parece que oigo a Dios decir: “Deja vivir a tu hijo”. La fe de Abraham fue puesta a prueba hasta el límite. Tenía que quedar claro para todo el Universo que Abraham, el siervo de Dios, era capaz de obedecer hasta el final, aunque eso implicara sacrificar a quien más amaba en el mundo. Reflexionando sobre el ejemplo de Abraham, surge la pregunta: ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar para obedecer a nuestro amoroso Señor? ¿Estamos dispuestos a sacrificarlo todo? Abraham llegó hasta el final, confiando en la sabiduría y el amor de Dios.

Es importante recordar que Dios no permitirá que las pruebas sean más grandes de lo que podemos soportar. “A ustedes

no les ha venido ninguna tentación que no sea humana. Pero Dios es fiel, y no los dejará ser tentados más de lo que pueden resistir. Antes, junto con la tentación les dará también la salida, para que puedan soportar” (1 Cor. 10:13). El Señor espera que nos convirtamos en testigos de lo que la fe es capaz de realizar en nosotros cuando esperamos en él.

Génesis 22:13 dice: “Entonces Abraham alzó sus ojos y vio detrás de sí un carnero enredado por sus cuernos en un zarzal”. ¡Qué maravilloso fue ver ese carnero! Sin duda, ese fue el día más feliz en la vida de Abraham e Isaac. El día en que el cordero sustituyó al hijo. El cordero ocuparía el lugar de Isaac. El cordero fue al altar del sacrificio para que el hijo regresara a casa.

Me imagino a Abraham emocionado, desatando a Isaac, y los dos saltando abrazados, agradeciendo por el cordero que Dios había enviado. Quizás hayan cantado: “¡Dios proveyó el cordero, Dios envió el cordero!” El corazón se sintió aliviado. La vida tomó el lugar de la muerte. La sonrisa ahuyentó las lágrimas. ¡Gloria a Dios por el Cordero! Fue el Cordero quien trajo la liberación. Fue el Cordero quien trajo paz al corazón. Fue el Cordero quien trajo un nuevo comienzo. “Y Abraham fue, tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo” (Gén. 22:13). Regresaron juntos a casa (Gén. 22:19), pero ni Abraham ni Isaac eran los mismos. Fueron transformados por la experiencia con Dios y con el Cordero.

Jesús es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Cuando fue ofrecido en sacrificio, no hubo una voz que clamara desde el Cielo para impedir su muerte. No había otro que pudiera sustituir a Jesús. Él era el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo (Apoc. 13:8). El Padre tuvo que soportar la agonía del Hijo, y Jesús, en sumisión al Padre, entregó su vida. Padre e Hijo llegaron hasta el final, movidos por el amor. Un amor que llega a ti y a mí con matices de sacrificio. ¡Qué entrega inimaginable! ¡Qué salvación sin igual!

DIOS ¿ES UN “AGUAFIESTAS”?

El nombre Isaac significa risa, alegría. ¿Acaso cuando Dios le pidió a Abraham que sacrificara a su hijo quería quitarle la risa y la alegría al patriarca, ya que el niño era lo más maravilloso que tenía? ¿Es Dios un “aguafiestas”, un sádico que no quiere ver felices a sus hijos? Sabemos que la orden de Dios tenía el propósito mayor de revelar a Abraham el Plan de la Redención. Dios permitió que Abraham experimentara en carne propia lo que significaría entregar a Jesús, su Hijo único, como sacrificio. El patriarca tuvo una pálida idea del precio que Dios pagaría por la redención de él, de Isaac, de su familia y de toda la humanidad. Esa dramática experiencia marcó su vida para siempre. En cada sacrificio de cordero, Abraham recordaría el monte Moriah y al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

A menudo, las órdenes de Dios pueden no tener sentido para nosotros, pero ciertamente no es porque él quiera quitarnos nuestra felicidad o nuestro placer. Por ejemplo, cuando Dios dice que el sexo debe practicarse dentro de los límites del matrimonio, los jóvenes pueden pensar: “No puede ser; ¿acaso Dios quiere quitarnos nuestro placer, nuestra alegría?” La respuesta es no. Dios no nos quita nada que pueda traernos verdadera felicidad. A través de esta orden, nuestro Dios amoroso quiere liberar a los jóvenes de la culpa y los vicios, y quiere traer seguridad y estabilidad al matrimonio.

Cuando Dios nos orienta sobre el estilo de vida, sobre qué comer y beber para su gloria, no es para robarnos la felicidad de la vida, sino para preservar nuestra salud, liberarnos de enfermedades y sufrimientos, y preparar nuestra mente para una comunicación más clara con él.

Cuando Dios nos guía a devolver el diezmo y entregar nuestras ofrendas, ¿acaso quiere quitarnos nuestro sustento y calidad de vida? ¿Acaso quiere llevarnos a la bancarrota, a una vida de miseria? ¡Por supuesto que no! Jesús dice: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

El Señor tiene un propósito mucho mayor que nuestras finanzas. Él quiere llevarnos a una vida de fe y confianza en él. Su intención es que sepamos que es él quien nos sustenta, que somos suyos y que él cuidará de nosotros. Él quiere llevarnos a una experiencia de adoración completa. A través de los diezmos y las ofrendas, Dios desea que sintamos la alegría y el privilegio de trabajar con él en el rescate y la salvación del ser humano. Él sabe que eso es lo que dará sentido y alegría a nuestra existencia.

Las órdenes de Dios son siempre una fuente de bendiciones, incluso cuando parecen una locura a los ojos del sentido común. Abraham descubrió, en otra etapa de su viaje con Dios, que no importa adónde nos lleve el Señor, sus caminos siempre nos conducen a un buen destino. Nos corresponde creer y obedecer.

MI HIJO

Durante la pandemia de COVID-19, nuestro hijo, Jônatas, se infectó con este virus. La primera semana se trató en casa, pero luego fue ingresado en el hospital debido a una fiebre persistente. El viernes, durante el culto al atardecer, decidimos orar cada hora por nuestro hijo, poniendo el despertador, y así pasamos la noche, la madrugada y la mañana orando.

El sábado por la mañana, alrededor de las 11, recibimos la noticia de que Jônatas estaba siendo trasladado a la UCI, lo que nos dejó muy preocupados y con el corazón encogido. Sin embargo, nos dimos cuenta de que había sido Dios quien nos había impulsado a orar cada hora, para que estuviéramos más preparados para ese momento y para la protección de nuestro hijo.

Seguimos orando durante todo el sábado, el domingo y el lunes, intercediendo por él y por todos los enfermos. Él seguía en tratamiento intensivo para tratar de superar la enfermedad.

El martes por la mañana, mientras estábamos orando, nos dimos cuenta de que nuestras oraciones eran para que Dios sanara a nuestro hijo de 33 años y lo llevara de vuelta a su casa, a su esposa y a su hijita. Nos dimos cuenta de que no habíamos entregado completamente a nuestro hijo a Dios, para que él hiciera su voluntad. Teníamos un temor oculto de que, tal vez, Dios considerara mejor que nuestro hijo descansara, y nuestro corazón de padres huía de esa posibilidad, aunque fuera de manera inconsciente.

Con lágrimas de arrepentimiento, le pedimos a Dios que perdonara nuestra desconfianza y pusimos a Jônatas en las manos del Señor para la vida o para la muerte, según su soberana, amorosa y sabia voluntad.

Nos levantamos en paz. Seguimos orando y confiando en la providencia de Dios. El viernes siguiente, recibimos la noticia de que Jônatas había sido dado de alta del hospital y se iba a casa.

En esa experiencia, me di cuenta de que, incluso siendo pastor y habiendo predicado tantas veces sobre la fe en Dios y la entrega completa de la vida a él, vacilé en mi confianza en ese momento de prueba. Pero el Señor fue misericordioso con nosotros y nos levantó.

A diferencia del niño que escondió su canica favorita, Abraham lo entregó todo y salió con la seguridad de que Dios lo entregaría y lo haría todo por él. El texto bíblico nos dice: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?” (Rom. 8:32).

Dios te está llamando a entregarle todo: tu tiempo, tu cuerpo, tus habilidades, tus recursos, tu familia, tus sueños y tu vida. Entregarlo todo, sin reservas, te ayudará a confiar en el Señor, que lo hará todo por ti. No tengas miedo de entregarlo todo, porque Dios ya lo ha entregado todo. Todo de mí en respuesta a todo de Dios. ¿Qué tal si le entregas todo ahora?

Conclusión

Era abogado, pero sentía una gran pasión por la predicción. Aunque asistía a una iglesia pequeña, soñaba con construir una más grande, capaz de albergar a cuatro veces más personas. Su objetivo era ver a un gran número de personas disfrutando de las bendiciones de la salvación.

Decidido a hacer realidad su sueño, se unió a la iglesia y a la Asociación, trabajando incansablemente para alcanzar su objetivo. Su alegría era evidente en la amplia sonrisa que iluminaba su rostro cuando hablaba de la construcción.

Había hecho de Dios su socio en el 50 % de las ganancias de su empresa. Durante el período de construcción de la iglesia, llegó a donar el 90 %, sin que eso le supusiera ninguna carencia, como él mismo comentó.

En un momento en el que necesitaba más recursos, acudió a un banco para solicitar un préstamo destinado a la construcción de la iglesia. Cuando el gerente le preguntó por las garantías que podía ofrecer, mencionó que tenía una casa y dos autos. Sin embargo, el gerente sonrió y le dijo que esos bienes no eran suficientes para respaldar el préstamo. A pesar de haber invertido más de ocho millones de reales en la construcción de la iglesia, solo poseía una casa y dos autos. Podría haber acumulado un patrimonio mucho mayor, pero decidió destinar gran parte de sus recursos a la causa de Dios.

La construcción se terminó y, el día de la inauguración de la iglesia, el Dr. Jarbas rebosaba de alegría y satisfacción. Se quedó a la entrada del estacionamiento y saludaba a la gente como si estuviera recibiendo a amigos en su propia casa. Su rostro reflejaba la alegría de un corazón radiante. ¡Qué hermosa visión!

Cerca de dos años después de la inauguración de la iglesia, tuve el placer de participar en un evento de evangelismo vía satélite realizado por el pastor Mark Finley desde la iglesia de Vila Maria, en São Paulo. Miles de personas fueron alcanzadas, no solo las que estaban sentadas en los novecientos asientos de la iglesia, sino también en diversas regiones del Estado de São Paulo y en muchas otras partes de Brasil. El sueño del Dr. Jarbas se hizo realidad.

Esta experiencia me conmovió el corazón e imagino que también tocó el corazón de Dios.

¿Dónde hemos puesto nuestro corazón? ¿Cuál es nuestro tesoro? Jesús dijo: “Porque donde esté el tesoro de ustedes, allí estará también su corazón (Mat. 6:21). El corazón del hermano Jarbas estaba en Dios y en la salvación de las personas. Ese era su verdadero tesoro.

HAY BENDICIÓN EN SER CELOSO POR AMOR A ÉL

La Biblia revela que nosotros somos el tesoro precioso de Dios (Mal. 3:17). Cuando consideramos el precio infinito que Dios decidió pagar para recuperarnos, no logramos comprender por qué nos ama tanto. Como pecadores, somos indignos, mezquinos, bajos y viles, pero, aun así, somos el objeto de un amor exuberante e inimaginable. El amor de Dios por nosotros no puede explicarse, sino a través del lente de un amor infinito.

Una canción que solíamos cantar en el cuarteto Arautos do Rei expresa bien esta cuestión: “¿Qué amor es este?”.¹ Aunque

¹ Mário Jorge Lima (letra) y Jader D. Santos (música), “Que Amor é Esse?”, álbum *Felicidade Sem Fim*, Arautos do Rei (Nova Friburgo, RJ: Gravadora Novo Tempo, 1990), disponible en: <music.youtube.com/watch?v=dezlgcOPNbM&si=ROE9AThvFWSGWY2N>, consultado el 10 de junio de 2025.

no lo merezcamos, somos considerados por Dios como su tesoro personal y sus joyas preciosas.

Por otro lado, en Cristo recibimos una riqueza infinita. En Cristo, Dios concedió a la humanidad un tesoro que abarca todas las riquezas del Cielo, y aquellos que lo aceptan tienen la posesión de un tesoro que no puede ser calculado ni agotado.

Por lo tanto, nuestro amor a Dios es una respuesta a su amor. “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Amar a Dios sobre todas las cosas debería ser nuestra reacción a ese amor inigualable. Debemos hacer de Dios nuestro tesoro supremo, amarlo por encima de todo y encontrar en su servicio nuestra alegría y satisfacción.

Solo podremos alcanzar las verdaderas riquezas de la vida cuando hagamos de Dios el Amado de nuestra alma.

HAY BENDICIÓN EN LA LIBERTAD POR AMOR A ÉL

El pecado nos hizo esclavos del mundo, cautivos de la búsqueda inquieta de cosas y de la lucha ansiosa por la supervivencia. Necesitamos desesperadamente ser liberados. Necesitamos una transformación interior, que solo Jesús puede traer. No poseemos en nosotros mismos la fuerza o la capacidad para liberarnos de la codicia que nos mantiene esclavizados.

Cuando Jesús llega, él nos libera de la esclavitud del materialismo, de la opresión del consumismo y de la búsqueda incesante de la supervivencia y la acumulación de bienes. Él nos guía a cosas más elevadas que nos proporcionan mayor realización y satisfacción verdadera. “Busquen primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mat. 6:33).

John Stott dice: “La libertad en Cristo es una libertad que nos libera de la búsqueda egoísta de éxito y fama, y nos capacita para servir a los demás con amor y generosidad”.²

² John Stott, *Cristianismo básico* (Viçosa, MG: Ultimato, 2007), p. 111.

Solo el amor de Cristo puede liberarnos de la avaricia, el egoísmo y la codicia. Este amor nos capacita para amar, servir, ser generosos y compartir lo que tenemos con quien lo necesita. Al reconocer el gran amor de Cristo por nosotros y la libertad que él nos concede, no viviremos para nosotros mismos, sino para la gloria de Dios y el beneficio de los demás.

Esta libertad es la libertad del amor, que desata el corazón. Jesús nos liberó para amar y servir. En esto consiste la verdadera felicidad.

En Jesús, somos liberados de la ansiedad con respecto a nuestro sustento diario, de la inquietud por las cosas y de las preocupaciones sobre el futuro, pues en él encontramos la provisión para nuestras necesidades, el descanso para nuestra mente inquieta y la seguridad del futuro que siempre soñamos. Podemos confiar en Jesús, quien dijo: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:48); “Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mat. 11:28); “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6).

Disfrutar de esta libertad significa dirigir nuestra vida hacia cosas superiores y concentrar nuestros esfuerzos en aquello que nos traerá un mayor retorno.

HAY BENDICIÓN EN LA ASOCIACIÓN CON DIOS POR AMOR A ÉL

La Biblia nos enseña que Dios, el gran Creador, nos designó como sus mayordomos, socios y administradores. Nos puso como sus agentes para encargarnos de sus asuntos aquí en la Tierra (Gén. 1:26-28; Mat. 25:14-30; 1 Cor. 4:2).

Esta encomienda nos trae una gran responsabilidad. Como socios de Dios, somos llamados a cuidar de la Creación, especialmente de las personas y de los recursos que él nos ha concedido, usándolos de forma sabia y responsable. Esto eleva significativamente nuestro estatus como seres creados a imagen de Dios y nos da un propósito noble e importante en la vida. Es

una gran atribución, pero también una gran oportunidad para mostrarnos como siervos fieles.

En el libro *El Deseado de todas las gentes*, Elena de White escribió: “Los que siguen a Cristo le agradan cuando muestran que, aunque humanos, son partícipes de la naturaleza divina. [...] Reflejan sobre otros, en obras iluminadas por el amor de Cristo, la luz que resplandece sobre ellos mismos”.³

Para esto, Dios dotó al ser humano de energía, tiempo, habilidades, recursos financieros, entre otros, con el propósito principal de cuidar y salvar. Cuidar significa preservar, proteger y velar por la vida del planeta, de los animales y principalmente de las personas. Aquí podemos incluir las acciones de ayuda a personas en situación de vulnerabilidad, como pobres, enfermos, hambrientos, afligidos, y otros. Salvar implica el rescate y la liberación del pecado, del mal y de la perdición.

Cuando aceptamos esta asociación con Dios, nuestra vida adquiere un nuevo significado y un propósito más elevado. Trabajar junto con el Señor promueve curación y transformación en nosotros y en nuestro mundo herido, contribuyendo a la construcción de una realidad más justa y amorosa. Este camino nos conduce a experimentar la verdadera felicidad.

Al dedicarnos a cuidar y salvar, permitimos que Dios actúe en nosotros y por medio de nosotros. Él trabaja para remover la raíz del egoísmo de nuestro corazón, nos proporciona una comprensión más compasiva de la vida y favorece a los que están a nuestro alrededor.

HAY BENDICIÓN EN LA GENEROSIDAD POR AMOR A ÉL

Jesús dijo: “Es más dichoso dar que recibir” (Hech. 20:35). ¿Realmente creemos en estas palabras de Cristo? Revelan que hay una gran alegría en dar, en lugar de solo recibir para uno mismo. Sin embargo, muchas veces nos quedamos atrapados en nuestras propias necesidades y deseos egoístas, y olvidamos

³ Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida, Bs. As.: ACES, 2008), p. 127.

que dar es una de las mayores alegrías de la vida. Si verdaderamente creemos en las palabras de Jesús, debemos buscar oportunidades para ser generosos con Dios y para ayudar a los demás.

La alegría de dar solo puede ser experimentada por aquellos que están dispuestos a renunciar a sus propias necesidades y deseos en favor de otros. No tenemos esta disposición de forma natural; es Dios quien la pone en nuestro corazón. Es un proceso continuo en el desarrollo de la benevolencia personal. Se requieren renuncia, abnegación, desprendimiento y compasión. Sin embargo, los beneficios de renunciar a uno mismo son inmensurables y proporcionan una satisfacción mucho mayor que cualquier esfuerzo que podamos hacer.

Dios siempre nos da en exceso para que podamos compartir. “Dios es poderoso para colmarlos de toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abunden para toda buena obra” (2 Cor. 9:8).

Es la voluntad de Dios que desarrollemos la virtud de la generosidad, tanto en nuestras contribuciones por medio de las ofrendas como al ayudar a los necesitados. Esta es la materialización de nuestra fe y nuestro amor por Dios y por el prójimo (2 Cor. 8:7).

“Ofrendar es una expresión de amor a Dios y a los demás. [...] El objetivo no es dar más, sino amar más. [...] Cuando damos de forma sacrificial, no estamos perdiendo, sino ganando. Ganamos la alegría de ser generosos, el privilegio de invertir en cosas eternas y la bendición de confiar en Dios como nuestro Proveedor”.⁴

“Hay quienes reparten, y reciben más de lo que dan. Y hay quienes retienen más de lo que es justo, y van a pobreza” (Prov. 11:24).

⁴ Randy Alcorn, *O Tesouro do Coração: Dar Para Receber* (São Paulo: Editora Vida, 2006), p. 22.

Retenerlo todo para sí lleva a la pobreza. Esta verdad puede confirmarse al observar el Mar Muerto, que solo recibe agua y no la comparte. Por eso no tiene vida. Lección: El secreto para vivir experiencias extraordinarias con Dios es comprender que no somos pozos para acumular lo que él nos da, sino canales para compartir y bendecir la vida de otras personas.

¿Alguna vez te has detenido a reflexionar sobre qué porcentaje de tus ganancias destinas para ofrendar al Señor y ayudar a los necesitados? Me gustaría sugerir que separes un porcentaje de tus ingresos para estos propósitos y dejes un camino abierto para aumentar esa cantidad conforme lleguen las bendiciones y se presenten las necesidades. Recuerda que hay bendición en la generosidad, y esta es una forma de poner en práctica la voluntad de Dios para nuestra vida.

HAY BENDICIÓN CUANDO OFRENDAMOS POR AMOR A ÉL

La ofrenda es un regalo de amor y gratitud que le damos a Dios. Él utiliza su regalo para bendecir al mundo. Él hace que nuestra dádiva contribuya al avance de su Reino aquí en la Tierra, a la salvación de las personas y al cuidado de los necesitados. Es fundamental que nuestra ofrenda esté acompañada de un corazón fiel, sincero y amoroso, porque cuando damos, el motivo cuenta mucho.

“Quien emplea como Dios quiere los bienes que le han confiado llega a ser un colaborador con el Salvador. Gana almas para Cristo, porque es un representante de su carácter”.⁵

Se le atribuye a John Piper la siguiente afirmación: “Nosotros somos creados para dar, porque Dios es un Dios de generosidad. Cuando damos, estamos reflejando el carácter de Dios y lo estamos glorificando. La ofrenda es una forma de adoración a Dios, y Dios se complace cuando damos con un corazón alegre y agradecido”.

⁵ White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 480, 481.

Lamentablemente, nuestro corazón egocéntrico nos aleja de la liberalidad y nos aparta de Dios. Somos naturalmente egoístas e inclinados a buscar la satisfacción de nuestros deseos e intereses personales. Juan dijo: “Todo lo que hay en el mundo –los deseos de la carne, la codicia de los ojos y la soberbia de la vida– no procede del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:16).

¿Qué te parece pedirle a Dios que quite nuestro corazón egocéntrico e implante un corazón nuevo, que sea generoso y altruista, dispuesto a agradar a Dios y a bendecir a los demás?

HAY BENDICIÓN EN LA FIDELIDAD POR AMOR A ÉL

Hay una ordenanza divina, que es frecuentemente rechazada por muchas personas, pero que debería ser cuidadosamente considerada y obedecida: el mandamiento del diezmo (Lev. 27:30-34).

Elena de White, en su libro *Consejos sobre mayordomía cristiana*, afirma que “[Dios] reclama el diezmo como suyo, y este siempre debería considerarse como una reserva sagrada [...] Él exige este tributo como una señal de nuestra lealtad”.⁶

Recuerdo a una hermana que me contó que tenía la costumbre de separar el diezmo tan pronto como recibía su salario en el banco, directamente en caja. Hacía énfasis en seleccionar los billetes más nuevos para ofrecer a Dios. Al relatar esta práctica, ella demostraba gran alegría, como alguien que realiza un acto con mucho amor. ¡Qué sencilla obediencia! Obedecer a Dios le hace bien al alma.

John Piper enfatiza: “Cuando damos nuestro diezmo, estamos declarando que Dios es más importante para nosotros que el dinero y que estamos dispuestos a sacrificarnos para servirlo”.⁷ Él añade: “El diezmo es una marca de pertenencia

⁶ Elena de White, *Consejos sobre mayordomía cristiana* (Florida, Bs. As.: ACES, 2013), pp. 75, 76,

⁷ John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Colorado Springs, CO: Multnomah Book, 2011), p. 208

a Dios. Es una forma de decirle a él: ‘Tú eres mi Señor, y yo confío en ti para que me sustentés’. Es una forma de reconocer la soberanía de Dios sobre todas las cosas, incluyendo nuestras finanzas”.⁸

El diezmo nos ayuda a ver quién es Dios y quiénes somos nosotros. Cuando diezmamos, estamos declarando que le pertenecemos a él como nuestro Creador y dependemos de él como nuestro Sustentador. Cuando seguimos sus directrices, lo honramos. Al desviarnos de la voluntad del Señor, no le damos la consideración debida y pecamos contra él.

Después de una charla sobre la fidelidad, un joven vino a buscarme indignado por el robo del equipo de sonido de la iglesia. Cuestionaba cómo alguien podía invadir la casa de Dios y cometer un acto así. En ese momento, cayendo en la cuenta, tomó conciencia de que estaba actuando incluso peor que los ladrones, pues estaba robando a Dios al no entregar el diezmo. Luego, comentó: “¿Es posible esto, pastor?” Y concluyó: “Ya aprendí mi lección”.

Es importante considerar que Dios, el Creador, Dueño de este mundo (Sal. 24:1) y Todopoderoso, no necesita nuestro dinero. Sin embargo, cuando él nos ordena diezmar es porque hay un propósito que va más allá de su propia necesidad, porque él no necesita nada ni a nadie. Con esto, Dios quiere hacernos más obedientes a él, más confiados en él y más dependientes de él.

¿Qué piensas de obedecer este mandamiento del Señor y ser fiel a su Palabra, incluso si crees que no vas a poder pagar tus cuentas al final del mes? Da un paso de fe y haz esta experiencia con Dios. “Traigan todo el diezmo a la tesorería, y haya alimento en mi casa. Y pruébenme en esto –dice el Señor Todopoderoso–, a ver si no abro las ventanas del cielo y vacío sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3:10).

⁸ Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist*, p. 113.

El diezmo es prueba de nuestra honestidad y fidelidad por amor a él.

HAY BENDICIÓN EN LA OBEDIENCIA POR AMOR A ÉL

Al revisar la historia de Pedro en la pesca milagrosa (Luc. 5:1-11), recordamos que, cuando Dios manda algo, esto funciona. Nuestro papel es confiar, obedecer y echar la red, incluso si, humanamente hablando, eso no tiene el menor sentido.

Elena de White afirma: “Las victorias no se ganan por ceremonias u ostentación, sino por la sencilla obediencia al General supremo, al Señor Dios de los Cielos. Quien confía en ese Guía nunca conocerá la derrota”.⁹

Muchas veces, con nuestra visión limitada, no vemos los caminos por los que Dios quiere llevarnos y nos resistimos obstinadamente a hacer nuestra voluntad en lugar de cumplir lo que él nos pide. El Señor espera que confiemos en él y seamos audaces en hacer su voluntad. Refiriéndose al rey Josafat, la Biblia dice: “Y su corazón se entusiasmó[a] en los caminos del Señor” (2 Crón. 17:6, LBLA). Y ¿cuál fue el resultado? Se convirtió en uno de los mejores reyes de Judá. La obediencia abre puertas para el actuar de Dios.

HAY BENDICIÓN EN LA DEPENDENCIA POR AMOR A ÉL

En la historia del profeta Elías, podemos observar a un Dios que actúa como un profesor, al llevar a Elías a distintas “aulas” en Querit y Sarepta, con el propósito de enseñarle lecciones valiosas. El profeta debía liderar la misión de restauración y reforma del pueblo de Dios, pero antes necesitaba aprender en la escuela de él.

El autor A. W. Tozer señaló en su libro *A Busca de Deus* [La búsqueda de Dios]: “Elías aprendió la lección de la escuela

⁹ Elena de White, *En los lugares celestiales* — Meditaciones Matinales 1968 (Florida, Bs. As.: ACES, 1968), p. 261.

de Dios: aprendió a conocer a Dios, a confiar en él y a depender de él como si dependiera de su propio aliento de vida. Aprendió a ver la vida desde la perspectiva de Dios, y por eso sabía lo que era realmente importante y lo que no lo era. Y, sobre todo, aprendió que el poder no estaba en él mismo, sino en Dios, que lo llamó y lo capacitó para realizar su misión”.¹⁰

Todos estamos en la escuela de Dios, en constante aprendizaje. Él quiere prepararnos para cumplir nuestra misión personal. Para eso, es necesario que desarrollemos humildad y estemos abiertos a lo que él tiene en mente para nosotros. Necesitamos dejar que Dios nos guíe y nos enseñe a vivir en sumisión a él y dependencia de él.

Hay bendición en la dependencia de Dios. Estar cerca del Señor y experimentar sus provisiones es lo mejor que nos puede suceder.

HAY BENDICIÓN EN LA SUMISIÓN POR AMOR A ÉL

Acán es un ejemplo de un personaje bíblico que nos enseña lo que no debemos hacer. Su rebeldía, insensibilidad y desafío a las órdenes de Dios resultaron en tragedia personal, familiar y de todo el pueblo. Cosechó los frutos de su desobediencia. Su codicia lo llevó a la destrucción. Él cometió el grave error de tomar cosas prohibidas y condenadas, así como de robar cosas consagradas, que Dios había ordenado que no fueran tocadas.

Hoy, la misma advertencia dada a Acán se aplica a nosotros: no debemos traer a nuestra vida cosas condenables, prohibidas, que desagradan a Dios, como programas de televisión, películas, sitios web, música, vicios, comidas, bebidas y ambientes, cuando estas cosas sean inapropiadas. Tenemos que mantener estas cosas lejos de nosotros.

Al mismo tiempo, es importante que no tratemos las cosas sagradas como si fueran nuestras propiedades. La Biblia

¹⁰ A. W. Tozer, *A Busca de Deus* (São Paulo: Mundo Cristão, 2004).

nos enseña que el sábado, nuestro cuerpo, el diezmo y las ofrendas son sagrados, separados para un propósito divino. Dios no nos autoriza a hacer lo que queramos con aquello que él llama “santo”. Dios espera que tratemos lo sagrado con respeto, reverencia y cuidado. Cuando profanamos el sábado, descuidamos el cuidado de nuestro cuerpo, dejamos de diezmar y/u ofrendar, estamos desagradando a Dios, pues estamos tratando a la ligera aquello que él separó para su gloria y para su obra.

No debemos tocar las cosas condenadas, y mucho menos las consagradas, con la advertencia de que eso alejará a Dios de nuestra vida e impedirá que él nos libre de nuestros enemigos.

Max Lucado comenta: “El pecado es como el letrero de ‘No tocar’ que encontramos en algunas exposiciones en museos. Dios pone ese letrero para nuestra propia protección. [...] La violación del letrero es peligrosa”.¹¹

Billy Graham, en el libro *A Camino de la Felicidad* [El camino de la felicidad], aclara: “Dios sabe que ciertas cosas son perjudiciales para nosotros, y él prohíbe que las toquemos, así como un padre amoroso prohíbe a su hijo jugar con un cuchillo afilado. [...] Si desobedecemos a Dios y tocamos las cosas que él prohibió, podemos sufrir graves consecuencias físicas, emocionales y espirituales”.

La Biblia enseña: “No se engañen, nadie puede burlarse de Dios. Todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gál. 6:7). John Bevere comenta que la Biblia nos muestra a dos hombres, uno en el Antiguo Testamento y otro en el Nuevo Testamento, que tocaron lo que era santo y murieron. Estos ejemplos son duros, pero muestran que Dios es serio

¹¹ Max Lucado, 3:16 — *A Mensagem de Deus para a Vida Eterna* (Rio de Janeiro: Thomas Nelson Brasil, 2018), p. 79.

en cuanto a la santidad. Él exige que sus hijos lo tomen en serio.¹²

HAY BENDICIÓN EN LA ENTREGA DE TODO POR AMOR A ÉL

Abraham es un personaje bíblico que impresiona por su confianza inquebrantable en Dios. Cuando el Señor le pidió que sacrificara a su hijo, que era lo máspreciado que tenía, Abraham no dudó. Él sabía quién era Dios y qué podía esperar de él. Había en Abraham la convicción de que había una bendición escondida en la orden divina. Esta era la lógica de quien sabía que de Dios solo viene bendición, nunca maldición. Era necesario confiar y esperar. Fue su experiencia diaria con Dios lo que hizo que Abraham creyera y actuara de una manera tan decidida. Abraham no retuvo nada, entregó todo.

Oswald Chambers, en el libro *Tudo Para Ele* [Todo para él], escribió: “Entregar todo a Dios significa una devoción total a él, sin reservas. Significa entregar todas las áreas de nuestra vida, incluyendo nuestros deseos, sueños y aspiraciones, y confiar en que él tiene un propósito mayor y mejor para nosotros”.¹³

El escritor A. W. Tozer declaró: “Entregar todo a Dios significa que entregamos nuestra vida entera a él, sin excepción. Esto significa que renunciamos a nuestra propia voluntad y nos sometemos completamente a la voluntad de Dios, no importa el costo”.¹⁴

Elena de White escribió: “Los que por amor a Cristo sacrifican su vida en este mundo la conservarán por la eternidad”.¹⁵

El gran evangelista Charles Spurgeon, en un sermón sobre la entrega total que Abraham hizo al disponerse a sacrificar a su hijo Isaac,¹⁶ reflexiona que Abraham puso a su hijo como

¹² Jonh Bevere, *A Isca de Satanás: Vivendo livre da armadilha da ofensa* (São Paulo: Chamada, 2007), cap. 3.

¹³ Oswald Chambers, *Tudo Para Ele* (Curitiba, PR: Publicações Pão Diário, 2019), p. 31.

¹⁴ A. W. Tozer, *O Conhecimento do Santo* (Americana, SP: Impacto Publicações, 2018), p. 98.

¹⁵ White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 577.

¹⁶ Charles Haddon Spurgeon, “Mature Faith — Illustrated by Abraham’s Offering Up

un sacrificio en las manos de Dios, y el Señor lo bendijo con la promesa de bendiciones inmensurables. Cuando entregamos todo en las manos de Dios, él es capaz de bendecirnos inmensamente.

Abraham representa a Dios. El plan de Dios era entregar todo, y él lo hizo al dar a su Hijo Jesús. El plan del Señor para nosotros es que también entreguemos todo, no para nuestra pérdida, sino para nuestra redención. Así él podrá hacer todo por nosotros, en nosotros y a través de nosotros.

Cuando entregamos todo en las manos de Dios, experimentamos una sensación de paz y confianza en su providencia. Sabemos que, como Soberano del Universo, él está en control de todas las cosas, incluso de nuestra vida. Aun cuando no comprendemos los planes y propósitos que él tiene para nosotros, necesitamos confiar y esperar. Además, cuando entregamos todo en las manos de Dios, somos libres de la carga de intentar controlar las cosas y podemos confiar en que él nos guiará hacia el mejor camino.

Cuando entregamos todo, nada nos falta.

Todo lo que hagamos debe ser por amor a él –nuestra entrega, nuestra fidelidad, nuestra confianza, nuestras ofrendas (o donaciones), nuestro cuidar y salvar, nuestra búsqueda de Dios, nuestra obediencia, nuestra dependencia, nuestra sumisión y nuestra búsqueda de libertad.

Si no es por amor, no tiene valor.